

A muscular man in white briefs is captured in a dynamic, athletic pose, performing a split leap. He is positioned in the foreground, with his body angled towards the right. The background features the Eiffel Tower in Paris, silhouetted against a warm, golden sunset sky. The overall mood is dramatic and artistic.

HQN™

ERIKA FIORUCCI

Una vida en París

ERIKA FIORUCCI
Una vida en París



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Erika Fiorucci

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una vida en París, n.º 167 - agosto 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-024-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 27

Capítulo 28

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

Sergei

Bailar.

Es mi trabajo y lo que amo hacer. Sin embargo, hay momentos en los que las actividades relacionadas con mi carrera se vuelven un penoso dolor en el trasero.

Cualquier persona medianamente al tanto de mi trayectoria pensaría que entre mis actividades favoritas estaría asistir a una fiesta para ser presentado a los benefactores de la Ópera Garnier, para la que había comenzado a trabajar unos meses atrás. A fin de cuentas, el alcohol era gratis, había mujeres hermosas, francesas en su mayoría, y todo el mundo se disputaba el deber de mostrar su amor hacia mi encantadora y burbujeante personalidad, mi talento como bailarín clásico y, por supuesto, el hermoso físico con el que fui bendecido por los dioses.

Esa noche yo era la estrella, el objeto de adoración y, aunque jamás lo reconocería en voz alta, todo era una porquería.

En momentos así solo podía pensar que sería extremadamente divertido volver a ser el Sergei Petrov que todos esperaban, el que podía pasarla bien entre extraños, el alma de la fiesta, y no ese hombre que vigilaba cada uno de sus movimientos para evitar caer nuevamente en el negro vacío de su estupidez.

No lo iba a negar, la caída era excitante, llena de adrenalina, por eso era tan atrayente; pero despertar en el fondo oscuro del pozo de tus propias imbecilidades, revolcándote en la porquería que dejaban las consecuencias, no lo era tanto.

Un razonamiento un poco dramático, lo sé, pero no menos verdadero.

Por ello, durante el agasajo no acepté ni una copa de esas que parecían gritar mi nombre desde las bandejas que pasaban muy cerca de mi nariz.

Aunque, a pesar de mi sobriedad, había logrado mantener mi encanto a flote, no había caído en la tentación de lanzar mirada sugerente alguna a ese ejército de mujeres que se acercaban constantemente a alabarme, sonreírme, tocarme.

Esa vieja filosofía de que «todas merecen un poco» era cosa del pasado.

Solo quería portarme bien y bailar. ¿Era acaso mucho pedir que me dejaran en paz?

Los primeros meses en París no habían sido fáciles: sin amigos, sin ayuda, sin alcohol, sin diversiones. ¡Estaba hecho casi un monje recluso! Apenas había conseguido un lugar permanente donde vivir y aún se sentía tan impersonal como una habitación de hotel.

Extrañaba a Marianne, su dulzura, el café que me hacía cada mañana, nuestras tardes de lectura en el Central Park e incluso acompañarla a esas odiosas exposiciones de artistas independientes a las que me arrastraba. Extrañaba a Vadim, mi hermano, mi amigo, la única constante en mi vida durante tantos años; echaba de menos su seguridad, su calma, esa sensación de que, pasara lo que pasara e hiciera lo que hiciera, él estaría allí para atajarme, para arreglarlo todo con una sola llamada telefónica. Incluso extrañaba a Mason, ¿quién lo diría?, con nuestras sesiones de juego de *Call of Duty*, su lógica sobre la vida, siempre directa, sin subterfugios e impartida con una voz que te hacía querer esconderte en el clóset más cercano no fuera a ser que hiciera que el razonamiento se metiera en la cabeza a fuerza de golpes.

Más de una vez durante esos meses de tortura me sorprendí levantando el teléfono a punto de marcar cualquiera de esos tres números y gritar desesperado que necesitaba rescate, que quería volver, que mis expectativas de paseos por el Sena y cruasanes por la mañana estaban resultando de lo más decepcionantes. Sin embargo nunca lo hacía.

Cuando abandoné Nueva York me prometí que lo conseguiría solo, por primera vez, y no dejaría que esas voces que constantemente me recordaban que no era más que un bueno para nada, un perezoso con talento, una bonita fachada de una casa podrida por dentro, lograran desanimarme como lo habían hecho tantas veces en el pasado.

El problema era que con el pasar de los días esas voces se habían convertido en mi única compañía.

—Estamos tan emocionados con su presencia, señor Petrov —comentó una de las mujeres que me rodeaba. Batió las pestañas y puso una mano sobre mi hombro. Era un truco tan evidente y, además, pasado de moda. Yo lo sabía bien porque conocía todos los trucos: pasados, presentes y futuros. Es más, tenía mi propio manual—. Debo decir que la junta de directores estaba un poco nerviosa al contratarlo luego de sus... problemas en Londres y en Nueva York.

Ah, sí, claro. «Mis problemas.»

Tuve que morderme la lengua para no recordarle que «mis problemas» eran

parte de mi encanto. El público pagaba entradas solo por el morbo de ver sobre el escenario al «chico malo del ballet», a ese que se emborrachaba y tenía peleas en un bar, que era perseguido por los *paparazzi* como si fuera una estrella de cine, que podía, en un dejo de malacrianza, dejar guindando un espectáculo y desaparecer para resurgir meses después mejor que nunca con una sonrisa cínica en la boca.

Era un gran bailarín clásico, muchos decían que el mejor de mi generación, pero nunca me habían querido solo por eso. Siendo completamente honesto, como yo, técnicamente hablando, había más o menos siete; pero, a pesar del buen comportamiento que había exhibido últimamente, el público seguía fascinado conmigo por la expectativa, por no saber si saldría al escenario sobrio o borracho; deseaban verme como un príncipe en el teatro cada noche y en el periódico de la mañana como un sujeto amoratado y con el labio partido después de una pelea callejera. Sobre todas las cosas, les encantaba disertar sobre cuál de los dos Sergei Petrov era el verdadero, además de hacer juicios morales sobre el desperdicio de talento, mi difícil infancia, los efectos de la fama en alguien tan joven y bla, bla, bla. Pura doble moral.

—No era feliz en Londres ni en Nueva York —mentí. Tal vez en Londres no lo era, pero Nueva York fue mi época más feliz hasta que metí la pata, como de costumbre, y la vida me enseñó que hasta el gran Sergei Petrov podía perder de vez en cuando—. París me ha tratado bien hasta el momento.

—Y esperamos seguir haciéndolo —me dijo la señora, cuyo nombre no recordaba, si es que alguna vez lo había sabido, mientras su mano comenzaba «distraídamente» a acariciar mi brazo.

Con una sonrisa cuidadosamente estudiada, una que no me comprometía pero que, al mismo tiempo, prometía un millón de cosas que nunca serían cumplidas, hice una leve inclinación de cabeza y me dediqué a circular por la fiesta.

Estreché tantas manos que estaba convencido de que necesitaría aplicar compresas frías sobre mi túnel metacarpiano cuando llegara a la casa. Dejé que me tocaran, que me alabaran, respondí de forma ingeniosa y con doble sentido miles de preguntas veladas sobre cuándo volvería a hacer una de las mías y, en honor a Marianne, hasta conversé con un par de periodistas.

Lo más triste fue que en cada una de las miradas que enfrenté y en los rostros que detallé había cierta anticipación. Ellos querían, prácticamente me rogaban sin palabras, que diera un escándalo, que alimentara sus aburridas vidas y una parte de mí, debía admitir, deseaba complacerlos.

Estaba solo y la soledad nunca me había sentado bien. Estaba aburrido y siempre había buscado maneras creativas para lidiar con el tedio.

Miré al camarero que pasaba cerca, muy cerca. Las bebidas en la bandeja eran diversas: burbujeantes que prometían felicidad instantánea; oscuras y seductoras que te harían sentir poderoso, y claras y frías que te sumergirían en un océano de olvido con tan solo un par de sorbos.

Todas eran antiguas conocidas y, como tales, me llamaban, me saludaban en la distancia, me hacían guiños y mohines prometiéndome que una sola de ellas no sería mayor problema, que nadie lo sabría y yo, a cambio de ese secreto, tendría la posibilidad de soportar lo que quedaba de noche de mejor ánimo.

«Necesito aire», pensé porque es un hecho clínicamente aceptado que cuando cualquier tipo de líquido comienza a hablarte es momento de hacer una pausa y aclarar la mente. También valía pedir una cita con el psiquiatra pero no quería ser psicoanalizado en francés.

Así que salí a la terraza que, gracias a Dios, estaba desierta.

Las noches todavía eran lo suficientemente frías para no tentar a nadie a hacer visitas furtivas al descampado; pero en mi caso, el aire helado fue más que bienvenido pues actuó como una bofetada que me despertó de ese trance inducido por decenas de rostros que no conocía ni me importaban, de roces de cuerpos que deseaban algo de mí que no quería dar, de sonrisas tan falsas como las palabras que las acompañaban.

—¿No eres tú el tipo por el cual dan esta fiesta tan aburrida?

Una voz de terciopelo me habló desde la oscuridad pero, a pesar de la suave entonación y del acento americano, muy parecido al de mi querida Marianne, el significado de las palabras me indignó: solo yo tenía el derecho de pensar que mi propia fiesta era aburrida. ¡Nadie más!

A fin de cuentas, tenía una reputación que mantener y no era de aburrido precisamente. Además, ¿qué era eso de «el tipo»? Yo era Sergei Petrov y, particularmente en estos círculos, era bastante famoso. ¿Cómo osaba esa criatura no saber quién era yo estando, por demás, en una fiesta en mi honor?

Estuve a punto de dejarle saber exactamente qué podía hacer con sus comentarios, pero la respuesta se me quedó atorada en la garganta cuando la forma que le daba vida a esa voz emergió de la sombra, poco a poco, con un andar deliberadamente lento que me recordó los círculos que hace el tiburón alrededor de su presa, a un depredador cuando acecha. Un pie delante del otro, un poco sobrecruzado, lo que le daba una extraña cadencia a sus caderas.

Finalmente se detuvo justo bajo el reflejo de una de las luces. No sé si fue

por coincidencia o calculado estudio. No podía ponerme a analizar esas tonterías porque finalmente estaba viendo su cara.

Era un hada.

No, no estaba borracho y tampoco me refería a esas hadas buenas de los cuentos infantiles que andan por ahí concediendo deseos y apadrinando recién nacidos, sino a aquellas de las que el folklore ha escrito miles de historias, esas que son peligrosas.

Tal y como decían las leyendas, era hermosa, con el cabello oscuro algo corto, como en un estilo de los años veinte, una piel de porcelana sin fallas y unos ojos verdes que asemejaban al fondo de un estanque donde podía morir ahogado gustosamente.

No tenía curvas como Marianne, eso la hubiese hecho parecer demasiado mortal, mundana, real. Su figura era alargada como la de una Náyade que se esconde en el tronco de un árbol esperando enloquecer a aquellos que se pierden en el bosque y como tal, su vestido era verde, vaporoso. Sentí que de un momento a otro la prenda iba a empezar a flotar alrededor de ella mágicamente.

Quería que me llevara a vivir a su corte entre los árboles y me obligara a bailar hasta morir.

—No sé por qué pensé que en una fiesta para un bailarín habría baile —dijo con esa voz que tenía la extraña cualidad de acariciarte y golpearte al mismo tiempo. Había en ella mucho de promesa y también de peligro, juego y seducción, y yo estaba desesperadamente necesitado de todas esas cosas—. ¡Qué tonta fui!

Comenzó a caminar hacia mí con ese paso que me alteraba los nervios, que me hacía querer salvar el espacio que nos separaba para terminar con la anticipación.

Sus brazos colgaban despreocupados a sus costados, balanceándose ligeramente. Los dedos de su mano derecha asían distraídamente el borde de un vaso.

Llegó hasta donde estaba, puso el vaso en la baranda y me miró levantando las cejas. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había dicho una sola palabra, atrapado en una especie de hechizo.

Ese no era yo.

Por un momento Sergei Petrov, amo de los escenarios y de las mujeres que orbitaban a su alrededor, ese que tenía una legión de grupis, decenas de blogs de fanáticos que seguían sus movimientos, un doctorado en flirteo y una

maestría en relaciones casuales, había quedado reducido a un idiota con la boca abierta.

Tiempo de voltear la tortilla. Ni siquiera en mi estado actual de «chico decente» iba a permitirme tal humillación.

Los estándares debían ser mantenidos.

—Podemos bailar si quieres —dije encogiendo un hombro, tratando de recobrar mi famoso *savoir faire, joy de vivre* o como quiera que lo llamaran los franceses—. Será una nueva experiencia que atesorarás por siempre.

—¿En serio? —preguntó con una sonrisa que no era más que una insinuación, un leve fruncido de las comisuras de la boca.

—Es el efecto que causa bailar conmigo. Tú sabes, expectación, mareos, admiración, accesos espontáneos de lujuria...

—¿Y por lo general cumple todas esas expectativas que se arman a su alrededor, señor Petrov?

—Cada maldita vez —contesté y le sonreí en lo que esperaba fuera una imitación aceptable de la expresión del lobo antes de decir «soplaré y soplaré». Es una especie de compulsión, no puedo evitarlo.

—¿Es eso una promesa? —me miró ladeando la cabeza, estudiándome, como si se estuviera preguntando si de verdad tenía el equipo necesario—. ¿O una advertencia?

—Solo es un hecho respaldado por toneladas de evidencia.

—Nunca confío en recomendaciones de terceros —hizo una mueca de disgusto con la boca—. Es un defecto de crianza. Toda hipótesis debe ser comprobada.

—¡Gabrielle!

Una voz masculina con un pesado acento francés nos interrumpió y por primera vez en lo que iba de noche realmente quise golpear a alguien.

—*Allez* —dijo el hombre, sin percatarse de mis violentas elucubraciones, exhibiendo una expresión a medio camino entre el desagrado y la diversión.

Era alto, delgado, joven, con una mata de cabello marrón que, en condiciones normales, lo hubiese hecho parecer desarreglado, mucho más en un evento de este tipo, pero que en él funcionaba dándole un aire «casualmente elegante», como solo un francés podía lograrlo. También ayudaban el traje de tres piezas y la bufanda.

Ella, Gabrielle, lo miró y sonrió, pero no era la misma sonrisa que empleó conmigo, esa que era tan leve que te hacía desear desesperadamente verla en todo su esplendor. La que le dio al francés no era más que una línea en su boca

que suprimía por la fuerza un mohín de disgusto.

Luego, para mi mayor placer, lo ignoró y se volvió a verme, como si la interrupción no hubiese existido nunca y aún estuviéramos encerrados en esa burbuja mágica que ella era capaz de crear solo con la fuerza de su presencia.

—Tengo que irme —dijo como si fuese algo que se le hubiese ocurrido en el momento, como si nadie la hubiera llamado y estuviera esperándola a menos de diez pasos. Después se inclinó salvando ese pequeño espacio que nos separaba y, sin que estuviera preparado o mucho menos lo esperara, me besó justo en la comisura de los labios demorándose tres segundos más de lo necesario—. A menos que quieras venir.

Solo entonces me di cuenta de que era yo el que estaba mareado en medio de un ataque de lujuria alimentado por muchas expectativas. Había sido víctima de lo que otros llamaban «el efecto Petrov».

—¿No le molestará a tu amigo? —pregunté, sacudiéndome a la fuerza el trance.

—Más personas, más diversión. Es su filosofía, no la mía.

Por primera vez desde que conocí a Marianne en Londres quería volver a jugar el viejo juego y, por sobre todas las cosas, ganarlo.

Era hora de regresar.

Sin ser plenamente consciente de mis acciones, tomé el vaso que Gabrielle había dejado en la baranda y me bajé el whisky de un solo trago.

Luego, sin detenerme a pensar en causas y consecuencias, en que estaba abandonando una fiesta en mi honor, en que no tenía idea de quiénes eran estas personas ni mucho menos a dónde iríamos, en que estaba siendo nuevamente irresponsable, simplemente la seguí.

Capítulo 2

Sergei

Contrario a lo que todo el mundo cree, el vodka sí da resaca.

En lo que abrí los ojos la mañana siguiente con dolor de cabeza, aún ahogado en humo de cigarrillo y con una sed que solo podría ser saciada luego de acabar con las reservas mundiales de agua mineral, me pregunté por qué en esos momentos en que el alcohol baja por tu garganta solo puedes pensar en que quieres más y ni por casualidad se te ocurre considerar cómo te sentirás la mañana siguiente y mucho menos dónde vas a despertar.

Hablando de eso, estaba en una cama, no quedaba duda. Sin embargo, la habitación no me recordaba a ningún lugar en el que hubiera estado recientemente. Parecía la *suite* de un hotel de lujo.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que me fui de fiesta de esa forma. Si la memoria no me fallaba, fue en Londres y un puente estuvo involucrado, además de la policía y decenas de periodistas.

Con la lentitud y la pereza que da una resaca del tamaño de la antigua Unión Soviética, traté de incorporarme un poco al tiempo que instaba a mi cerebro a despertarse y darme alguna pista de lo que había hecho la noche anterior y el lugar donde me hallaba.

Una fiesta, sí, definitivamente fue una fiesta monumentalmente divertida con la chica que conocí en la Ópera, Gabrielle, y su amigo, Bernard Duserre, quien era, según entendí, un millonario coleccionista de arte con un gusto irreprochable por el whisky de malta.

Duserre era como una versión de mi amigo Vadim pero en un mundo paralelo, un *dopplegänger* malvado pero definitivamente carismático, como todo buen malvado debe ser.

Y Gabrielle, Gabrielle... Esa chica parecía ser el remedio perfecto para el deprimente estado de ánimo en el que París me había sumido, una vacuna contra la soledad y el tedio.

«Gabrielle Marie Fisher. Artista del tatuaje, vagabunda y, con toda seguridad, una mujer que recordarás por el resto de tu vida», me dijo cuando, maravillado por las luces, el ambiente y, sobre todo, por ella, le pregunté quién era esperando algún tipo de revelación trascendental. Por alguna razón

me pareció la más acertada de las presentaciones.

La celebración, cuyo motivo desconocía, fue en una casa enorme en las afueras de París. Había un famoso DJ pinchando discos en una tarima, gente hermosa que parecía amarme instantáneamente, Grey Goose repartido como botellas de agua y hasta artistas que fingían ser estatuas o ejecutaban rutinas tipo El Circo del Sol en pequeñas jaulas suspendidas desde el techo.

Todo se asemejaba a una especie de decadencia onírica que me engulló haciéndome parte de ella hasta que me fue imposible discernir la realidad de la fantasía. Incluso a la luz del día no estaba seguro de qué parte había sido un sueño y qué parte real.

Hasta donde recordaba Gabrielle y yo bailamos, bebimos, nos reímos como idiotas y fingimos ser parte de ese mundo fantástico hasta que nos lo creímos mientras Bernard nos observaba con una sonrisa perversa en los labios a la cual no le di mucha importancia porque había demasiada vodka en mi sistema linfático.

—Buenos días.

La voz provenía de algún rincón de la habitación y la brusquedad con la que moví la cabeza para encontrar el lugar del que salía me generó un dolor que me tuvo viendo puntitos blancos y brillantes por unos cuantos segundos.

En lo que enfoqué la vista allí estaba Gabrielle, sentada en una silla, tan fresca y despierta como si se hubiese acostado a las ocho de la noche después de comer una ensalada.

—¿Me recuerdas? —preguntó con una sonrisita de suficiencia.

La preocupación sobre dónde estaba y lo que había hecho la noche anterior desapareció como por arte de magia.

Ella era divertida, hermosa, un poco loca y completamente desinhibida. En fin, era Sergei Petrov en versión femenina y nada podía ser mejor que jugar un rato con alguien que pudiera seguirme el paso.

—¿Gabrielle, verdad? —dije haciéndome el desentendido, apenas mirándola.

—Me alegra que lo recuerdes —respondió sin dar la más mínima evidencia de haber acusado el golpe de mi supuesta indiferencia.

—Es un lindo nombre.

—Sí, siempre lo he pensado. Mi hermana ha estado celosa de él toda su vida.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Georgia.

—Lo siento por ella.

—No te preocupes, ella es fabulosa a pesar del nombre.

Se puso de pie y caminó hacia mí.

—Hice un poco de investigación —dijo todavía con la sonrisa en los labios, aunque detuvo su avance a unos cinco pasos de la cama.

—¿Sobre? —me incorporé un poco apoyándome en el brazo.

Sabía que estaba desnudo y en esa posición la sábana que me cubría tapaba solo las partes más interesantes, dejando lo más importante a la imaginación.

Quería que imaginara.

—Sergei Petrov —dijo y me recorrió con la vista.

—Un tópico de estudio extremadamente interesante —dije sometiendo por la fuerza el deseo de mi boca de sonreír de forma presumida, aunque la sensación seguía allí recorriendo mi cuerpo, buscando una manera de expresarse.

—Bailarín, fiestero —comenzó a enumerar—, mala conducta, aficionado a pelear en bares y callejones. ¿Olvidé algo?

—Dios del sexo.

Rio y podría jurar que todo París (si es que todavía estábamos en París) se detuvo a escuchar ese sonido que debía de acelerar el derretimiento de los glaciares. Su risa recordaba al chocolate espeso vertido sobre un cono de helado.

—A todo hombre le gusta pensar que es el dios del sexo —me miró levantado las cejas—, pero hasta ahora no he conocido a ninguno al que le quede el calificativo.

—¿Es eso un reto?

—Podría ser.

—Estoy aquí, hay una cama y alguien me ahorró el siempre incómodo proceso de desvestirme. Siempre he dicho que no hay mejor momento que el presente.

—¿El presente? —preguntó dando un par de pasos más hacia la cama.

—El presente.

—¿Quieres decir un viernes a las ocho de la mañana? —me miró con fingida dulzura—. ¿No tienes que ir a trabajar o algo así?

Mierda.

Una ola de vergüenza y arrepentimiento me golpeó sin previo aviso. Hacía años que no me comportaba de esta manera. No desde toda la debacle en Londres. Me había jurado a mí mismo que no volvería a jugar con mi futuro y mi carrera. Se lo había jurado a Marianne.

No iba a cagarla en París como lo hice en Londres. No señor. No iba a arruinar esta oportunidad porque si seguía por este camino, eventualmente, se me acabarían los sitios a los que huir o las personas que quisieran contratarme.

La maldita soledad y el condenado aburrimiento eran unos pésimos consejeros.

—Tengo que irme —le dije a Gabrielle y estaba seguro de que mi rostro reflejaba toda la decepción que ser responsable generalmente acarrea.

—Eso pensé —estiró la mano hacia un sofá que había al pie de la cama y me alcanzó mi ropa—. Un taxi estará aquí en diez minutos para recogerte.

—¿Dónde es aquí? —pregunté tomando la ropa y, como no parecía inclinada a darme ningún tipo de privacidad, salí de la cama dándole una visión completa de las joyas familiares.

—*Rive Gauche*, a la izquierda del Sena.

—¿Vives aquí?

Se rio divertida. Esperaba que fuera por la pregunta y no por el espectáculo que significaba verme vistiéndome.

Eso habría sido un golpe brutal para mi ego.

—Es la casa de Bernard.

—Un sujeto peculiar —dije mientras Gabrielle se agachaba y me tendía los zapatos. Por pura fuerza de voluntad espanté las imágenes que poblaron mi mente al verla casi de rodillas frente a mí—. ¿Es tu novio o algo?

—Algo.

Interesante.

Otro día, seguramente, podría jugar al misterio pero ya estaba a punto de llegar tarde, así que terminé de vestirme.

—Odio ser un huésped tan maleducado, no quedarme a desayunar ni recordar lo bien que la pasamos anoche, pero el deber llama. No puedo faltar al trabajo.

Gabrielle ladeó la cabeza y me miró curiosa.

—Eres mucho más de lo que pensé que serías, Sergei Petrov.

—Obviamente —dije con una sonrisa presumida y me encogí de hombros—. Soy mucho más que la suma de mis increíbles partes.

—Eso aún está por ver y me refiero concretamente a tus supuestas «increíbles» partes.

—Ya viste la mayoría y me hiere —me puse la mano en el corazón para un mayor efecto— que no estés impresionada.

—Me guardo mi juicio para una inspección más activa.

Estaba más que dispuesto a jugar a la sexy enfermera que debía inspeccionar activamente al enfermo, pero necesitaba irme.

¡Maldición!

—De los pacientes será el Reino de los Cielos.

Le guiñé un ojo y salí de allí antes de cambiar de parecer.

Claro que cuatro horas después, tras enfrentar la mitad de mi jornada laboral, no me sentía en ningún Reino de los Cielos y la paciencia se me estaba agotando.

La mayoría de las personas pueden, más o menos, sortear un día de resaca en la oficina, pero mi día laboral se circunscribía exclusivamente a hacer ejercicio, saltar, girar y darle estabilidad a una bailarina parada en la punta de sus pies una y otra vez.

Hacer todo eso se convierte en una tarea titánica cuando tu cuerpo parece haber duplicado su tamaño, tu cabeza no puede formar un pensamiento coherente lo suficientemente rápido y estás más torpe que Bambi el día de su nacimiento. El cómo lo había logrado con bastante efectividad por una buena cantidad de años era un misterio.

—¡Otra vez! —gritó exasperado el director del ensayo cuando por enésima ocasión mis movimientos no fueron tan fluidos como se esperaba y, en medio de la indisposición postalcohólica, casi hice caer a mi compañera—. No sé qué pasa contigo hoy, Sergei.

—Nada del otro mundo —me defendí tratando de no mostrar que estaba respirando como un asmático tras un maratón—. Soy un humano, no una máquina. No puedo estar igual todos los días.

El director del ensayo afiló los ojos, estudiándome, y un extraño frío me recorrió la espalda.

El público podía amar mis desenfrenos, la gerencia podía ser indulgente con mis escapadas siempre y cuando no entorpecieran sus producciones y el teatro estuviese lleno el día del estreno, pero las personas que trabajaban directamente conmigo no estaban dispuestas a permitir que su desempeño se viera entorpecido por mi falta de profesionalidad.

Siempre había sido así, tanto en Londres como en Nueva York, a pesar de mi beatificado comportamiento. La razón principal de que a otros bailarines no les gustara trabajar conmigo era que nunca se sentían seguros y la seguridad era clave a la hora de estar sobre el escenario.

—Además —dije estirando el brazo hacia la única tabla de salvación que tenía a mano: mi «divo» interior—, nadie puede bailar correctamente con ese

tiempo musical.

Y señalé, sin verlo, al pianista acompañante.

—Quiere matarme. Está tocando deprisa los pasajes que deberían ser lentos y muy lentos los que deberían ser rápidos. ¡Así no se puede trabajar!

Todos se quedaron en silencio ante mi arrebató. Sin embargo, en las circunstancias actuales, era mejor que pensaran que era un divo malcriado que un borracho incapaz de hacer su trabajo.

—Tomemos todos cinco minutos de descanso. Luego volvemos —anunció el director del ensayo y se pasó las manos por la cara antes de volver su mirada hacia el piano—. Será todo por hoy, Siena. Pasa por la oficina y pide que envíen a otro pianista, por favor.

Sentí que se me iba el estómago al piso al tiempo que me inundaban sentimientos con los que estaba muy familiarizado: culpa y vergüenza.

La pianista (ni siquiera me había dado cuenta de que era una mujer) se levantó solemne y con la espalda muy derecha salió del salón sin voltear a ver a nadie y mucho menos a mí. Obviamente yo tampoco le dediqué ni una miradita más allá de lo captado por mi visión periférica. No quería enfrentar cualquier expresión que pudiese haber en su rostro.

Aunque me sentía como una piltrafa desgraciada, en los cinco minutos siguientes atiborré mi cuerpo de Red Bull, Coca-cola y otras bebidas estimulantes que me permitieron terminar la jornada, si no de forma óptima, al menos de manera pasable para los que estaban observándome.

Para tratar de acallar un poco mi escrupulosa conciencia que, de un tiempo a esta parte, había desarrollado el extraño hábito de aparecer de vez en cuando para torturarme, a mi salida pasé por la oficina de administración.

—Hola, Sergei —me saludó Isabelle, la encantadora coordinadora de actividades de la compañía, que por cierto estaba terminando de poner los horarios de ensayo del día siguiente en la cartelera—. ¿Necesitas algo?

—Sí, quería hablar contigo de la pianista que tocó en mi ensayo de hoy. Siena, creo que se llama.

—Sí, Siena Planchard —dijo terminando de colocar los horarios en la cartelera y tomó otras hojas que salían de la impresora que seguramente serían colocadas después en los vestidores—. No te preocupes No tocará más para ti.

¿Había hecho que la despidieran? ¡Por Dios! Seguramente había un círculo en el infierno destinado única y exclusivamente a personas como yo.

—Es una buena pianista —alegué aunque no podía asegurarlo. Ni siquiera sabía si había tocado para mí antes. Nunca me había relacionado bien con mis

compañeros de trabajo en ninguna parte del mundo: ellos no confiaban en mí y yo los ignoraba, fin de la historia. Me limitaba a llegar a tiempo, hacer lo mío e irme a casa—. Que no funcione para mí no significa nada.

—Eso fue lo que ella dijo cuando vino a solicitar que no la programaran más en tus ensayos.

—¿Ella lo pidió?

—Ajá. Lo cual me hizo sentir mal porque yo te la asigné —torció la boca en un gesto de derrota—. Pensé que como eran vecinos sería más fácil para ti, que te ayudaría a adaptarte en vista de que más nada parecía estar funcionando.

—¿Siena es mi vecina?

—¿No lo sabías? —Isabelle me miró confundida y luego suspiró—. Cuando estábamos tratando de buscarte un lugar fijo donde vivir la cosa se complicó porque a ti no te gustaba ninguno: muy caro, muy lejos, no quiero un piso tan alto, no quiero un piso tan bajo... ¡Me estaba volviendo loca! Fue Siena la que me avisó de un lugar en su edificio que estaba por vaciarse.

—¿Por qué haría algo así? Ni siquiera la conozco.

—No todo el mundo tiene que querer algo de ti, Sergei —sonrió de forma condescendiente—. Algunas veces las personas hacen cosas simplemente porque son buena gente o porque les importan sus compañeros de trabajo y el bien de la compañía.

—Ella, Siena, ¿no tendrá problemas por esto?

—¿Problemas?

—¿La van a despedir?

—Bueno, no —a pesar de su declaración, Isabelle lucía incómoda—. Siena tiene cuatro años aquí y es muy responsable con su trabajo, pero a ella se le paga por hora y, tú entiendes, menos horas...

—Mierda —la maldición me salió del alma—. ¿No la puedes programar nuevamente en mis ensayos? Prometo ser bueno y no quejarme.

—Si ella no quiere no puedo obligarla —de repente los ojos de Isabelle se iluminaron como si hubiese tenido una idea—. Sin embargo...

—¿Qué?

—Ella es tu vecina, le encantan las magdalenas con chispas de chocolate y he escuchado que puedes ser encantador si te lo propones —me guiñó un ojo—. Tal vez puedas convencerla de no ser tan terca. Sé que necesita el dinero.

Aparentemente era el momento de pagar por mis pecados de la noche anterior.

Capítulo 3

Gabrielle

El local de tatuajes estaba lleno esa mañana, como era de esperar. En lo que el invierno terminaba y la gente no necesitaba estar cubierta con capas y capas de tela, tenía la aparente necesidad de adornar su piel.

No era que me quejara. A fin de cuentas me daba de comer. Sin embargo, en la mayoría de los casos era una decisión apresurada, un deseo de ir con la moda. Pocas de estas personas entendían que un tatuaje era una forma de arte, un embellecimiento externo que cargarían consigo por el resto de su vida y que, por lo tanto, debía significar algo.

No importaba si era una pequeña mariposa, un símbolo celta o algo enorme que ocupara la espalda, un brazo o una pierna, si era solo con tinta negra o llevaba color o piedras; la cuestión era que tuviera un propósito, un sentido solo para la persona que lo llevaba, más allá de simple adorno.

Tristemente, la mayoría de mis clientes se arrepentiría en un año o dos.

Por lo pronto me estaba divirtiendo. Esa mañana había entrado un padre soltero que deseaba tener el nombre de su hija en la piel para celebrar el quinto cumpleaños de la pequeña.

Cualquier tipo de tatuaje que representase a la familia, que la honrara, era algo en lo que siempre me gustaba trabajar. No había nada más precioso que la familia, incluso si tenías que dejarla atrás para protegerla.

Varias hojas en mi cuaderno de dibujo mostraban manos, dedos entrelazados. Trabajaba en las líneas y los detalles para el tatuaje que me habían encargado, y estaba tan concentrada que cuando levantaba la vista no veía nada de lo que me rodeaba. Mi mente seguía viendo posibles combinaciones.

—¿Cómo está todo esta mañana?

La voz casi que me hizo saltar en la silla y abrir un agujero en el techo como cualquier protagonista de una caricatura.

La interrupción de Bernard, además de sorpresiva, no era bienvenida.

Debía dibujar un cartel que dijera «Genio trabajando» para colgarlo en la puerta de la trastienda.

Tal vez bastaría con pasarle llave.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté sonriendo, aunque más que una sonrisa era una mueca estudiada para demostrar que me estaba interrumpiendo.

—Supervisando una de mis inversiones —y en un mal intento por validar su afirmación echó un vistazo sin profundidad a sus alrededores.

—A la tienda le va bien —dije soltando el lápiz y cerrando el blog de dibujo—. Estoy segura de que los reportes financieros te llegan puntualmente, aunque claro, para ti no debe de alcanzar ni para dar propinas.

—Poner la comida en la mesa de artistas desconocidos es uno de mis principales propósitos en la vida —dijo presumido y se sentó en la silla de la mesa de dibujo contigua—. Además te fuiste muy temprano y no hemos hablado en todo el día.

—Existen los teléfonos.

—Son tan impersonales —dijo examinándose las uñas—. Entonces, ¿qué piensas de él?

La pregunta de Bernard fue hecha casi al descuido, con fastidio, como si necesitara hablar de cualquier cosa para entretenerse, pero yo lo conocía bien.

Todos tenemos algún «defecto de crianza». El de Bernard era parecer siempre desapegado, poco interesado en las cosas que le rodeaban, como un emperador aburrido buscando, sin encontrarlo, algo de entretenimiento en las costumbres mundanas de sus súbditos.

—¿De quién? —pregunté confundida. Yo también podía parecer desinteresada.

Bernard bufó.

—Sergei Petrov —me aclaró aunque su mirada no dejaba la más mínima duda de que mi jueguito no le hacía ninguna gracia.

Manteniéndome en personaje, simplemente me encogí de hombros e hice una mueca con la boca.

—¡Vamos, Gabrielle! Alguna impresión debe de haberte causado.

No tenía por qué mentir a Bernard pero tampoco quería ser completamente honesta con él. Todavía no tenía claro qué estaba buscando con todo esto.

—Es hermoso —dije finalmente—, más de lo que esperaba.

—Exactamente tu tipo entonces.

—Me haces sentir superficial.

—Para nada —hizo un gesto con la mano—. De acuerdo con tus parámetros, mientras más bello el exterior más podrido el interior, y siempre has tenido interés en lo descompuesto.

—Sí, sí, soy una maldita ave de rapiña —dije a media voz.

—Y por eso debería gustarte —prosiguió Bernard—. Sergei Petrov no está bien aunque se empeñe en pretender que lo está. Era cuestión de tiempo que volviera a sus antiguos vicios.

—Y tú te encargaste de apresurar las cosas poniéndole la tentación delante de los ojos —lo reprendí.

—Nadie puede decir que está completamente rehabilitado hasta que se sumerge y sale intacto —dijo saliéndole al paso al regaño—. Mejor poner a Petrov en un ambiente donde pueda lanzarse de cabeza a la piscina con libertad y haya alguien que lo saque si las cosas no salen bien. Solo estoy siendo un buen samaritano.

—De todas formas creo que es muy pronto para que vuelva al agua —insistí.

—Las personas como Petrov no se rehabilitan nunca.

—Yo lo hice.

—¿Lo hiciste?

—Vamos a las fiestas más desenfundadas y aunque me las pasen por delante de la nariz no tomo drogas. Casi ni bebo alcohol —afirmé orgullosa.

—Porque tu piscina, querida amiga, no son las fiestas. Tu reto está en Nueva York con tus padres, con tu hermana, con Josiah. Solo cuando vuelvas a casa y enfrentes tu vida sin muletas sabrás que todo ha terminado.

Maldito.

Era fácil olvidar que Bernard me conocía tanto como yo a él.

—No estoy segura de que sumergir a Petrov en el ambiente fiestero sea lo adecuado —cambié el tema sin ningún tipo de sutileza—. Es un tren que puede descarrilarse si no tenemos cuidado e imagino que odiarías tener que dar esa noticia, ¿verdad? —le pregunté sarcástica.

—Claro que sí —respondió ofendido y no me lo creí ni por un segundo—. Odio fallarles a mis amigos. Por eso lo estamos cuidando.

—El problema de Sergei Petrov no es la botella, Bernard. Es la soledad.

—¿No es ese el problema de todos? —comentó alzando la vista para mirar al techo y negó con la cabeza—. ¿No es ese el principal problema del mundo moderno?

—No te pongas existencialista conmigo.

—No puedo evitarlo —se encogió de hombros—. Soy francés.

—¿Qué es exactamente lo que quieres con Sergei Petrov?

—Ya te lo dije: hacer su estancia en París más placentera —me miró con fingida inocencia—. Si, tal y como dices, el problema de Sergei Petrov es la soledad, hazle compañía, llévalo a todas esas fiestas a las que nos invitan y, por

favor, evita que se lance al Sena. No pido más.

—Podemos estar rodeados de gente e igual sentirnos solos. Das fiestas glamurosas cada semana, Bernard, ¿y cómo te sientes cuando te despiertas la mañana siguiente?

—Te tengo a ti.

—¿Cómo te sientes por la mañana, Bernard? —insistí.

—Debí saber que no era buena cosa pedirte que me ayudaras con esto —dijo y en su solo movimiento, brusco, se puso de pie y comenzó a alisar su traje de tres piezas que, de seguro, había llamado bastante la atención en la parte exterior de la tienda donde los clientes esperaban—. No puedes resistir el tratar de ayudar a cada perro callejero que se cruza en tu camino.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Necesitas una nueva forma de terapia.

—No discuto tus formas de terapia, así que no cuestiones las mías.

—Te recuerdo que tenía mis formas de terapia y fuiste tú quien me convenció de ir a un profesional.

—Tu terapia no era sana —afirmé y me encogí de hombros—. Puedo hacer más por Sergei Petrov que llevarlo a fiestas y hacerle compañía.

—No te compliques, Gabrielle, ni conviertas esto en uno de tus proyectos. Déjalo ser quien es. Eso será suficiente.

¿Suficiente para qué?

Bernard me dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Lo haré a mi modo o no lo haré.

Mi ultimátum lo detuvo.

—Hagamos un trato —Bernard se volvió con la mejor expresión de Lucifer en el rostro. Tenía que recordar no apostar mi alma o mi primer hijo—. Haz lo que necesites hacer con Petrov para saldar esas deudas que crees que tienes con el Universo, el cosmos, el karma o como quieras llamarlo, pero mantén a Petrov en el área de la piscina. Solo él podrá decidir si quiere nadar o no.

—Eso no es justo.

—Normalmente la vida no lo es —metió las manos en los bolsillos y sonrió todavía más, casi como el lobo feroz—. Sin embargo, en este caso te estoy haciendo un favor. ¿Cómo sabrías si el pobre Sergei Petrov está listo para enfrentar el mundo solito si no tiene todas las tentaciones posibles a mano?

No sabía mucho de Sergei Petrov, solo que era simpático, amaba su trabajo y estaba muy solo. No obstante, a Bernard lo conocía bien y era mi responsabilidad autoimpuesta mantener su toxicidad a raya y, aunque pretendía

hacerse el desentendido, por alguna razón todo su veneno parecía estar enfocado hacia el bailarín.

Raro. Muy, muy raro.

Mientras no supiera lo que se escondía bajo la superficie, la verdadera causa que lo motivaba, era mi deber con el Universo, el cosmos o el karma, con la moral y hasta con el juramento hipocrático (grabado en mi mente desde que tenía cinco años) evitar todo mal y toda injusticia.

Si no pretendía ayudar a Bernard, él buscaría a alguien más y ese alguien no tendría ningún tipo de buenas intenciones hacia el pobre Petrov.

Algunas veces era necesario ponerse la capa y el antifaz y salir a combatir el mal, aunque el mal fuese tu mejor amigo.

—Tenemos un trato —dije y en un intento por parecer despreocupada volví a abrir mi cuaderno de dibujo—. Ahora vete y déjame trabajar.

Capítulo 4

Sergei

Me sentía fatal.

Lo único que deseaba era ir a mi casa, meterme en la ducha y dormir, dormir y dormir. Un poco de comida grasosa y una soda con hielo serían admitidas.

Sin embargo, era el momento de la expiación. Un pecado, una penitencia.

Una hora después de hablar con Isabelle, armado con una bolsa con dos magdalenas, un vaso de café y mi sonrisa número cinco, esa destinada exclusivamente a bajarle las medias a solteronas y amas de casa desesperadas, llamé a la puerta de la misteriosa pianista buena gente.

Cuando se abrió la puerta me di cuenta de que no tenía idea de si esa valquiria asesina que tenía al frente era la pianista porque no había reparado en ella con demasiado cuidado. Además, por alguna razón mi mente la había imaginado como una señora de mediana edad.

—¿Qué quieres? —me dijo hostil y fue allí cuando llegó la confirmación de que sí era la mujer a quien había culpado públicamente de mi ineptitud y por ese motivo su pago mensual se vería sustancialmente disminuido.

Claro que con la ratificación de la identidad vino también la certeza de que mi sonrisa número cinco no iba a ser de mucha ayuda. La fulana Siena no tenía aspecto de solterona, tampoco de ama de casa desesperada y mucho menos de buena gente.

Lamentablemente nunca había perfeccionado ninguna sonrisa para derretir a la reina Blanca de Narnia. Solo me quedaba esperar que su gusto por los bollos dulces me salvara de morir congelado por unos ojos tan azules como el cielo del Ártico.

—Vine a disculparme y te traje unas magdalenas como soborno —sonreí tratando de parecer apenado y no asustado ante el inminente fin de mis días.

—No necesito tus disculpas.

—¿Y mis magdalenas? —pregunté tratando de parecer todo lo dulce e inocente que era capaz; creo que hasta batí las pestañas, pero no le arranqué ni una sonrisita.

—No necesito nada de ti.

Eso sí que era algo que no escuchaba con mucha frecuencia.

—Es decir, que me vas a dejar irme a mi casa triste y desolado bajo el peso de mi culpa.

—¿Qué quieres de mí? ¿Absolución instantánea? ¿Qué te mande a rezar diez avemarías para que estés libre de pecado y puedas comenzar nuevamente? A fin de cuentas es viernes y para las personas como tú es el día en que la semana inicia.

—Bueno —dije encogiéndome de hombros como si fuera obvio—, la capacidad de perdonar es una gran virtud que será tomada en cuenta muy seriamente el día del juicio final. Al menos eso es lo que me han dicho ciertas fuentes porque no soy católico.

Suspiró exasperada, lo que me exasperó.

Yo era el que tenía resaca, yo era el que estaba cansado y el tono de voz de esa mujer no estaba ayudando a mi recuperación. ¿Qué quería de mí? ¿Era muy difícil decir «pasa adelante, hombre hermoso» y dejarse tranquilizar por todo mi encanto?

—Mira, Petrov, no te voy a dar ninguna «paz espiritual» —hizo el gesto de las comillas con las manos—. Tampoco ninguna licencia para que te vayas de fiesta esta noche con la conciencia tranquila. Considéralo mi contribución al Universo para ver si algún día maduras y te conviertes en un ser humano responsable.

—Tú no me conoces —le respondí indignado.

Yo había venido a hacer mi buen gesto del día y estaba saliendo regañado. ¿Dónde quedaba la gratitud?

—¡Todo el mundo te conoce! —exclamó y puso una expresión sarcásticamente perpleja aderezada con el movimiento respectivo de las manos—. Te has encargado de que así sea mostrando a diestra y siniestra que no eres más que un divo borracho, parrandero y malcriado que tuvo la fortuna de nacer con toneladas de talento que, para colmo, desperdicia como si no fuese mayor cosa creyendo que durará por siempre.

Sus palabras me golpearon más fuerte que una bofetada porque eran las mismas que usaba mi conciencia para torturarme, solo que en esta oportunidad podía escucharlas en la voz de un ser vivo y en un tono un poco más alto de lo que mi cuerpo soportaba.

Era como una invitación abierta para que todas las jaquecas del mundo vinieran a atacarme y, obviamente, las muy disciplinadas habían acatado el llamado.

—No soy así —me defendí—. Ya no.

—¿Me vas a decir que no llegaste a trabajar borracho después que pasaste toda la noche de juerga?

—¡No estaba borracho!

—¡Perdón! Tenías resaca, cosa que es lo mismo solo que un par de horas después.

—No eres nadie para juzgarme. Mi vida y lo que haga con ella no son tu problema.

—Lo son en el momento en que tu comportamiento afecta a la mía, ¿o se te olvida que trataste de joder la manera en que me gano la comida?

—Lo siento, ¿está bien? Vine a disculparme, a pedirte que retomes tus horas. No voy a ser una molestia, si quieres cantaré alabanzas sobre la forma en que tocas el piano, exigiré que te lleven de gira con la compañía, lo que quieras.

—No me hagas favores.

—A todo el mundo le gustan los favores, los regalos y las fotos de animalitos tiernos.

—A mí no.

—¿Tienes algo en contra de los animalitos tiernos?

—¿Sabes qué es lo más triste? —me miró como si yo fuera un pobre cachorrito atropellado en la calle y yo odiaba ese tipo de miradas. Había recibido demasiadas durante toda mi vida—. Que podrías haber sido famoso como artista, simplemente tenías que trabajar duro; pero tomaste el camino fácil y decidiste hacerte famoso por otra cosa.

—¿Qué sabes tú de trabajar duro?

No me respondió.

Siena cerró la puerta en mi cara y me quedé solo en ese pasillo con el café en una mano y la bolsa de las magdalenas de chocolate en la otra. Lo peor era que me sentía más molesto, confundido y solo de lo que había estado en mucho tiempo.

Capítulo 5

Siena

—¡Odio a los hombres con talento!

No lo grité. Fue más bien como una amarga declaración dicha con rabia pero en voz baja contra la puerta cerrada. De otra forma me hubiese sentido como una hipócrita.

Un muchacho extremadamente talentoso había sido el único amor de mi vida. Él importó más que mi futuro y mis sueños, valió cualquier sacrificio y todas las mentiras que arrastraba en cada paso que daba, esas que me hacían voltear constantemente sobre el hombro esperando ser descubierta en cualquier momento.

El solo protagonista del único sueño adolescente que alguna vez me había permitido era talentoso, sí. El más talentoso de su generación, el mejor de todos, y me enamoré como una loca de ese talento que parecía otorgado directamente por los dioses, pero por sobre todas las cosas de su pasión por lo que hacía.

Fue él quien me enseñó que el talento era solo un elemento más en la compleja configuración del éxito. El trabajo duro era lo primordial y el tener siempre los pies sobre la tierra era incluso más importante que lo que te era otorgado por la genética.

«Tienes que amar lo que haces», me decía siempre con una profundidad rara para un niño de quince años y con la inocencia de quien cree que sus habilidades no son más que algo común.

De más está decir que no se parecía en nada a ese ucraniano irresponsable que había llamado a mi puerta con los ojos rojos después de una noche de juerga y todavía oliendo a destilería.

¡Qué desperdicio!

Sergei Petrov solo tenía talento, una gran dosis de buena suerte y una apariencia que le garantizaba clemencia ante cualquier desaguisado en el que deseara inmiscuirse. Nada de trabajo duro ni de humildad.

Justo el tipo de artista que te hace despreciar la odiosa repartición de dones que se lo pone fácil a quien no le importa y difícil a quien lo desea con toda el alma.

Así que si debía suspender el servicio de internet, de Netflix, quitar la mitad de los bombillos de la casa o ponerme a dieta forzada, sin carne y con zanahorias en cada comida, lo haría.

Aumentaría el número de horas de clases privadas que daba a chiquillos odiosos cuyas madres deseaban exhibirlos durante las reuniones familiares como el próximo Lang Lang aunque tuviese que tomar té de tilo después. Incluso me arrastraría hasta el viejo piano bar donde comencé mi carrera y al cual solía regresar cuando, junto con el invierno, llegaban gastos extra en calefacción, resfriados inesperados y los necesarios regalos de Navidad para los que nunca alcanzaba el dinero. Rogaría allí, de ser necesario, por algún turno disponible el fin de semana y entretendría a borrachos sin oficio a costa de mis horas de sueño.

A fin de cuentas, vivir al día, hacer recortes, probar recetas vegetarianas y aprovechar las sobras no era algo ajeno en mi vida. No había mayor diferencia entre una taza de té con leche o una taza de té sin nada.

Cualquier sacrificio valdría con tal de mantener mi camino lo más alejado posible del de Sergei Petrov. Los hombres extremadamente talentosos y problemáticos tenían la tendencia de aparecer en mi vida y dejar un reguero de sentimientos destrozados cuando salían de ella.

Ya había tenido suficiente de esa medicina.

Capítulo 6

Sergei

Bajar la escalera, llegar a mi casa, botar mi ofrenda de buena voluntad en el cubo de basura y sacar una cerveza fría del refrigerador sirvió como una especie de terapia que mezclaba ejercicio, alcohol y grandes dosis de respiración controlada. Después de ejecutar esos cuatro pasos estaba, de hecho, menos confundido y mucho más molesto.

Esa mujer no sabía nada de mí, de lo que había sido mi vida, de las decisiones que había tomado ni el porqué de ellas. Ella no sabía la presión a la que había sido sometido durante toda mi carrera, la soledad, los ojos que constantemente me evaluaban, los *flashes* disparados en mi dirección siempre en el momento menos oportuno haciéndome sentir como un animal de zoológico.

Además, yo había cambiado, madurado, y prueba de ello era que las consecuencias de mis acciones me importaban lo suficiente para tomarme la molestia de preocuparme por los involucrados.

Si la fulana Siena Planchard quería tomar esa posición de persona libre de toda culpa encaramada en su pedestal, pues allí se iba a quedar, sola y desempleada. Yo no iba a mover ni una pestaña más para ayudarla. No señor...

Los tres golpes furiosos en mi puerta me hicieron pensar que a la pianista, seguramente, se le había olvidado algún otro insulto infundado y venía por la segunda ronda. Yo estaba más que listo para la revancha. De hecho, y aunque era un poco extraño, la deseaba.

—¿Qué quieres? —grité al tiempo que abría la puerta con violencia para darle más teatralidad a la situación.

No obstante, frente a mí no había ningunos ojos azules sin rastro de amabilidad. La persona que me esperaba era un poquito más bajita y sus ojos verdes me miraban con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Vine a invitarte a una fiesta —Gabrielle sonrió traviesa—, pero si estás de mal humor podemos ir a un bar de perdedores que conozco para que golpees a alguien. He escuchado que es una terapia maravillosa contra la frustración.

No pude evitar sonreír. Definitivamente Gabrielle se estaba convirtiendo en mi nueva medicina favorita.

En esta oportunidad, tenía el cabello de dos colores: rojo sangre desde el cuero cabelludo hasta un poco más abajo de las orejas y desde allí extensiones azules hasta los hombros.

Su vestido era de un material que parecía piel de guante, color azul cielo, en combinación con sus extensiones, y le caía justo encima de las rodillas en picos irregulares. Calzaba unas botas del mismo azul con unos tacones que podrían ser utilizados, en algún momento de necesidad, como un arma punzocortante.

Tenía todo el aire de una heroína de una fantasía postapocalíptica, reforzado por un tatuaje un poco más arriba de su muñeca que había pasado por alto la noche anterior, tal vez porque parecía un brazalete real con dos letras g entrelazadas como adorno y unidas por una pequeña piedra verde.

—¿Crees que soy un divo borracho, parrandero y malcriado? —le pregunté de la nada, tal vez tratando de olvidar de una buena vez todo ese asunto con Siena para adentrarme sin complejos en un terreno mucho más placentero.

—¿Es una noche de tipo existencialista? —me preguntó con una mueca de burla—. Porque en ese caso vamos a necesitar brandy. No se puede discutir sobre el ser y el parecer con cerveza —hizo un gesto con la cabeza hacia la botella que todavía tenía en la mano—. Necesitamos algo que nos haga sentir intelectuales, no trabajadores de la construcción.

Gabrielle pasó bajo mi brazo, tomó la botella y se metió en la casa.

—No tengo brandy.

Cerré la puerta y me apoyé contra ella, cruzando los brazos sobre el pecho todavía medio enfurruñado por la discusión con la pianista.

—En ese caso, y teniendo en cuenta que tampoco estoy vestida para ese escenario— Gabrielle señaló su vestido y luego suspiró—, mejor discutamos esto lo más pronto posible.

Eché un vistazo a su alrededor sin mucho interés y finalmente se decidió por la única pieza de mobiliario disponible: el sofá que había venido con el lugar.

—Cada persona que conozcas tendrá una opinión sobre ti —dijo en lo que se sentó al tiempo que cruzaba las piernas de esa forma tan complicada que usan las estrellas de cine cuando acuden a un programa de entrevistas: medio de lado y con los tobillos juntos. Después dejó la botella en el suelo—. Y esa opinión tendrá poco o nada que ver con la realidad, pues estará influida no solo por lo que ven, saben o han escuchado, sino por sus propios valores y creencias. Incluso lo que tú crees ser cambia cada día de acuerdo al estado de

ánimo en que te encuentras. Si estás feliz te considerarás fabuloso, si estás triste, serás una mierda.

—¿Eso quiere decir que no soy nada? —pregunté confundido.

A decir verdad las conversaciones intelectualmente profundas no eran lo mío. La pregunta se me había escapado sin pensar y esperaba, cuando mucho, una respuesta de no más de tres palabras.

—Eso quiere decir que eres todo —se encogió de hombros y estiró los brazos a sus costados con las palmas hacia arriba—. Una persona es demasiadas cosas para ser definida por solo tres palabras, incluso por cinco o diez, porque, además, no somos estáticos.

—Guao —me tomó unos segundos y unos cuantos pestañeos dar con esa elocuente respuesta—. Eso fue...

—¿Qué? ¿Creías que solo era una cara bonita con ropa fabulosa? ¿Un poco frívola tal vez? —levantó una ceja y me sonrió—. Lo soy, no lo niego, pero también soy otras cosas. Todo cambia de acuerdo al filtro con el que decidamos ver la vida.

—¿Y con cuál filtro la ves hoy?

—En este instante con el filtro divertido —remató su comentario con una sonrisa casi infantil—. Así que pon ese hermoso y musculoso trasero tuyo en otra cosa que no sea un chándal y vamos a colarnos en una fiesta donde haya cero intelectualidad, buena música y alcohol del caro.

—¿No sería mejor... —comencé a caminar hacia ella con deliberado *sex appeal*, usando mi sonrisa número dos, esa que decía «te puedo hacer pasar un buen rato»— quedarnos aquí?

En honor a la verdad, estaba cansado, todavía la resaca seguía allí y la jaqueca amenazaba con regresar. No quería salir a emborracharme otra vez, pero tampoco quería quedarme solo y Gabrielle parecía ser la compañía perfecta para cualquiera de mis estados de ánimo.

Yo era un hombre y ella una hermosa mujer que parecía no complicarse la vida, esa mítica criatura siempre buscada pero nunca encontrada. Por ello estaba convencido de que, a pesar del cansancio, si me lo proponía, tendría la suficiente energía para hacer que la estancia de Gabrielle en mi casa valiera la pena, para ella y para mí. Además, ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que ejercí mis talentos como dios del sexo? Ni siquiera lo recordaba y título que no se usa, se pierde.

—¿Y qué haríamos si nos quedamos? —me preguntó coqueta en lo que estuve parado frente a ella.

—Se me ocurren un par de cosas.

Para ser exactos, lo que se me ocurría era un par de métodos para llegar a una sola cosa.

Gabrielle se levantó del sofá quedando a milímetros de mí. Subió la mirada hasta encontrarse con mis ojos y sonrió de forma sugestiva. Esperaba que de un momento a otro salvara el espacio que separaba nuestras bocas. Incluso me incliné un poco instándola silenciosamente a recorrer el resto del tramo.

—A ver, ¿quedarme en casa un viernes por la noche con un bailarín ucraniano que alega ser el dios del sexo? —fingió meditar por unos segundos. Incluso frunció la boca de una forma que me hacía desear acortar yo la distancia y besarla de una buena vez para terminar con todo este juego—. Probablemente será mi actividad favorita... cuando tenga cuarenta años.

La ofensa me pegó tan fuerte que incluso me aparté de ella un par de pasos.

Me sentí como un hombre de mediana edad, cansado y aburrido, que prefería quedarse en casa a ver televisión en vez de salir a bailar con una mujer hermosa. ¿No había dicho hace poco que quería volver a jugar el juego, que había una parte de mí que estaba siempre tentada a volver a ser el que fui? A fin de cuentas, ¿de qué me había servido convertirme en el «bueno y responsable Sergei»? No gané a la chica, casi perdí a mi mejor amigo en el proceso y ahora vivía solo en una ciudad que no terminaba de comprender donde pianistas locas me insultaban en el pasillo del lugar donde vivía.

Definitivamente, como que me iba mejor antes.

—Vamos a la fiesta, Sergei —insistió Gabrielle atravesando nuevamente la zona de seguridad que yo había puesto entre nosotros y tomando mis manos para evitar cualquier otro posible escape.

—Con una condición.

—Tú dirás —me sonrió curiosa.

No dije nada. Me incliné y la besé.

Puse todos mis conocimientos en ese beso: comencé poco a poco, delicado, mientras mis manos recorrían suavemente sus brazos para terminar tomando su cara con sutileza y acariciándole la mandíbula con mis dedos. Entonces, profundicé y ella me dejó entrar. Mi lengua penetró su boca explorando cada rincón, saboreándola, dándole a entender lo que haría con su cuerpo si me permitía seguir.

Gabrielle me besó de vuelta, pero fue un gesto mecánico. Aunque fuera un poco loco se sentía como si solo estuviese siendo «educada».

—Está bien, señor Viagra hecho hombre —me dijo abanicándose

teatralmente la cara con las manos, pero yo había besado a suficientes mujeres en mi vida como para saber que era una pose—. A vestirse.

No podía creerlo.

Ese beso había sido de mis mejores: planeado y cuidadosamente ejecutado para generar la reacción adecuada que, por cierto, era la contraria de mandarme a vestir, pero Gabrielle no estaba viniendo por más. Quería que viniera por más porque yo necesitaba más, necesitaba ese tipo de conexión y compañía que surge cuando compartes tu cuerpo con otra persona y la sensación de bienestar que te recorre cuando terminas.

No quería seguir estando solo pero tampoco deseaba más mujeres de esas cuyo nombre no podía recordar al día siguiente. Deseaba lo que mis amigos tenían y ella parecía ser la candidata perfecta.

Tal vez era demasiado pronto. Si quería algo más que una persona que calentara mi cama debía esforzarme.

—Vamos a la fiesta.

Capítulo 7

Sergei

Toc, toc, toc.

¿Qué era ese ruido? Y lo que era más importante, ¿por qué mi cabeza se sentía como si estuviese rellena de algodón?

Tal vez si lo ignoraba, desaparecería y podría seguir durmiendo.

Toc, toc, toc, toc.

Con más esfuerzo del normalmente requerido abrí los ojos y la luz de la mañana me taladró dolorosamente la retina, extendiendo la sensación de perforación sin anestesia hasta el centro de mi cerebro. Estaba en mi cama, en mi habitación y me sentía como si el cuerpo me ardiera de adentro hacia fuera. Volteé a mi derecha y allí estaba Gabrielle dormida a mi lado.

Mi estómago dio un par de vueltas y sentí náuseas, no estaba seguro de si por los excesos de la noche anterior o por el espectáculo que ahora se presentaba ante mis ojos. ¿Había dormido con Gabrielle y no lo recordaba? No podía tener tan mala suerte. Me había esforzado demasiado por evitar tener de nuevo ese tipo de encuentros que quedaban diluidos en la memoria bajo la niebla de la borrachera.

Espié debajo de la sábana y yo tenía puesto el pantalón del pijama y ella una de mis camisetas. Eso no probaba nada ni a favor ni en contra.

«Piensa, Petrov, piensa», me dije haciendo un esfuerzo sobrehumano por traspasar la niebla de la resaca para tratar de ensamblar unos recuerdos medianamente completos de la noche anterior.

Toc, toc, toc, toc, toc.

¡Si ese maldito ruido, que era por cierto extrañamente familiar, me dejara concentrarme!

Furioso salí de la cama y así como estaba, descalzo y sin camisa, comencé a buscar la fuente del odioso traqueteo. No provenía de mi casa. El rítmico martilleo parecía tener su origen en algún lugar que estaba más allá de mis cuatro paredes. Salí hasta el pasillo siguiendo el ruido con más cuidado del que Hansel y Gretel habían empleado con las migas de pan hasta que me topé, en el descansillo de la escalera, con el origen de mi abrupto despertar.

Era una niña, una adolescente para ser más exactos, que golpeaba

furiosamente unas zapatillas de ballet de punta contra el suelo. Luego se las ponía en los pies, descargaba su peso en ellas y, armada con una tijera y un martillo, hacía los ajustes necesarios, se las quitaba y volvía a golpearlas contra el piso.

Ya sabía por qué el ruido me era familiar.

La gente, por lo general, piensa que las zapatillas de punta son una cosa hermosa, rosada y brillante que las bailarinas delicadamente ponen en sus pies. Lo que no saben es que la mayoría de las bailarinas prácticamente las destroza (incluyendo las que son hechas a la medida) antes de ponérselas para que así se ajusten a sus pies y se sientan lo más cómodas posible, porque ese zapato es un artefacto de tortura.

Si a mí me hubiese tocado bailar en puntas, seguramente habría desistido en el primer año.

El proceso que ahora se llevaba a cabo en el descansillo era uno que había presenciado miles de veces a lo largo de mi vida. Lo que no tenía sentido era por qué esta niña lo hacía tan cerca de mi casa durante una SAGRADA mañana de sábado.

—¿Por qué estás haciendo eso aquí? —le pregunté molesto mientras bajaba la escalera dispuesto a quitarle el zapato de la mano y mantenerlo como rehén hasta que mis ocho horas de sueño embellecedor estuvieran completas.

—Mi mamá odia cuando lo hago en casa —me respondió apenas dedicándome una mirada de fastidio, lo cual, debo admitir, hirió un poquito mi ego.

Todos los estudiantes de ballet del mundo estaban en la obligación de conocer mi nombre. Los varones deberían desear ser como yo y las niñas soñar con bailar conmigo algún día y esta chica, obviamente, era una estudiante de ballet. No solo la rutina con las zapatillas era el indicativo, también estaba la forma en que se sentaba.

Hay ciertas cosas que revelan a un bailarín y una de ellas es que aun desparramado en el suelo hay cierta gracia en su postura, en la forma en que están colocadas sus piernas, siempre con las puntas de los pies estiradas, en la manera en que pone la cabeza o en cómo sus manos siempre tienen el dedo índice y meñique un poco más arriba que los demás.

—Tú madre debe tener, al igual que yo, aversión a ser despertada por ruidos molestos el sábado en la mañana.

—Son las dos de la tarde —dijo esta vez sin siquiera voltear la cabeza y comenzó nuevamente con el golpeteo—, y no odia el ruido, odia que yo

estudie ballet.

—No la culpo —la niña volteó a verme indignada y casi sonreí triunfante—. Todas las madres aman la idea de que sus hijas hagan ballet, que usen coronas y hermosos tutús rosados. Eso les dura hasta que se dan cuenta de que es una actividad extremadamente competitiva, que consume mucho tiempo de sus vidas y que los pies de sus princesas nunca serán lo suficientemente bonitos para usar sandalias.

—Y eso sin mencionar que creen que uno destruye las zapatillas a propósito solo para castigarlas. Ella no entiende... —dijo con toda la frustración que esas palabras encierran para las adolescentes y hasta soltó un suspiro exasperado—. ¿Fue así para ti? ¿Tus padres odiaban que estudiaras ballet?

Estuve a punto de mostrar mi sorpresa porque sus palabras dejaban claro que ella sabía perfectamente quién era yo y aun así no estaba pidiendo que firmara una de sus zapatillas. No obstante su pregunta me envió por otra línea de pensamiento.

—Es diferente si eres varón —dije tratando de ocultar una cierta tristeza que se había instalado en el medio de mi pecho dándome esa extraña sensación de que había comido algo en mal estado—. Normalmente, salvo que tengas familia fuertemente vinculada al mundo de las artes, ningún padre quiere que su hijo estudie ballet. A menos, claro, que seas ruso o ucraniano extremadamente pobre y tus padres necesiten que destagues en algo para que no termines cargando cajas en una fábrica. En esos casos tus opciones están limitadas a ser atleta o artista porque para la universidad no hay recursos.

—¿Pero les gusta que seas bailarín? —insistió trayéndome de vuelta de aquel momento en el que gané mi primera competencia, obtuve una beca de estudios y mi familia me envió a Londres, solo, con apenas trece años. No los volví a ver hasta muchos años después.

—Sí, les gusta —respondí lacónico y, como todo el ejercicio de memoria no había hecho sino empeorar el estado de mi dolor de cabeza, me senté en los escalones.

—¿Te van a ver cuando bailas?

—Si es en Rusia o en Ucrania van a verme.

—¿Y cuando bailas en otro lugar?

—Ofrecí comprarles el boleto unas cuantas veces cuando vivía en Londres, pero ellos preferían que les enviara el dinero.

No resentía que mis padres nunca hubiesen viajado para visitarme en Londres. Sabía que no tenían el dinero y cuando pude enviar por ellos, era más

importante poner comida en la mesa que tomar un avión. Lo entendía, sí, pero el pequeño niño dentro de mí aún quería formar una pataleta, ser importante para alguien, tomado en cuenta, mostrar sus logros a las personas para las que debía significar algo.

No podía creer que le estuviese contando eso a una niña desconocida. Era una realidad demasiado triste, además de ser un hecho estrictamente personal. Otra cosa por la que culpar al alcohol.

Tiempo para un cambio de tema.

— ¿Tus padres van a verte cuando bailas? —le pregunté de vuelta.

—Mi mamá siempre va pero nunca me alaba demasiado. Tal vez es que no soy muy buena.

—¿Y tu papá? ¿Le aburre el ballet?

—No tengo papá.

Lo dijo sin ningún tipo de emoción. No había en sus palabras rabia o tristeza. Simplemente sonó como si estuviese dándole una dirección a alguien en la calle.

—¿Lo siento? —pregunté porque no estaba seguro ni de qué decir ni tampoco de cuál tono era el políticamente correcto.

—No te preocupes —se encogió de hombros—. Desde que supe sumar y restar me di cuenta de por qué no tenía uno y aprendí a contar a los cuatro años, así que ya me acostumbré a la idea.

—¡Andrea! —un grito de mujer se escuchó más abajo.

—Alerta de mamá antiballet —me susurró la niña con gesto cómplice—. ¡Aquí arriba arreglando las zapatillas!

Menos mal que estaba sentado porque de lo contrario me habría caído sobre mis posaderas cuando una cabeza rubia apareció subiendo la escalera y vi que era mi pianista. Por un momento quedé confundido tratando de poner las piezas en el lugar correcto pero no encajaban, no del todo. Era como si al rompecabezas le faltaran las orillas.

La niña no podía ser la hija de Siena. Primero no se parecían en nada: la madre era rubia, alta, con unos ojos azules que podrían congelar el desierto del Sáhara y todo un aire de gélida distancia y Andrea tenía el cabello cobrizo al igual que sus ojos, que eran grandes y expresivos, y un aire exótico que le hacía parecer una gitana dispuesta a leer tu fortuna y robarte en una feria callejera.

Pero diferencias físicas aparte, Siena no era lo suficientemente mayor como para tener una hija adolescente. Es decir, resultaba obvio que era mayor que yo

pero parecía que recién pisaba los treinta. Había algo en las matemáticas que no cuadraba. ¿Qué era lo que había dicho la niña sobre sumar y restar?

—Andrea, ve a terminar de hacer eso en la casa —le dijo Siena sin despegar su mirada reprobatoria de mí, lo que me impidió seguir con los cálculos mentales sobre su edad.

—No te gusta que lo haga en la casa —le respondió ella y parecía estar disfrutando de llevarle la contraria.

Definitivamente, me agradaba la niña.

—Ahora, Andrea.

Con un suspiro, la niña comenzó a recoger los adminículos destinados a la tortura del zapato y se despidió con la mano antes de desaparecer por la escalera.

Esperaba que Siena la siguiera, pero se quedó allí parada como esperando que mi cerebro reventara con la fuerza de su mirada.

—¿Qué? —dije cuando no pude soportar más las dagas visuales y bueno, admitámoslo, me gustaba verla furiosa.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Por ahora, nada. Solo estoy aquí, sentado en la escalera...

—Medio desnudo —continuó ella y me recorrió con la vista. Inclusive me pareció ver que tragaba grueso y un ligero color aparecía en sus mejillas—, hablando con mi hija. ¿Sabes que es ilegal?

—¿Hablar con tu hija es ilegal? —puse mis codos en el escalón superior para exhibirme un poquito más. Sabía que así el pantalón del pijama se colocaba justo en la frontera de mis caderas insinuando esa parte que Siena no quería notar pero de la que no podía quitar los ojos como si estuviera calculando sus dimensiones—. Además, si estuviese desnudo te aseguro que hasta alguien como tú podría notar la diferencia.

—¿A qué te refieres con eso de alguien como yo? —preguntó indignada y estuve a punto de responderle con algo ingenioso pero no me dio oportunidad. Siguió hablando—: No importa, no me interesa. Andrea tiene quince años así que te agradezco que os mantengáis alejados, tú y tus mundialmente conocidos encantos.

—Guao. ¡Espere un momento, señora! —de golpe me puse de pie, pues resaca o no lo que ella estaba insinuando era demasiado bajo, incluso para mí y eso que, por lo general, tenía la tendencia a pensar muy mal de mí mismo—. ¿Crees que estaba intentando seducir a tu hija o algo así? ¡Es una niña, por todos los cielos! ¿Qué clase de persona crees que soy?

—Creo que el tipo de persona que eres ya quedó establecido.

—Sí, sí, según tus palabras soy un divo borracho, parrandero y malcriado. Puedes agregar mujeriego si quieres, incluso promiscuo si te apetece, pero no soy un perverso.

Esta vez fue mi turno de darle la espalda a esa odiosa mujer y dejarla parada en el pasillo con la palabra en la boca.

Capítulo 8

Siena

En un día cualquiera Sergei Petrov era el tipo de hombre que te hacía querer quedártele viendo con la boca abierta. Ese cabello negro como la tinta, sus ojos azules y esas facciones que demostraban que los buenos genes hacían la diferencia. Un príncipe de cuentos de esos que tambalea hacia el lado malo pero que mantiene esa peligrosa expresión de niño travieso.

¿Verlo sin camisa con el cabello despeinado que gritaba «acabo de salir de la cama»? Era como ser inyectada con adrenalina pura directo en el corazón o tener una repentina mezcla de ataque de asma y subida de presión sanguínea.

Por un momento me debatí entre estirar la mano y ver si toda esa musculatura alargada y definida, sin ser excesivamente evidente, era real o dejar volar la imaginación hacia el momento en que ese cuerpo se tensara y brillara producto de la transpiración, y no se trataba precisamente de verlo entrenando.

Claro que no llevé a cabo ninguna de las dos acciones pues la vergüenza me rescató. Ver a mi hija hablando con él debió disparar las alarmas: era un disipado, una mala influencia, pero para mi mayor vergüenza por unos segundos no reaccioné. Estaba muy ocupada en identificar el escalofrío que me recorrió el cuerpo y la extraña subida de temperatura en mi interior.

¿Qué me estaba pasando? ¿Menopausia anticipada?

Yo era una madre soltera con toneladas de responsabilidades en el mundo real como para dejarme arrastrar por fantasías (por muy involuntarias que fueran) que tuvieran como protagonista al hombre más inconveniente de todo el continente.

¿Fantasías con el protagonista de la novela de romance de moda? Perfecto. ¿Con Michael Fassbender o Theo James? A la orden del día. ¿Con un sujeto real que, además de ser mi vecino, podía conseguirlo en cualquier pasillo del trabajo? No, gracias.

Las fantasías estaban bien, eran saludables (o al menos eso decían los psicólogos), siempre y cuando no tuvieran la posibilidad de hacerse realidad. Bien lo sabía yo, que había sido protagonista de un par de cuentos de hadas con todo y sus príncipes encantadores que nunca terminaban con un «felices

para siempre».

Los príncipes azules no existían.

En la vida real, Sergei Petrov no era un príncipe con tendencias hacia el lado oscuro que todas queremos amar. No, en la vida real (esa a la que me enfrentaba todos los días, donde había que pagar la renta y hacer la compra, esa vida en la que estaba sola con mis problemas y mis pecados) él era simplemente un niño grande, un divo, una persona que solo se preocupaba por sus cinco minutos de fama y por la gratificación instantánea siempre a la mano gracias a una interminable línea de mujeres que esperaban ser seleccionadas.

¡Estaba cenando bastones de zanahorias y albóndigas de calabacín gracias a él, por el amor de Dios! ¿Qué estaba mal conmigo?

Eso era lo peor de estar cerca de Sergei Petrov: tenía que tomarme unos minutos para repetirme mentalmente las diferencias entre la realidad y la ficción. Simplemente por un par de minutos dejaba de pensar en todos esos hechos ampliamente comprobados y me sentía como una mujer con genitales que demandaban ser utilizados.

En mi defensa, era genéticamente imposible para cualquier ser humano del género femenino no sentir una atracción casi incontrolable por ese sujeto. La cuestión era que yo no «ejercía» como mujer desde hacía bastante tiempo y aunque una vez al mes mis ovarios me recordaban que todavía estaban en funcionamiento, no solían despertarse fuera del ciclo acordado.

Yo era una cabeza de familia, una madre con una hija adolescente, una persona que golpeaba el piano durante muchas horas al día para pagar las cuentas y poner comida en la mesa. Había alguien cuya estabilidad dependía de que me mantuviera en ese rol. Así lo había decidido hacía quince años y, aunque me tomó un tiempo encontrar la forma de lograrlo, no me aparté del camino desde el momento en que ingresé al conservatorio, conseguí un trabajo y reclamé a mi hija de vuelta.

No había tiempo para nada más. Yo no quería tiempo para nada más.

El día que tomé mi decisión me hice una promesa: nunca dudes, nunca te arrepientas, esto es lo correcto aunque el mundo te diga lo contrario. A partir de ese momento, Siena Planchard solo existió para ser mamá y proveedora. La niña que fui murió con todos sus sueños para que mi hija pudiera vivir y tener los suyos.

Ya Sergei Petrov había atentado contra mi sustento y el de Andrea en una oportunidad, no le dejaría arruinar también mi estabilidad mental ni mi plan de vida simplemente porque era extraordinariamente atractivo.

Capítulo 9

Sergei

Cuando regresé a mi departamento, me había prometido que nunca más cruzaría una palabra con esa mujer. Me apartaría de ella como si fuese una plaga. No hacía sino ponerme de mal humor. ¿Por qué tenía que ser tan amargada?

«No tengo papá», había dicho Andrea. Tal vez la niña fuese adoptada porque, a diferencia de su madre, era muy simpática y a Siena no parecía que le gustaran los hombres, en absoluto.

En lo que pisé la habitación todo pensamiento sobre Siena y sus malos modales se evaporó porque Gabrielle se había levantado y estaba parada prácticamente desnuda frente a la ventana, lo que me daba una vista espectacular de su espalda

No sé qué me impresionó más: lo suave que parecía su piel, la curva de su cintura, su trasero con forma de pera contenido en una tanga prácticamente inexistente o el tatuaje que comenzaba en la base de su espalda y se extendía casi hasta el cuello. Era una vara con una serpiente enrollada y la piel del reptil estaba decorada con pequeñas escamas de distintos colores. El trabajo estaba tan bien hecho que la tinta de la serpiente parecía real, casi cambiaba de color cuando le daba la luz del sol.

Aún estaba decidiendo a qué parte dedicar mi mayor atención cuando Gabrielle volteó a verme por encima del hombro con una pequeña sonrisa casi invisible pero que, a pesar de eso, hacía brillar sus ojos.

Ahora sí estaba seguro: no me había acostado con ella porque una visión así no era de las que se olvidaban.

—¿Estás viendo mi trasero o mi tatuaje?

—Estoy viendo toda la escena —contesté antes de comenzar a caminar hacia ella—, cómo la luz que entra por la ventana besa tu piel, cómo lo negro de la tinta del tatuaje parece vetas en el mármol de tu espalda, ese lunar que tienes en el hombro que no había notado...

—Y mi trasero —me interrumpió sonriendo aún más.

—Y tu trasero —concedí—. Es un lindo trasero.

—Gracias —me dijo con una risita antes de meterse el vestido por la cabeza.

—¿Por qué te estás vistiendo? —pregunté casi desesperado al tiempo que su piel se cubría.

—Porque debo ir a trabajar —recogió su bolso, que estaba en un rincón en el suelo, y lo revolvió buscando algo. Luego me tendió dos aspirinas antes de pasarme un vaso de agua que estaba sobre la mesa de noche—. Y tú necesitas descansar.

Quería protestar, hacerme el superfiestero Sergei al que dos noches consecutivas de juerga no le hacían mella, pero Gabrielle no me estaba prestando atención.

Recogió sus botas del piso, se sentó en la cama y estiró una pierna para ponerse el calzado.

Me tomé las dos aspirinas porque sabía que iba a necesitarlas. La visión de esa pierna desnuda, con el vestido subiendo hasta la parte alta de su muslo, terminó de despertar a mi amigo que estaba bajo el pijama y que ya había comenzado a desperezarse cuando vio su trasero en esa bendita tanga azul.

¡Soy humano! ¡Soy un hombre! Y, en ese momento, estaba muy necesitado.

Me senté a su lado en la cama y comencé a acariciarle la pierna mientras ella se calzaba el otro zapato.

—¿Pasamos la noche juntos y ahora me abandonas de esta manera? —puse una expresión de tragedia—. Me haces sentir usado, barato, como un juguete.

Se echó a reír y su risa sonaba como un millón de campanitas agitadas por el viento.

—Eres tan hermosa... Pareces un hada.

—Y tú pareces un príncipe —me contestó ella todavía sonriendo. Delicadamente apartó un mechón de cabello que había caído sobre mi frente y posó su mano en mi mejilla.

Lamentablemente no había pasión en la caricia sino simplemente alguna forma de afecto.

¿Qué estaba pasando? ¿En qué momento había dejado de ser el gran Sergei Petrov y me había convertido en el eterno rechazado?

—Seríamos una pareja de cuento —insistí.

—No he ido últimamente al cine, pero no creo recordar que en ninguna película de Disney las hadas tengan que ir a trabajar.

—Podrías ser un hada moderna, independiente.

—¿Y qué clase de príncipe quieres ser tú?

—Uno con una princesa solo para él.

Gabrielle me miró ladeando la cabeza y sonrió de forma triste.

—La cosa es que, como tú mismo dijiste, no soy una princesa —suspiró y volvió a sonreír—. Soy un hada y como tal no estoy destinada a quedarme con el príncipe, jamás, es la triste historia de mi vida —se encogió de hombros—. Lo que sí puedo hacer es otorgar deseos.

Esto era deprimente.

—¿Me otorgarás tres deseos? —dije sonriendo, adoptando mi personalidad de chico malo una vez más. Una mentira repetida mil veces...—. Tengo ciertas ideas...

—Un hada, Sergei —me interrumpió y puso los ojos en blanco—, no el genio de la lámpara.

—¿Por casualidad conoces al genio de la lámpara? Porque, honestamente, se me ocurre...

—Lo conozco —Gabrielle me miró muy seria, como si estuviera a punto de comenzar a relatar leyendas urbanas— y tú también. Esos deseos, polvo de estrellas, felicidad instantánea, olvido, duran poco y siempre terminan actuando en tu contra.

A pesar de la infantil comparación, la explicación era tan densa como la nube de decepción que normalmente habitaba a mi alrededor y que, en algunos momentos, hacía difícil hasta el respirar.

—Creo que una de tus colegas echó una maldición en mi cuna cuando nací —dije hastiado, dejándome caer nuevamente sobre la cama y cubriendo mi cara con el brazo para tratar de borrar de mi expresión cualquier rasgo de mascota abandonada. Esa mirada que dice «por favor, llévame a casa»—. Algo como «el príncipe tendrá amor y pasión en su vida, pero nunca al mismo tiempo, nunca provenientes de la misma persona, y por eso siempre se sentirá vacío».

—Entonces tienes que romper la maldición.

—¿Y eso cómo se logra? —bufé—. ¿Tengo que emprender un viaje mágico para recobrar algún mítico objeto perdido?

—Es más fácil y a la vez más complicado: llénate a ti mismo.

La cama se movió y por el cambio de peso supe que Gabrielle se había levantado.

¿Quién era esta mujer? ¿Una especie de Yoda versión femenina pero bellísima y con una enigmática serpiente dibujada en su espalda?

—El tatuaje, ¿significa algo? —pregunté destapando mis ojos.

Cuando las conversaciones se ponían intensas era mi especialidad un abrupto cambio de tema. «Finge que nada ocurre, que nada te afecta. Finge que

eres feliz», era mi lema de vida.

—Es el báculo de Esculapio —me miró a través del espejo y como, obviamente, mi expresión le dijo que no tenía ni idea de a qué se refería continuó con su explicación—: Es el símbolo mundial de la medicina.

—¿Por qué llevas el símbolo mundial de la medicina en la espalda?

—Mi papá es médico, mi mamá es médica, mi hermana Georgia pronto será médica, al igual que su futuro esposo, Josiah, a quien conocemos desde que era un crío—. Ya no me miraba por el espejo y, aunque proseguía con su rutina para estar «presentable», su postura relajada había sido sustituida por una tiesura poco común en ella y una mirada perdida—. Los médicos siempre me han cuidado la espalda sin importar todas las veces que haya metido la pata. Eso es lo que significa el tatuaje.

—¿Y el de la muñeca? ¿El brazalete? ¿También significa algo?

—Dos letras g —se pasó la mano por el tatuaje y lo miró con ternura—. Gabrielle y Georgia.

—Tu hermana.

—Tienes buena memoria —tomó su bolso y caminó hacia la puerta—. Voy a estar muy ocupada hoy y mañana y no sé cómo estará mi agenda en la semana, pero te llamaré...

—¿Cuándo haya otra fiesta? —le pregunté interrumpiéndola y sin proponérmelo había amargura en mi voz. Quizás era porque sabía que se estaba despidiendo, lo que me dejaría en la más completa soledad hasta que decidiera volver a aparecer.

Sin embargo, Gabrielle detuvo su avance, se volvió y sonrió complacida.

—No tienes que ir si no lo deseas. Ir a fiestas no es obligatorio.

—Al menos me da algo que hacer.

—La próxima vez tal vez te invite a mi casa a comer algo si lo prefieres.

—¿Ya cumpliste cuarenta y no me lo dijiste?

—Suenas exactamente como un niño malcriado.

Para mi mayor sorpresa regresó hasta donde yo estaba, se inclinó y me dio un beso en la mejilla. Sus labios se demoraron cinco segundos contra mi piel.

Capítulo 10

Sergei

Tras pasar lo que me quedaba de sábado durmiendo, encargándome de mi «falta de actividad física» con más ferocidad que un adolescente virgen, cambiando los canales en el televisor cada vez que tenía unas horas de consciencia y consumiendo cualquier cosa comestible que consiguiera, el domingo me desperté completamente descansado.

Luego de matar un par de horas ocupándome de mis necesidades físicas, de la higiene y de intentar poner un poco de orden a mi alrededor, sábanas de la cama incluidas, el departamento comenzó a sentirse demasiado pequeño y eso que estaba prácticamente vacío.

Eso de comprar muebles y decorar no era lo mío.

Para colmo de males, no ponían nada interesante en la televisión, en mi refrigerador solo había agua y la imagen de Gabrielle desperezándose como un gato frente a mi ventana regresaba a mi mente una y otra vez sin invitación.

En conclusión, estaba aburrido, hambriento y a un paso de que me salieran pelos en la palma de la mano. Para remediar todos esos problemas y la cada vez más grande necesidad de abrir el portátil y llamar a Marianne por Skype, debía salir y, como no tenía a dónde ir, un viaje a la tienda de la esquina se me antojaba buena idea y tal vez una parada en la venta de crepes que estaba dos calles después de la tienda o, ¿por qué negarlo?, en la licorería que estaba más allá.

Tal vez después de hacer la compra y tomar un par de tragos me sentiría en capacidad de hablar con ella y de escuchar sus historias sobre los viajes sorpresa a los que Vadim la invitaba o las propuestas de matrimonio cada vez más creativas que él le hacía y a las que ella siempre respondía que no.

Sí, definitivamente para enfrentar esa conversación sobre la hermosa y caótica vida cotidiana que llevaba la única mujer que había significado algo para mí con mi mejor amigo sin que mi sonrisa flaqueara, necesitaría un poco de coraje líquido. Más cuando ese “sí quiero ser tu esposa” iba a llegar en algún momento y debía alegrarme por ellos.

Me vestí con lo primero que se me atravesó: unos vaqueros viejos, una camiseta con el logo de la banda de mi amigo Mason y mis zapatillas Nike. Un

poco apurado me pasé la mano por el cabello todavía húmedo para darle un poco de orden, tomé las llaves y con el repentino ánimo que me daba tener algo que hacer, o mejor dicho huir de algo que no quería hacer, bajé las escaleras con más entusiasmo de lo que esa actividad normalmente demandaba.

En el vestíbulo casi atropello a Andrea, quien sostenía en sus manos una computadora portátil abierta mientras paseaba de un lado a otro dirigiendo miradas alternativas al espacio vacío y al aparato.

—¿Qué haces? —pregunté curioso, mirando alternativamente al aire y luego al portátil para ver si entendía el porqué del extraño comportamiento.

—Busco una señal wifi disponible. Mamá quitó el internet debido a un recorte en nuestro presupuesto —me lanzó una mirada afilada—, y debo aprender el *pas de deux* de *La bella durmiente* para mi clase de repertorio.

—Puedes usar mi conexión —me ofrecí avergonzado—. No recuerdo la clave pero debo tenerla anotada en algún lugar —comencé a subir la escalera de vuelta dispuesto a poner todo patas arriba para conseguir la bendita contraseña, pues no era justo que la simpática muchachita pagara por la terquedad de su madre. Apenas había subido un par de escalones cuando una idea me iluminó—. Yo puedo enseñártelo.

—¿Qué me puedes enseñar?

—El *pas de deux*. Lo he bailado cientos de veces —bajé los escalones, tomé posición frente a ella y le guiñé un ojo—. Para empezar: quinta posición *croisé*.

—¿Vas a bailar conmigo? —me preguntó haciendo una mueca de incredulidad.

—Es un dúo —me encogí de hombros—. Será más fácil si te enseño los pasos practicándolos contigo.

—¿Aquí en el vestíbulo?

—No creo que tu madre apruebe que vayamos a mi casa o a la tuya.

—Cree que me estás tirando los tejos —me dijo con una expresión de disculpa.

—Que quede claro que no... —aclaré por si había alguna duda. ¿Quién sabía si mi encanto se había reducido al de un integrante de *One Direction*?

—Y aunque lo hicieras... —puso una expresión de asco en su rostro—, eres un extraordinario bailarín pero eres viejo.

—¿Cómo que viejo? —pregunté indignado—. ¡Ni siquiera tengo treinta!

—Eres como diez años mayor que yo. Eres viejo.

—Entonces no podrás negarle un favor a este anciano moribundo —estiré la

mano nuevamente—. Quinta posición *croisé*.

Miró mi mano pero no se movió.

—No soy muy buena —dijo y subió un hombro.

—Y yo no soy maestro, pero lo resolveremos.

—No me molesta, ¿sabes? Eso de no ser lo suficientemente buena —con un suspiro dejó el portátil en una esquina, se quitó los zapatos y luego amarró con un nudo en el tope de su cabeza su mata de rizos oscuros—. Yo solo quiero bailar y mientras en cada ballet hay solo un par de estrellas, hay treinta que están en el coro. Me conformaría con ser parte del cuerpo de baile de una compañía pequeña con tal de poder seguir bailando.

La candidez y sinceridad de Andrea me dejaron momentáneamente sin palabras. Cuando yo tenía su edad no quería otra cosa que ser el mejor, lo necesitaba, nunca pude darme el lujo de aspirar a menos, por lo que nunca supe dónde terminaba el amor por bailar y comenzaba el compromiso. Ese amor lo aprendí años después, cuando me peleé con lo que mi profesión había hecho de mí, cuando me vi privado de estar sobre el escenario.

—Esa es una actitud muy madura —lo dije sin darme cuenta—. Todo habría sido más fácil para mí si hubiese pensado de esa forma.

—Trata de convencer a mi mamá —finalmente tomó posición frente a mí justo como le había indicado—. Ella más que nadie debería entender. No es una gran pianista de esas que dan conciertos y graban discos, solo es acompañante, pero ama lo que hace. Debería entender por qué quiero seguir bailando, pero no. Quiere que me concentre en la escuela y que luego vaya a la universidad a hacer un trabajo completamente anónimo. ¡Si fuera contadora la haría la mujer más feliz de la tierra!

—Te voy a dar la mano —comencé a darle indicaciones para evitar tener que opinar sobre el asunto. Según lo que acababa de aprender, Siena amaba lo que hacía y yo era el responsable de que sus horas diarias se redujeran. ¡Muy bien, Petrov!—. La tomas, subes a *relevé* y luego *développé devant*.

Comenzamos a practicar y a medida que avanzamos olvidé completamente que estaba bailando con una estudiante de quince años en el vestíbulo de un edificio cualquiera en París. Andrea era rápida e inteligente y, obviamente, conocía la coreografía, pues solo me bastaba susurrarle los pasos que venían a continuación y seguíamos bailando con fluidez.

Solo cuando tuvimos que parar para repasar detalladamente la mecánica de una de las levantadas más difíciles me di cuenta de por qué me había concentrado tanto: no era un juego. Andrea no se movía como una estudiante.

Sí había inexperiencia y algunas fallas, pero sus movimientos tenían una cualidad instintiva, tal limpieza que por un momento sentí que estaba ensayando con una profesional.

—¿Estudias en la Escuela de la Ópera? —le pregunté curioso. Si esta era la nueva generación, en un par de años mi carrera estaría terminada.

Andrea puso los ojos en blanco como si le estuviese jugando una broma de mal gusto.

—Nunca me admitirían allí. No soy lo suficientemente talentosa —estuve a punto de interrumpirla, indignado, pero siguió hablando—. Además, no podríamos costearlo.

—¿Quién te dijo eso?

—Conozco muy bien el estado de nuestras finanzas. ¿Podemos repasar la pirueta nuevamente? Todavía no la tengo clara.

Dejé el tema. La persona que le había dicho que no era lo suficientemente buena no solo le había mentido, había sido deliberadamente cruel y esa persona era probablemente Siena. No quería que Andrea escuchara que su madre quería apartarla de una carrera para la que había nacido.

No obstante, iba a llegar al fondo de todo esto.

Cuando terminamos de practicar, Andrea me dio las gracias y antes de que se marchara le pedí las especificaciones de sus zapatillas de punta y me fui de compras.

Unas horas después, sentado en la escalera con el paquete a mis pies, me dediqué a esperar por la pianista mentirosa. Finalmente, cuando estaba a punto de darme por vencido, porque eso de esperar en una escalera era algo que nunca había hecho, vi la cabeza rubia subiendo.

Como en esta oportunidad no estaba ocupado defendiéndome de sus ataques verbales o evitando su mirada, por primera vez me di cuenta de por qué era tan fácil pasarla por alto o confundirla con una solterona de mediana edad.

Su atuendo no era nada llamativo: vaqueros sueltos, una blusa como cualquier otra de un estampado floral algo *hippy*, pero sin colores estridentes, y un abrigo barato que le quedaba grande y la cubría hasta las rodillas. Su cabello, esa gruesa mata dorada que la hacía parecer una suerte de diosa escandinava, estaba escondido en un moño en su nuca.

Lucía cansada, con sus libros y partituras abrazados contra el pecho y la cabeza baja. De pasada, su actitud corporal daba la impresión de alguien que sabe que no pertenece a un lugar y espera que de un momento a otro la descubran.

Me levanté de mi incómoda posición y me apoyé en la pared del descansillo. En lo que sus ojos me reconocieron, por un segundo creí ver algo distinto al disgusto, que parecía ser su expresión perenne cuando se encontraba conmigo, pero no pude identificar de qué se trataba. Fue algo breve, casi imperceptible, antes de que la acostumbrada mueca tomara su lugar habitual.

—Petrov —dijo sin detener su avance.

—Planchard... —comencé a decir para ganar tiempo en vista de que no había practicado mucho la forma de encarar esta conversación.

Eso de ensayar cómo hablar con mujeres no era algo que acostumbrara hacer. Por lo general me salía natural. Sin embargo, con Siena...

—Espera un segundo —fue lo único que se me ocurrió decir antes de que llegara a la puerta de su casa.

—¿Qué quieres? No voy a retomar esas horas y no quiero discutirlo más. Estoy cansada. Aunque no lo creas algunos seres humanos trabajan también el domingo.

—Compré esto para Andrea —me apresuré a mostrarle la bolsa con los zapatos como una especie de ofrenda de paz.

—¿Por qué? —preguntó retrocediendo un poco como si el paquete, en vez de unas inofensivas zapatillas de ballet, estuviera lleno de serpientes venenosas.

—Ella mencionó que no le duran mucho y que siempre te quejas —sonreí tratando de parecer cómplice—. Por cierto, que las destrozé antes de usarlas es normal. ¿No has visto lo que las chicas de la Ópera le hacen a sus zapatos?

—¿Por qué le compras cosas a mi hija?

La pregunta me sorprendió. ¿Acaso no la había respondido ya? Tal vez había estado tan ocupada tratando de darme mal de ojo que no había tenido tiempo de escucharme.

La miré buscando algún indicio de sordera, pero no parecía confundida al perder su capacidad auditiva. Por el contrario, lucía indignada, como si el regalo fuese una afrenta, una demostración de esas absurdas y oscuras intenciones que ella me atribuía.

Ya esta situación abusaba de mi paciencia. ¿Cuántas veces se puede intentar ser amable y despreciado por ello antes de que uno deje de ser estoico ante tanto abuso?

—Se las compré porque conversé sobre eso con ella en la escalera, porque recientemente descubrí que, a pesar de que me va muy bien siendo decorativo debido a mi belleza externa, también me gusta ser útil; porque puedo pagarlas

sin que afecte a mi economía. Te las entrego a ti, por cierto, para que veas que no soy un bicho raro que está intentando algo inapropiado con una niña, sino simplemente una buena persona —le respondí molesto, subiendo mi tono un poquito de nivel con cada oración. No había sido mi intención inicial perder los estribos. Quería deslizarme en la conversación que tenía prevista con Siena de la manera más amigable posible, pero esa mujer parecía no bajar la guardia nunca—. Por cierto, normalmente, cuando alguien te hace un regalo, lo correcto es aceptarlo y dar las gracias, con una sonrisa si es posible.

Por un momento pareció perpleja. Tal vez no me creía capaz de articular un discurso de más de cinco palabras. Luego vino mi recompensa: Siena parecía avergonzada.

—Gracias —dijo finalmente en voz baja, como si la palabra le costara un mundo.

Le entregué la bolsa y, aunque no sonrió, me di por bien servido pues no estaba lanzando miradas reprobatorias en mi dirección. Eso, debo admitir, me distrajo de mi propósito.

Realmente era sorprendente cómo las facciones de una persona pueden transformarse casi completamente cuando no está frunciendo el ceño en tu dirección todo el tiempo. Vista así, sin todas esas defensas que pondrían en vergüenza a las del Pentágono, Siena era una mujer muy bonita, con un rostro dulce y delicado.

¿Cómo no lo había notado?

Sin ningún aviso verbal, tan solo un nuevo asentimiento en mi dirección, amagó con retomar su camino, lo que me hizo recordar que había algo que quería decirle, más allá de que yo podía ser un tipo decente que le da regalos a una niña simpática sin ningún tipo de motivación ulterior.

—Necesito hablar contigo —la tomé delicadamente por el brazo para detenerla y ese contacto, a pesar de estar mitigado por capas de tela, me hizo sentir un extraño cosquilleo. Era algo que nacía en la base de mi columna y se extendía hasta mi pecho, llenándome.

—¿Sobre qué? —respondió confundida.

Extrañamente no miró el punto donde la sujetaba, tampoco intentó zafarse de mi agarre. Por un momento me entretuve con el absurdo pensamiento de que ella también podía sentir esa confortable sensación y no estaba apresurada por romper el vínculo.

—¿Por qué le mientes a tu hija?

Y con mis palabras puse nuevamente en evidencia mi extraña habilidad de

destruir los momentos perfectos que la vida me regalaba.

Siena sacudió el brazo para soltarse de mí y retrocedió alejándose hasta que la pared le indicó que no podía distanciarse más.

—¿De qué estás hablando? —preguntó en voz baja mirando el pasillo de un lado a otro como si temiera que una especie de «policía de la verdad» viniera a detenerla.

—Hoy ayudé a Andrea a entrenar. Me contó que odias que estudie ballet, que constantemente le dices que debe buscar otra cosa porque no es suficientemente buena y luego bailé con ella —los ojos de Siena se agrandaron por la sorpresa y en ese momento lucía inocente, frágil e incluso asustada—. Tu hija puede ser una estrella, tiene el talento y la técnica y tú debes saberlo porque trabajas con bailarines todo el día. ¿Por qué le mientes, Siena? ¿Por qué destruyes sus sueños? ¿Por qué nadie en esa maldita escuela en la que estudia le dice que es excepcional?

—¡Claro que se lo dicen! —repuso casi gritando. Al darse cuenta de su indiscreción, lanzando una mirada furtiva a la puerta de su apartamento agregó más bajito—: Su profesora le llena la cabeza con ideas de asistir a competencias en Moscú, Jackson o Lausanne, con las medallas que ganaría y las becas que conseguiría y es muy duro para mí decirle que no significa nada ser la mejor en una escuela pequeña, que hay cientos de estudiantes mejores que ella en todo el mundo...

—¡Pero eso es mentira! —la interrumpí molesto—. Habrá unas cuantas en todo el mundo tan buenas como ella y solo unas pocas mejores. Está en la edad perfecta para darse a conocer, conseguir una beca para asistir a una de las mejores escuelas del mundo...

—¿En la edad perfecta? ¡Tiene quince años!

—Esa es la edad perfecta.

—No lo es —dijo con tono definitivo—. Yo sé muy bien lo que les pasa a los niños que son estrellas en cualquier campo de las artes. Comienzan amando lo que hacen pero se ven forzados a crecer demasiado rápido, a nunca tener verdaderos amigos, a ser excesivamente serios para su edad, a tomar responsabilidades de adultos. Están solos, aislados y la presión es demasiada. En algún momento estallan y quieren escapar.

Quería decirle que no era así para todo el mundo, que había opciones, pero no conseguía las palabras. ¿Cómo podría hacerlo? Esa era mi historia.

Mi mente estaba bombardeada con imágenes del pequeño Sergei Petrov encerrado en un salón en Londres deseando poder dedicar un solo día a

practicar fútbol en la calle, a ver televisión o a jugar a estúpidos videojuegos. Sin embargo, en ese entonces, ni siquiera me permitía entretener demasiado ese pensamiento pues temía que en cualquier momento alguien descubriera que se había cometido un error, que el niño ucraniano no era tan bueno como imaginaban y que me enviaran de vuelta. Incluso había momentos en los que entrenaba tanto que me aterraba la posibilidad de lesionarme y que todo terminara antes de comenzar.

Me daba miedo parar, me daba miedo seguir adelante y lo peor era que no podía permitirme el lujo de quedarme paralizado.

—Yo no quiero eso para mi hija —afirmó como si estuviera respondiendo a mis pensamientos—. Yo quiero que vaya de compras, que lea libros de vampiros, que se enamore de todos los integrantes de la banda juvenil que esté de moda y que su única preocupación sea si usa brillo labial color rosa o color frambuesa.

—Pero ella no quiere eso —conseguí decir después de repetirme hasta la saciedad que Andrea tenía familia, que no estaría sola, por lo que no tendría que pasar por todo lo que yo había pasado—. Ella quiere bailar y tus miedos la están frenando. En algún momento se dará cuenta y te culpará por haberle quitado lo único que quería. Te lo digo por experiencia, lo que más reciente de mi vida actual no es la niñez perdida, es la falta de interés de mi familia, justificada o no. Además, aunque ese discurso de los niños artistas está muy bueno tienes que reconocer que no todos salimos tan mal.

Conseguí la fuerza para sacar mi escudo usual y sonreír de forma jactanciosa. Siena puso los ojos en blanco.

—Tú eres un borracho irresponsable.

—Tal vez —me encogí de hombros ya un poco más en control de mis emociones—, pero a los dieciocho tenía una profesión y a los veintiuno ganaba lo suficiente para ayudar a mi familia...

—Y a los veinticuatro tuviste una crisis y te retiraste —me interrumpió.

—Y regresé mejor que nunca —tomé una de sus manos entre las mías, esa que aún sujetaba la bolsa con el regalo, y me di cuenta de que tenía la piel suave y unos dedos largos y esbeltos rematados por una uñas cortas pero bien cuidadas—. Déjame ayudarte, Siena, déjame ayudar a Andrea.

—¡No! —repuso y cerró los ojos respirando agitadamente, pero no retiró la mano—. Andrea no puede ser famosa.

—Nadie puede afirmar que lo será. No todavía. Tiene un largo camino por recorrer. No le quites su sueño, no seas egoísta con ella solo porque algo

podría ocurrir más adelante —esas frases sueltas brotaron de mi boca sin pensarlo mucho, pues todas mis neuronas estaban concentradas en tratar de archivar la sensación de acariciar su mano—. Además, ser famoso no es tan malo. Te invitan a fiestas, te dan regalos promocionales...

Muy a su pesar, estoy seguro, Siena abrió los ojos y sonrió y aunque fue solo un poquito era otra de sus expresiones que la transformaban completamente. Casi pude sentir que esa sola sonrisa, aun pequeña, calentaba todo el frío pasillo.

—Deberías sonreír más a menudo —dije en voz alta, sin pensar, en un ataque de infantil honestidad—. Te ves estupenda cuando lo haces.

—¿Sergei?

La voz rompió el hechizo que la sonrisa de Siena y su tacto habían puesto en mí.

En la escalera estaba Gabrielle, que en esta oportunidad parecía una diva del *Burlesque*, con un vestido negro de encajes, unos zapatos de charol de plataforma y un elaborado moño. Parecía la doble de Dita Von Teese.

Me miró sonriendo y, por reflejo condicionado, como un niño atrapado en medio de una fechoría, me aparté de Siena y dejé ir su mano.

El primer sorprendido de mi reacción fui yo: no había nada romántico entre Gabrielle y yo, ella misma lo había dejado claro aunque de una forma sutil. Además, y por sobre todas las cosas, yo no estaba interesado en Siena. No de esa forma.

No lo estaba. En serio. Ella era mayor que yo, tenía una hija y era la única mujer en kilómetros a la redonda completa y absolutamente inmune a mis encantos.

No había nada que buscar allí. El solo tener ese tipo de pensamientos era una locura y no los estaba teniendo.

No. Definitivamente, no.

Saludé a Gabrielle con la mano y antes de ir a su encuentro volví a mirar a Siena y recordé el porqué de toda nuestra conversación.

—Piénsalo. Quiero ayudar en lo que pueda.

Siena solo asintió con la cabeza y la dejé atrás para ir al encuentro de la mujer más excitante, divertida y, sobre todo, sin complicaciones que había conocido desde que llegué a París.

Eso era lo que necesitaba.

Tal vez con un poco de esfuerzo la haría cambiar de opinión en lo que a relaciones Príncipes/Hadas se refería.

Capítulo 11

Siena

«¿Qué estoy haciendo?»

Me preguntaba una y otra vez mientras picaba zanahorias para la cena y la respuesta no estaba precisamente en el menú. Ese lo diseñaba una vez por semana, pues con mis reducidos ingresos quedaba poco para la espontaneidad.

Debí mandar a Sergei Petrov y a sus buenas intenciones de paseo, debí cortar de plano cualquier intento de acercamiento, pero solo me quedé allí parada, estupefacta ante el hecho de que el divo fuese capaz de preocuparse por alguien que no fuera su encantadora persona.

Obviamente, y a pesar de mis mejores esfuerzos, no había podido superar lo increíblemente atractivo que era.

Era eso. Pura y simple atracción física. Algo que ver, seguramente, con mi reloj biológico. El aspecto de Sergei Petrov era capaz de ganarle cualquier indulgencia, aunque, debía reconocer, era extraño que yo hubiese caído en la trampa que representaban esos ojos cerúleos.

Durante años me había esforzado mucho por no ser el tipo de madre que solo piensa en «rehacer su vida», que busca una y otra vez al próximo «señor adecuado» y somete a sus hijos al eterno desfile de personajes masculinos. Claro, no era que Sergei Petrov fuera a integrar ningún tipo de desfile en la vacía pasarela de mi vida. Jugábamos en ligas muy distintas o, más bien dicho, él se la pasaba jugando y yo siempre veía el juego por televisión.

Sin embargo, tenerlo pululando a nuestro alrededor solo le hacía aparecer con más frecuencia en el desfile imaginario de mi mente, vistiendo la menor cantidad de ropa de diseñador posible.

Lo peor era que ni siquiera me agradaba. Era completamente inexplicable el porqué de mis reacciones cuando estaba cerca. Yo solo quería paz y tranquilidad, no recordar el pasado y criar a mi hija segura y feliz. Cada día sentía que ganaba un pequeño milímetro en mi propósito zen de olvidar un amor desvanecido en el paso del tiempo pero cuyos frutos me recordaban que ese sentimiento era peligroso, hasta que ese ucraniano aparecía en el panorama y me convertía nuevamente en esa adolescente que quería tantas cosas, que confiaba y cometía errores.

Levanté la vista. Andrea hacía estiramientos mientras veía algo en el portátil. No. Ella no era un error. ¿Extemporánea? Sí. ¿Sorpresiva? También. ¿Maravillosa? Cada día. ¿Un error? Nunca.

Cuando recién terminé el conservatorio, un amigo me consiguió un trabajo tocando en los entrenamientos y ensayos de una compañía alemana de ballet que tendría una temporada de un mes en París.

Andrea era todavía muy pequeña y no podía pagar una niñera, así que la llevaba conmigo y ella se quedaba tan tranquila. Cuando llegábamos a casa repetía los movimientos, no en esa forma graciosa y desarticulada de las niñas de siete años que fingen ser bailarinas, sino con concentración.

Después de ese trabajo, vinieron otros similares: algunas veces eran lecciones; otras, acompañamiento para estudiantes de ópera, pero la mayoría tenía que ver con bailarines. Siempre la llevaba conmigo y nunca dejó de interesarle.

En lo que la situación económica estuvo más holgada, la inscribí en unas clases tres veces a la semana en una academia en Montmartre, que era donde vivíamos para la época. Nunca pensé que se volvería tan buena. Debí saberlo; era igual a su padre, no solo en el físico y en esa tendencia dramática que afloraba de vez en cuando, también era genéticamente talentosa.

¿No podía haber sido una niña normal como yo? ¿Alguien sin ningún talento especial que pasara desapercibida?

Y ahora Petrov lo había descubierto y quería ayudarla y yo había sido incapaz de decirle que no, de mandarlo a paseo, atontada por el hecho de que no había pedantería ni burla en su rostro. Parecía sincero, desesperado por hacer algo, y cuando me tocó la tierra pareció inclinarse unos cuantos grados más sobre su eje.

Contrariamente a lo que podía haber esperado de alguien como él, no fue un roce cargado de feromonas, tampoco produjo el mismo efecto que verlo medio desnudo. Sentir su tacto era reconfortante, delicado, increíblemente suave y, por un momento, dejé que las paredes a mi alrededor se derrumbaran y respiré una bocanada de aire que no supo a responsabilidades y tareas, sino simplemente a aire fresco.

No recordaba lo que era tener ayuda.

Volví nuevamente la mirada hacia Andrea, quien todavía seguía entrenando gracias a un tutorial de Youtube. ¿De quién se estaría robando el internet?

Mi niña. Tan seria, tan dedicada, tan llena de sueños...

Quería para ella lo que yo nunca tuve: una niñez tranquila y feliz, sin el peso

de decisiones que alteraran el curso de su vida, sin tener que crecer demasiado rápido y, por sobre todas las cosas, sin la presión que involucra querer ser la mejor, destacar.

Debía admitir que estos deseos no eran solo por la estabilidad emocional de mi hija, sino también por la mía. Si por alguna razón se volvía famosa en el mundo de las artes era muy probable que su padre la encontrara o, lo que era peor, que su abuelo la encontrara y ella, simplemente, no debería existir. Esa situación requeriría de múltiples explicaciones.

Después de quince años ya no me importaba tanto lo que los otros contribuyentes al ADN de mi hija pudieran decir, sino lo que ella pensaría si supiera la verdad. Tal vez me odiaría.

No obstante, aunque nunca lo reconocería en voz alta, Sergei tenía razón. No podía arrebatarse su sueño por mis miedos, por el qué podría pasar. Ella era como su padre y yo quería convertirla en la versión de lo que yo pude haber sido.

Sin darme cuenta estaba sometiendo a mi hija a la misma manipulación a la que me sometieron mis padres. Ellos tenían una hija normal y quisieron hacer de ella alguien que destacara, sin importar el método o las consecuencias. Yo, por el contrario, tenía una hija talentosa y quería convertirla en una chica normal.

Ambas situaciones, aunque aparentemente opuestas, eran la misma cosa: convertir a alguien que confía en ti en algo que no es. Yo nunca quise manipular a mi hija de la forma en que fui manipulada por mis propios padres y lo estaba haciendo sin darme cuenta.

¡Maldito Sergei Petrov! Odiaba que tuviera razón. Odiaba tener que aceptar ayuda.

Capítulo 12

Sergei

—Entonces, ¿qué pasa con la rubia?

Me tomó unos segundos entender de qué hablaba Gabrielle. Había pasado cerca de una hora desde que vino a invitarme a cenar y ahora, cargados de paquetes, recién habíamos entrado en el apartamento más guay que había visto en mi vida.

No estaba en un buen vecindario, era muy pequeño y viejo, pero tenía una personalidad increíble. Era como se supone que debe ser la casa de un artista.

Los muebles, todos en estilos diferentes, tenían en común la riqueza de los colores vivos; telas, saris, chales, de las más distintas tramas y colores, cubrían las sillas, las mesas, las lámparas y hasta un pedazo del techo. Las paredes estaban llenas de cuadros, pero no enmarcados y dispuestos ordenadamente como en un museo, sino que muchos eran bocetos, pedazos de cartulinas coloreadas que, además de adornar, le daban textura a las superficies. Incluso una de las paredes del fondo era un mural, realmente vívido, de una calle de Montmartre.

Estaba abrumado, maravillado y fascinado con el ambiente que me rodeada, así que me tomó un minuto entero reaccionar y cuando lo hice no fue con palabras. La sobrecarga en mis sentidos era tal que solo pude esbozar una mirada confundida.

—No te hagas el tonto —dijo Gabrielle cargando las bolsas hasta la cocina, que era tan artística como el resto del recinto: ollas rojas de peltre colgadas con cadenas de unas barras de metal en el techo y una estufa antigua, de esas que son redondeadas y gorditas, que para colmo era de amarillo chillón—. Hablo de la rubia a la que le sujetabas la mano como si fuese a desaparecer ante tus ojos en cualquier momento.

—No lo hacía —protesté ofendido, apartando la vista del refrigerador al que alguien se había tomado la tarea de pintar como si estuviera cubierto de hiedra—. Se llama Siena, es pianista acompañante en la Ópera y, para rematar, mi vecina. Créeme, me encantaría que desapareciera, pero parece estar en cualquier parte donde miro.

—Es muy bonita.

—Supongo —dije a regañadientes—. No la veo de esa forma.

—¿Eres ciego o mentiroso?

Con una mueca burlona comenzó a sacar los comestibles. Me había prometido hacer cuscús y yo, como un comensal bien educado, tomé asiento en una de las dos sillas que estaban frente a una mesa de fórmica morada.

—Ni una cosa ni la otra —dije y me entretuve mirando por la pequeña ventana aunque, para ser honestos, no estaba viendo nada en particular. Siena era bonita, sí, pero por lo general eso no era lo primero que me venía a la mente cuando estaba con ella a menos, claro, que sonriera pero eso no ocurría con frecuencia—. No es mi tipo. Es demasiado seria, demasiado exasperante, demasiado... No sé. No tienes idea de lo odiosa que es esa mujer. Siempre me está regañando, señalando mis faltas, creyéndose superior. Te juro que algunas veces me provoca...

—¿Callarle la boca? —completó sonriendo.

Inmediatamente decenas de imágenes llenaron mi mente: yo besando a Siena, enterrando los dedos en ese cabello grueso y dorado que, seguramente, se sentiría como seda en mis manos; marcando su piel con mis dientes con el único objetivo de que recordara quién la había hecho perder su perfecta compostura; despojándola de esa ropa poco llamativa que usaba para descubrir lo que escondía debajo y sintiéndome en el proceso como un niño quitándole el envoltorio a un regalo de Navidad.

—¿Sergei?

Levanté la vista y Gabrielle me miraba curiosa, con el rastro de una sonrisa pícaro todavía en su boca.

—Siena es un fastidio —dije decidido, tratando de obviar las imágenes que seguían danzando en mi mente. La maldita abstinencia era lo que me tenía imaginando cosas con cualquiera como protagonista. A estas alturas hasta encontraría sexy a una bolsa de patatas—. Mi interés es en su hija, Andrea.

—¿Una mujer casada? Eso es complicado, Sergei, además da mal karma.

—Créeme, lo sé —hice un gesto hastiado con la mano, recordando a Marianne, a Vadim, al porqué estaba ahora en París—. Pero Siena no es casada, es madre soltera, y, ya te dije, ni siquiera me gusta.

—¿Te gusta la hija? —preguntó con una expresión de horror—. Dime que es mayor de edad.

—¿Por qué todos tienen que pensar tan mal de mí? No hay ningún rollo romántico en esto.

—Está bien, no te enfurruñes, solo preguntaba —Gabrielle dejó los

comestibles en la encimera, caminó hacia la otra silla vacía y se sentó frente a mí—. ¿Qué pasa con la niña?

Parecía genuinamente interesada y yo, de verdad, quería hablar de ello.

—Andrea es la estudiante de ballet más talentosa que he visto en mi vida, pero Siena, con lo terca que es, no quiere que sea bailarina porque tiene esa tonta creencia de que los niños artistas son todos infelices, cosa que no es así —me apresuré a aclarar—. Se puede ser igual de infeliz siendo abogado o arquitecto si tu alma no está en ello.

—Cierto.

—Ellas no tienen mucho dinero y la niña va a un estudio de ballet pequeño, pero te aseguro que merece más.

—¿Tienes algún plan? —descuidadamente se inclinó y comenzó a desatarse los zapatos.

—Hablé con Siena y medio la convencí de que debe dejar esa actitud, claro que eso generó otra de nuestras deliciosas peleas...

—¿Deliciosas?

—Estaba siendo sarcástico.

—Si tú lo dices.

—La cosa es que conseguí que medio accediera a dejarme ayudar a la niña.

—Nadie puede decirle que no a Sergei Petrov —me guiñó un ojo y yo simplemente bufé.

—Créeme, esta mujer es experta diciéndome que no.

—Y eso debe ser toda una novedad para ti.

A pesar de que no era una pregunta, negué con la cabeza recordando todos y cada uno de los calificativos que Siena me endilgaba y cómo deseaba hacerle tragar sus palabras.

—Le he estado dando vueltas a la mejor manera de ayudar a Andrea. Primero pensé en llevarla a una competencia internacional, pero es una opción riesgosa. Una mala noche y el trabajo de meses se va a la basura en diez minutos, con el consecuente golpe en la autoestima. Además, con la resistencia de Siena no estoy seguro de que lo aprobara.

—¿Cuál es tu segunda mejor opción?

—Estaba pensando que si pudiera conseguirle una audición para la Escuela de la Ópera, si lograra que la vieran, tal vez podrían darle una beca. A fin de cuentas la niña lo que necesita es una buena escuela que le dé proyección. Incluso puedo ayudarla a entrenar, a prepararse.

—¿Tú?

—Sí.

—Eso es mucho trabajo.

—No me importa.

—Tomaría todo tu tiempo libre.

—Quiero hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por qué quieres hacer esto?

—Porque siento que es lo correcto, porque finalmente estoy en posición de ayudar a alguien que lo necesita en vez de que otros tengan que venir a mi rescate.

Gabrielle sonrió como si hubiese ganado la lotería, hasta sus ojos brillaron.

—Quiero ayudar.

—¿Tú? —pregunté perplejo aunque un poquito esperanzado. Me venía bien cualquier ayuda porque tener las intenciones era una cosa, pero no sabía cómo era eso de estar en el otro extremo. Siempre había sido el rescatado, no el rescatista—. ¿Cómo?

—Obviamente no has hecho esto nunca y no conoces el procedimiento y las trabas burocráticas que implica solicitar una audición, que te aconsejo que sea privada.

—¿Y tú sí?

—Solo porque me agrada ser generosa, déjame explicarte cómo funcionan las cosas —su expresión mudó. Ahora parecía una maestra de parvulario, una sobre cuyo regazo no me importaría dormir la siesta—. Conseguir una beca completa para una chica es casi imposible, pues la mayoría de las ayudas financieras están reservadas para varones. Si consigues meterla en una audición abierta y si es tan buena como dices, puede conseguir entrar pero no financiamiento. Hay centenares de chicas que van cada año pidiendo lo mismo. Lo que necesitas es alguien dentro, alguien importante, que esté pendiente del caso, que de ser posible exponga sus circunstancias ante la junta y presione un poco para conseguirle una audición privada.

—¿Alguien más influyente que el gran Sergei Petrov? —dije apuntando a mi pecho por si se le había olvidado con quién estaba hablando.

—¿Recuerdas que la familia de Bernard ha sido por años uno de los más grandes benefactores de la Ópera Garnier?

—Lo mencionaste.

—Por esa enorme cantidad de dinero que los Duserre han donado, Bernard

forma parte de la junta directiva de la escuela —movió ambas cejas hacia arriba—. Es una posición simbólica, claro, pero conoce a mucha gente. Una solicitud del «gran Sergei Petrov» — marcó las comillas con la mano— avalada por Bernard Duserre encontraría pocas objeciones en el camino.

—¿Crees que Bernard lo haga?

Una risa contenida brotó de la garganta de Gabrielle.

—Yo me encargo de Bernard.

—No sé por qué, pero no me gusta Bernard.

—Cariño, eso es porque tienes instinto de supervivencia.

Todavía con la sonrisa en el rostro se puso de pie, se alisó el vestido y de regreso donde estaban los ingredientes tomó un delantal.

—Ahora voy a cocinar, así que comienza a contarme todo de esta chica y su madre para que hagamos un plan.

Se estiró para coger una cacerola de las que colgaban del techo, pero aparentemente la que necesitaba estaba más arriba de sus capacidades.

—¿Por qué quieres ayudar? —privándome del maravilloso espectáculo que era verla parada en la punta de sus pies descalzos estirándose con los brazos en alto, fui hasta ella, tomé la cacerola y se la di—. No me malentiendas, no se trata de que no quiera tu ayuda, pero tú no conoces a Andrea ni a Siena y nosotros, bueno, no creo que estemos en la parte de la relación donde se piden favores para terceros. «Riega mi planta que estoy de viaje», podría ser. Incluso un «¿Puedes pasar por mí que estoy borracho y no sé cómo llegar a casa?» entraría entre las opciones aceptables, pero hacer algo por alguien que no conoces es como demasiado compromiso para tan poco tiempo.

—Se te olvidó «Alimenta a mi gato» —se carcajeó, me dio la espalda y se puso a trabajar en la comida—. He recibido ayuda, Sergei. Durante toda mi vida siempre algún desconocido llegó en el momento en que más lo necesitaba, incluso si en ese momento no podía darme cuenta. De no ser por todas esas personas probablemente estaría muerta o prostituyéndome en una calle de Ámsterdam —suspiró como tratando de espantar un mal recuerdo y yo solo esperaba que todas sus afirmaciones no fueran más que exageraciones para demostrar un punto—. Siempre estoy dispuesta a ayudar a quien lo necesita, esté consciente de que necesite ayuda o no. Es como mi segundo trabajo, una forma de devolverle algo al Universo, de acumular buen karma para intentar mitigar la horrible persona que fui y que todavía soy.

—No eres una mala persona —me apresuré a decir. Sí tenía un aura oscura, pero hablaba más de peligro que de verdadera maldad—, y te lo digo yo.

Recuerda que por definición soy un chico malo. Lo dicen los periódicos, así que debe de ser verdad.

—Mi príncipe —dejó la cacerola a un lado y con un afecto casi maternal tomó mi mejilla en su mano—. Tú solo eres un muchacho al que le encanta meterse en problemas para llamar la atención. No tienes ni idea de lo que es ser verdaderamente mala persona.

—¿Quieres apostar? —le guiñe un ojo y puse mi mejor expresión presumida. Necesitaba bajarle unos cuantos decibelios a la seriedad de la conversación—. Tengo historias que te avergonzarían.

—Comencé a beber cuando tenía trece años, pero el alcohol nunca fue un problema para mí. Me gustaban otras cosas: drogas —Gabrielle me miró y levantó una ceja, como diciendo «tú lo pediste»—. Comencé a frecuentar gente terrible. Robaba, mentía y consumía cualquier cosa que me dieran. A los quince me había acostado con más personas de las que puedo recordar y a los diecisiete había entrado y salido de rehabilitación varias veces y había enfrentado dos sobredosis. ¿Lo más triste? Ni siquiera tenía la excusa de que estaba sola o tenía un hogar espantoso. Mis padres tienen dinero y son buenas personas y cariñosos, y mi hermana es el ser más dulce del universo. Nunca me faltó nada, ni dinero, ni amor, nada. Solo era una niña rica que estaba aburrida —suspiró y negó con la cabeza—. ¿Tienes algo mejor que eso?

—Traicioné a mi mejor amigo —dije de forma abrupta. Ya no se trataba de demostrar que era yo el chico más malo en kilómetros a la redonda. Aunque ella no parecía estar particularmente perturbada por sus afirmaciones, necesitaba acompañarla en su pena, por así decirlo—. Traté de seducir a su novia y robársela.

—¿Por mezquindad?

—No. Yo creí que estaba enamorado de ella, pero aun así. Vadim, mi amigo, es la única persona que siempre ha estado a mi lado, que se encargó de que no echara todo por la borda en mis peores momentos. Cada vez que caía, él conseguía la forma de hacer que me pusiera de pie y yo me enamoré de ella, de Marianne, y en vez de apartarme graciosamente, traté de que lo dejara.

—¿Te acostaste con ella?

—Lo intenté, pero ella lo ama —me encogí de hombros. Era un hecho con el que había hecho las paces hacía tiempo cuando entendí que el que Marianne amara a Vadim no significaba que me quería menos. Era solo una forma de amor diferente—. Son el uno para el otro.

—Aún estás perdiendo esta competencia, Petrov.

—¿Tienes algo peor que eso? —traté de sonreír, pero traer a colación ese asunto siempre me ponía triste, por mí, por mis amigos, por eso que estuve a punto de destruir. Esa era la razón de mi exilio voluntario, mi castigo—. Estamos hablando de traición, de sórdidas emboscadas para quitarle la mujer a un hombre decente. Ten en cuenta que destruirse a sí mismo es una cosa, pero intentar llevarse a los otros en esa espiral es otra mucho peor.

Por toda respuesta Gabrielle fue hasta el refrigerador, donde tomó una fotografía que estaba allí sostenida por un imán. Caminó de regreso y me la entregó.

—Ella es mi hermana, Georgia.

En la fotografía había dos niñas idénticas de no más de trece años, pero a pesar de la similitud en sus facciones se podía notar claramente que eran diferentes. Una tenía trenzas y sonreía hacia la cámara de forma inocente, contagiosa; la otra era sin duda Gabrielle, con el cabello más corto, mechones morados y una expresión de «vete al infierno».

—¿Eres rubia natural? —pregunté sorprendido, y Gabrielle puso los ojos en blanco—. Y tienes una gemela.

—Sí, aunque soy tres minutos mayor —declaró orgullosa.

—¿Cómo te hace esto peor que yo?

—Mi hermana tenía este novio, Josiah, nuestro vecino. Un chico encantador, educado, inteligente, precioso... —suspiró—. Estuvieron juntos por años y eran el uno para el otro: serios, responsables, estudiosos. Les gustaban la misma música, las mismas películas, y ambos querían ser médicos. Una parejita hecha en el cielo —con una mueca Gabrielle regresó a su lado de la cocina y volvió a sentarse sobre la encimera—. Ellos nunca habían tenido sexo, planeaban esperar, no me preguntes por qué, y una noche, en una fiesta, yo estaba borracha y colocadísima, así que me llevé a Josiah a un baño y me acosté con él. Bueno, acostarse no es el mejor término porque lo hicimos de pie.

—¿Te hiciste pasar por tu hermana? —pregunté, porque eso era como *Juego de gemelas* versión adulta y, aunque nunca lo diría en voz alta... gemelas y rubias. Sí, la fantasía de Hugh Hefner y de la mayoría de los elementos masculinos que poblaban el planeta.

—No, en esa época ya éramos bastante diferentes para que cualquiera lo notara —ella sonrió indulgente, como si supiera exactamente dónde habían ido mis pensamientos—. Josiah simplemente me dejó hacer y no lo culpo. Tenía diecisiete años, lo que lo convertía en el único adolescente virgen de toda

Nueva York. Sus hormonas no le permitieron poner mucha resistencia. Además yo sabía lo que estaba haciendo, tenía unos cuantos trucos ya acumulados bajó la manga.

—¿Qué pasó después? ¿Tu hermana y el chico dorado terminaron en una ola de drama y lágrimas?

—Él nunca se lo dijo. Para Georgia ambos tuvieron su «primera vez» al mismo tiempo —Gabrielle se encogió de hombros—. Lo peor de todo es que nunca tuve una razón para hacer lo que hice. Mi hermana es mi parte buena y aún ahora la adoro aunque tenga años sin saber de ella. Una que otra vez me entretuve con la idea de que solo quería que la primera vez de mi hermana fuese con alguien que supiera lo que estaba haciendo, pero en el fondo sabía que cuando arrastré a Josiah a ese baño no estaba pensando en Georgia. Fue simplemente un acto de maldad y ese acto de maldad me consumió. Él se marchó a Harvard, Georgia hizo planes para seguirlo al año siguiente y yo caí en un espiral de culpa y furia. Sabía que si me quedaba, eventualmente le diría a mi hermana la verdad y destruiría su vida, así que me fui. Con mi decisión lastimé a mis padres, que son los mejores padres del mundo, y a mi hermana, pero me aseguré de que tuvieran una vida lo menos contaminada posible por mi existencia. Estoy segura de que ahora son felices, deben de estar por graduarse y seguramente la boda ya está siendo planeada.

—Gabrielle... —di un par de pasos hacia ella, pero su mirada me detuvo. Definitivamente esta era una mujer a la que no le gustaba ser consolada.

—Sergei —dijo con una sonrisa—, fui una drogadicta por casi una década, he mentido y robado, tengo en mi haber un prontuario como delincuente juvenil y dos sobredosis. Volví locos a mis padres y los hice muy infelices, a pesar de que son unas personas encantadoras. Me acosté con el novio de mi hermana, con el amor de su vida, sabiendo que ambos esperaban tener su primera vez al mismo tiempo —cruzó los brazos sobre el pecho—. Creo que en mi lista de delitos y cosas reprochables solo falta el asesinato y la tortura, así que todo lo que puedas contarme sobre tu vida no son más que travesuras que no se comparan con alguien realmente tóxico que tiene una vena de maldad muy arraigada.

—Pero ahora eres como el niño ese que veía gente muerta pero en la otra película, esa en la que ayuda a personas ¿cómo era que se llamaba? —dije intentando otra fórmula para hacerla sentir mejor, y funcionó porque me regaló una sonrisa.

—No he visto la película aunque debo admitir que la idea no es original —

dijo todavía con la sonrisa—. Hace algunos años, cuando estaba en mi punto más bajo, alguien me enseñó que la mejor manera de ayudarte a ti mismo es ayudando a otras personas a encontrar su camino. Ha sido una gran forma de terapia, me ha dado paz y muchísimos nuevos amigos. Ahora tú vas a ayudar a esta chica y espero que te funcione tanto como a mí —se volteó y continuó con la tarea de preparar la cena—. Ahora sí, cuéntamelo todo.

Capítulo 13

Bernard

—¡Sí! ¡Así! ¡No pares!

Si no hubiese tenido los ojos cerrados, sin duda alguna los hubiese puesto en blanco. Como si yo fuese a continuar o a detenerme porque ella lo pidiera.

Esto no era sobre lo que esa mujer podía querer, era sobre lo que mi cuerpo demandaba, y en ese momento, con una desconocida sentada a horcajadas sobre mí mientras mi chófer daba vueltas por París, no se trataba de otra cosa sino de seguir moviéndome con fuerza dentro de ella hasta que todo estallara y finalmente esa criatura que vivía dentro de mí tomara un descanso y me dejara en paz.

Luchar contra el monstruo había probado ser una tarea demasiado agotadora.

La mujer seguía gritando, diciendo incoherencias... Podía mandarla callar pero el sonido de fondo estaba bien. No porque me diera alguna indicación de que ella lo estaba disfrutando; las mujeres solían mentir y además si lo disfrutaba o no, no era mi problema. Los gritos y el ruido me gustaban porque era como presenciar en vivo una buena porno.

No sé por qué abrí los ojos, tal vez podía sentir su mirada, y entonces lo vi. Había olvidado su presencia.

La pareja de la desconocida que ahora gritaba lo bien que se sentía tenerme dentro contemplaba el espectáculo sentado frente a mí en la limusina. Sus ojos estaban vidriosos y una de sus manos estaba dentro de sus pantalones.

Enfoqué mi vista en él deliberadamente y sonreí.

Tiempo de dar un buen espectáculo.

Sin dejar de mirarlo, agarré las caderas de la mujer y me volví más violento, empujándola sin contemplaciones en un ritmo demoniaco.

Sus gemidos aumentaron hasta convertirse en gritos.

La mano del hombre se movió ya sin disimulo, olvidando todo subterfugio, y unos segundos después, finalmente, me derramé con sacudidas descontroladas. Cuando mi cuerpo dejó de moverse, removí a la mujer de mi regazo y se la pasé a su acompañante.

—No terminó. Encárgate.

Fue como darle permiso a un par de perros guardianes bien entrenados para que comieran.

Se lanzaron uno sobre el otro. La mujer tratando de conseguir lo que no me había tomado el tiempo de darle; el hombre todavía mirándome, buscando mi aprobación.

Nunca me habría imaginado cuando recogí a ese par en un antro de mala muerte que iban a resultar tan «convenientes».

Al mismo tiempo que me encargaba de deshacerme del condón, antes que cualquier vestigio de esa mujer se traspasara a mi traje, y componer mi apariencia, le devolví la mirada al hombre con una sonrisa, como si estuviera muy interesado en lo que estaban haciendo.

En otro momento, tal vez, me hubiese unido de alguna forma al espectáculo prolongando así la diversión, pero esa noche tenía otros planes. Este par no era verdadero entretenimiento, solo una forma de saciar el hambre, algo de comida chatarra por decirlo de alguna forma.

No obstante, decidí actuar como si de verdad estuviera interesado. No estaba en mí decepcionar a una parejita tan bien dispuesta. Tal vez tuviera uso para ellos en otra oportunidad.

Afortunadamente, no duraron mucho. Se desplomaron cansados y satisfechos sobre los asientos y yo solo podía pensar en que agradecía a la providencia que fueran de cuero.

Presioné el botón a mi derecha y el panel que nos separaba del chófer bajó. Gerard sintió el movimiento y se quitó el audífono que solía usar en estas ocasiones.

—Puedes detenerte en la próxima esquina —dije y sin esperar respuesta hice subir nuevamente el panel divisorio.

—Esto ha sido muy divertido —les dije a mis acompañantes, quienes, tal vez escuchando mi conversación con el chófer, habían comenzado a arreglarse la ropa—. Repitémoslo en algún otro momento.

El coche se detuvo y busqué unos billetes en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Con esto pueden terminar de disfrutar la noche —sonreí de forma sugerente—. Espero que piensen en mí mientras lo hacen.

El hombre tomó el dinero y, sin verme, como si estuviera avergonzado de todo lo ocurrido y recién hubiese caído en la cuenta, se apresuró a abrir la puerta.

«Conozco la sensación, amigo», pensé.

—Espera —dije y tomé su muñeca entre mis manos para obligarlo a detenerse. Luego lo atraje hacia mí.

¿Por qué no? Siempre era placentero divertirse a costa de los torturados.

Lo acerqué hasta mi boca y lo besé. Por unos segundos dudó y luego se convirtió en un participante más que dispuesto.

No era que besar a un hombre fuera mi actividad favorita. Es más, besar, normalmente, me parecía una enorme pérdida de tiempo; pero en este caso se trataba solo de entretenimiento a costa de una pobre alma confundida. El género era lo de menos.

Se apartó bruscamente en lo que escuchó a la tonta de su acompañante emitir un ruido de sorpresa y salió del coche apresurado. Ella lo siguió deteniéndose unos segundos para mirarme. Una invitación abierta.

No iba a suceder.

—Él te espera —le dije—. Cuídalo bien.

Y así, como una tarea encomendada por cualquier divinidad en la que creyera, la mujer salió y cerré la puerta rápidamente, no fuera a ser que cambiara de opinión.

El coche se puso en marcha y esperé ser consumido por los sentimientos. A fin de cuentas, tenía cierto tiempo que no me embarcaba en una de las mías, así que esperé que con mi recaída regresaran las usuales sensaciones de vergüenza, arrepentimiento o soledad. No sentía nada.

Tal vez debería llamar a mi terapeuta. Decirle que había recaído y conversar sobre eso. Tal vez, solo así, gracias a escarbar de forma inmisericorde en la basura de mi pasado, lo que se suponía que debería estar sintiendo haría acto de presencia. Pero no tenía ganas de escuchar su voz condescendiente. No tenía ganas de contestar preguntas ni de recordar y mucho menos de tratar de contestar un porqué que ya conocía.

—¿Adónde ahora, señor? —preguntó Gerard.

—Vamos a la casa de la señorita Fisher.

No entendía por qué demonios Gabrielle insistía en vivir en ese sitio. El vecindario no era seguro y el edificio... Ni siquiera había una iluminación decente en los pasillos.

Estaría perfectamente bien viviendo conmigo. Esa enorme casa vacía requería más ruido, más risas y más vida que ahuyentaran las sombras que se escondían en las esquinas. Además, de esa forma no tendría que hacer este

odioso viaje hasta la otra punta de la ciudad y aventurarme por escaleras mal iluminadas cuando necesitara hablar o simplemente la compañía silenciosa de mi mejor amiga.

En el momento en que la convencí de dejar Holanda y venir a París, nunca imaginé que no estuviese implícito que viviría conmigo. ¡Esa condenada mujer y su deseo de independencia!

Llamé a la puerta y pasaron más de treinta segundos antes de que Gabrielle respondiera. No abrió completamente. Me estudió por un resquicio y sus ojos se afilaron, como si pudiese ver por debajo de mi ropa y mi expresión impasible las actividades en las que había estado involucrado hasta hacía unos momentos.

Abrió la boca para tomar aire y supe que el sermón comenzaría así que por instinto desvié la vista hacia dentro y para mi mayor sorpresa, allí estaba, sentado en la mesa de la cocina de Gabrielle, Sergei Petrov.

¿Por qué ese imbécil insistía en involucrarse con las personas más importantes de mi vida? ¿Qué tenía de especial que todos querían ayudarlo y quererlo? ¡El pobrecillo Sergei Petrov! Si por mí fuese...

Tarde o temprano todos verían que no valía la pena brindarle tantas atenciones y mientras más pronto, mejor.

—Veo que tienes compañía —dije y empujé la puerta al tiempo que me estampaba en el rostro la sonrisa más placentera que pude convocar—. Sergei, qué bueno verte.

Entré en el departamento sin que Gabrielle pudiera detenerme, a riesgo de hacer una escena, y me acerqué a la mesa donde ese par, aparentemente, estaba cenando cuscús.

Por lo que se veía, Gabrielle estaba jugando a la casita y, en el proceso, haciendo trampas en nuestro acuerdo. Tiempo de rectificar la situación.

—Es un gusto verte, Bernard.

Sergei, de lo más educadito, se puso de pie y me ofreció su mano. Era un hijo de puta muy bien parecido, con cierto aspecto de príncipe atormentado. Tal vez allí residía su encanto.

—¿Queda para un comensal adicional? —le pregunté a Gabrielle, quien se había quedado de pie a mi lado.

—En lo que a mí respecta, siempre tienes un lugar —me respondió y fue todo el permiso que necesité.

Me senté en una silla vacía.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando los vasos a medio consumir.

—Té helado.

—¿De Long Island?

—No, es virgen.

—¡Encantador! —dije con una mueca de desdén—, pero te enseñé mejor, querida. ¿Recuerdas esa botella de vino australiano que te regalé? Va buenísimo con el cuscús, ¿no te parece?

—Tienes razón —me respondió ella con tranquilidad, como si acabara de caer en la cuenta de su error. Era buena, algunas veces mejor que yo—. Ya la busco.

—¿Has probado vino australiano, Sergei?

—Sí, algunas veces.

—¡Por supuesto! Siempre se me olvida que contigo no hay mucho con qué impresionar —reí un poco—. Esta la compramos en Sídney durante unas vacaciones.

—En Canberra —me corrigió Gabrielle, llegando a la mesa con un plato para mí y la botella.

—Es cierto, sí —dije como si no fuera la mayor cosa. Obviamente que recordaba que había sido en Canberra, solo necesitaba saber si ella también—. Compré como cinco cajas, Sergei, y tres de ellas desaparecieron esa misma noche durante una reunión con unos amigos. Es el vino favorito de Gabrielle.

—No diría mi favorito —apuntó poniendo las copas sobre la mesa.

—Pero es delicioso —insistí mientras destapaba la botella—, ¿verdad?

Gabrielle estiró la copa en mi dirección.

—Sí, delicioso y sutil, muy sutil.

—¿Sergei? —pregunté señalándolo con la botella.

—Sí, gracias.

Me alcanzó la copa, la cual llené hasta más allá de lo que recomendaba la buena educación y esperé a que lo probara.

—No soy un conocedor, pero es muy bueno —dijo el muy idiota, campesino ucraniano, después de darle una probada.

—A todos nos gusta lo que nos gusta —me encogí de hombros—, no hay que justificarse. Pero si el vino no es lo tuyo, esta noche habrá para todos los gustos.

—¿Esta noche? —preguntó Gabrielle afilando la mirada.

—¿Lo olvidaste, cielo? —reí indulgente—. Esa cabecita tuya. ¡Es el cumpleaños de Jacque! —me volví hacia Sergei—. Lo celebrará por todo lo alto. Tiene una casa preciosa cerca del *Parc des Princes* y la convertirá en una

discoteca. Vendrás con nosotros, ¿verdad?

—Es domingo... —dijo el muy idiota como si eso significara algo.

—Precisamente y siempre hay que celebrar el día que Dios se tomó un descanso.

—Algunos piensan que eso fue un sábado —intervino Gabrielle, quien permanecía de pie al borde de la mesa.

—Religiones... —hice una mueca divertida—. Son como el licor o el sexo: hay que conocer toda la variedad, por cultura general, pero nunca limitarse a uno solo.

—Tengo que trabajar mañana temprano —intervino Sergei viéndonos con suspicacia.

¿Este era el que todos llamaban «el chico malo del ballet»? ¿El que provocaba que todos a su alrededor quisieran rescatarlo? Petrov era solo un aficionado. Puro título y nada de acción.

—Jacque es fotógrafo —insistí—. Trabaja para Vogue y Marie Claire y quiere conocerte. Me dijo que la fama de los bailarines se vuelve global en lo que empiezan a aparecer en portadas de revistas de moda vistiendo ropa de diseñador. Allí es donde está el verdadero dinero, el verdadero reconocimiento, y Jacque está deseoso de fotografiarte.

—Tengo que estar mañana temprano en la Ópera para los ensayos de la nueva producción —replicó el muy terco.

¿El bailarincito se estaba haciendo de rogar? Podía recurrir a Gabrielle, pero no estaba seguro de que fuera a apoyarme.

Tendría que valerme por mí mismo.

—Pero tú eres Sergei Petrov —dije poniendo mi mejor expresión confundida—, alguien con tu fama puede permitirse algunas licencias, faltar un día, llegar tarde. En la Ópera esperan algo de eso. Es más, estoy seguro de que por eso fue que te contrataron. ¿O no?

—No estoy al tanto de sus motivaciones para contratarme.

—No te hagas el modesto. Sabes que nada llena más un teatro que un primer bailarín polémico. ¿Si no te arriesgas y empujas los límites no te convertiría eso en uno del montón? ¿Por qué serías famoso entonces?

Algo cambió en el ucraniano, en su postura, en el interior de sus ojos. Era como si lo hubiesen golpeado.

Obviamente mis palabras habían dado en el blanco y algo parecido a la rabia resplandeció en él como un fogonazo.

—Supongo... —dijo mirándome a los ojos. La furia todavía estaba allí.

Debía reconocer que al menos tenía coraje— que entonces debo intentar ser famoso por mi talento. Seguramente requerirá más trabajo, pero a la larga valdrá la pena.

Se puso de pie.

—Gracias por la cena, Gabrielle.

—Cuando gustes —le respondió ella con una sonrisita orgullosa.

Se acercó hasta ella y le susurró algo al oído. Luego se volvió hacia mí.

—Buenas noches, Bernard —estiró la mano en mi dirección y como no quería parecer afectado en lo más mínimo por sus palabras, se la estreché con la mejor de mis sonrisas—. Espero que se diviertan.

—Seguramente. Divertirme es mi talento.

Con una expresión altiva el muy idiota nos dio la espalda y se fue.

¿Quién se creía que era?

—Bueno, bueno, bueno —controlando mi ira solo con un fino hilo me volví hacia Gabrielle en lo que la puerta se cerró tras Sergei Petrov—. ¿Me puedes explicar de qué va toda esta escena doméstica?

—Me pediste que le hiciera compañía y evitara que se lanzara al Sena —se encogió de hombros—. Creo que estoy haciendo un buen trabajo.

—No era precisamente lo que tenía en mente y lo sabes.

—Mira, Bernard, no puedo ser el Darth Vader de tu Palpatine. Primero, soy demasiado hermosa para usar una máscara y, además, no estoy interesada en traer a nadie hacia el lado oscuro. ¡Somos muchos! Y el infierno está demasiado atestado.

—No estoy para bromas —dije y me puse de pie con el único objetivo de irme de allí.

Estaba tan molesto con ella...

Se suponía que Gabrielle era inmune, que estaba de mi parte.

—Pensé que lo estarías. A fin de cuentas, has estado jugando, otra vez.

Sus palabras me dejaron inmóvil.

Sabía que tenía que salir de allí para evitar el sermón, pero había algo profanamente divertido en ser agarrado en una falta.

¿De qué valía pecar si no había expiación?

Portarme mal ya no me hacía sentir vivo, no como antes. Sin embargo, si había alguien que me lo reprochara, todo volvía a tener sentido.

—¿Llamaste a la doctora Mancini? —insistió Gabrielle, y la sentí acercarse.

—Lo haré mañana —dije intentando sonar contrito, pero no lo estaba, no realmente.

Había alguien a quien le importaba, que no celebraba el desenfreno, que lo consideraba una mala cosa.

—Puedes hacerlo esta noche.

—Esta noche es la fiesta de Jacque —dije todavía sin voltear. Necesitaba probar los límites y ella lo hubiese leído en mi rostro—. Mejor mañana y así puedo resumir todo el mal comportamiento que pretendo tener esta noche en una sola llamada.

—Entonces vete.

Me volteé bruscamente antes de que mi mente pudiera dar la orden.

—Necesito que vengas conmigo.

—No.

—Sabes lo mal que me puedo portar si nadie está allí para controlarme.

—No iré.

Aunque lo dijo de forma suave, su rostro estaba cargado de determinación. Era como una puerta cerrada en mi nariz no de golpe, pero cerrada a fin de cuentas.

—A Sergei Petrov sí lo cuidas, ¿verdad? —dije sin darme cuenta de lo infantil que sonaba y aun así, cuando escuché mis propias palabras, no pude detenerme—. Le haces la cena y te preocupas por él, pero a mí me mandas solo a esa fiesta.

—Puedes quedarte aquí, conmigo —dijo con una sonrisa indulgente, la misma que se le da a un niño para que deje de molestar—. Podemos comer cuscús, terminar la botella y ver una película.

—No me voy a comer las sobras de ese bailarín.

Mientras salía de la casa de Gabrielle, dando un portazo para mayor efecto, una rabia antigua bullía dentro de mí.

Mi terapeuta me habría obligado a ver más allá, a preguntarme de dónde provenía el sentimiento realmente. Pero no estaba para pensar en el pasado remoto.

Prefería culpar a Petrov. A fin de cuentas, tenía muchos años escuchando su nombre dicho con cariño por la persona que había dejado de decir el mío de esa forma en el momento en que él apareció en el panorama.

Hoy debía calmar al monstruo. Mañana pensaría en qué hacer con Petrov ahora que, obviamente, Gabrielle, la muy traidora, también había caído en las redes de su encanto.

Capítulo 14

Siena

Estaba tan cansada...

Mi cambio de horarios en la Ópera y mi reducción de ingresos gracias al «huracán Petrov» me tenían corriendo de un lado para el otro. Había aumentado el número de clases privadas que daba después del trabajo para compensar la merma en mis ingresos, aunque todavía no me había visto en la necesidad de regresar al piano bar.

Claro, Petrov se había ofrecido, una y otra vez, a hablar con la gerencia para que me devolvieran las horas que había perdido gracias a su pequeño arrebato, pero no quería parecer demasiado desesperada por sus favores, cualquier tipo de favores. Ya era suficiente con mi debilidad cuando él estaba cerca, con mi imaginación trabajando doble turno, con esa lucha constante dentro que me hacía admirarlo y, al mismo tiempo, estar más que incómoda en su presencia.

Estar cerca de él en el trabajo solo incrementaría esa sensación extraña, ese «sí pero no», ese querer y repeler que siempre se hacía presente cada vez que estábamos frente a frente. Por alguna razón deseaba que me viera y, a la vez, ser más que nunca la sombra que me había esforzado tanto por ser, esa que pasaba desapercibida evitando que la gente se preguntara cuál sería mi historia.

Sergei Petrov llegó y puso mi vida de cabeza y lo peor era que probablemente ni siquiera se había dado cuenta. Así era él: talentoso, hermoso, irresponsable y egoísta. Una completa pesadilla. Sin embargo, había momentos en los que era encantador, amable y divertido.

Sacudí la cabeza para espantar esos pensamientos. Sergei Petrov me importaba un comino. No podía seguir perdiendo más de mi precioso tiempo pensando en él.

Asentí con la cabeza como para sellar el trato con mi Siena interior, tomé el bolso y me dirigí a la salida de la Ópera para continuar con mi agenda del día.

No más pensamientos sobre Sergei Petrov a menos que fueran para recordarme que gracias a él tenía que trabajar más horas y que mi hija se había vuelto monotemática y no paraba de hablar de él, haciendo más difícil evitar que se colara en mis pensamientos.

Llegué a la puerta de salida pero, aparentemente, había estado demasiado ocupada repitiéndome que debía dejar de pensar en Sergei Petrov como para darme cuenta de que llovía a mares, prácticamente diluviaba.

Iba a llegar tarde. Tal vez debería llamar y reprogramar mi clase de esa noche; tal vez, simplemente, debía irme a mi casa, ponerme ropa cómoda, preparar un té y sentarme frente a la ventana a ver la lluvia caer.

Tan solo un día, ni siquiera uno completo, solo unas cuantas horas sin responsabilidades ni preocupaciones, unos minutos solo para mí. Si tan solo fuera posible...

«Nunca te arrepientas, esto es lo correcto», me recordó mi consciencia y los planes de no hacer nada desaparecieron dejándome sola, como siempre, con la realidad.

Suspiré porque necesitaba el aire, porque ayudaba a disipar el cansancio, porque mis neuronas requerían oxígeno para pensar.

Miré al cielo, ya no como algo relajante, solamente para tratar de adivinar a través de la densidad de las nubes si al aguacero le faltaba mucho en su intento de interferir con mis obligaciones. También traté de calcular cuánto me mojaría si intentaba llegar corriendo a la entrada del metro, pues tomar un taxi se saldría del presupuesto.

Adelante, siempre adelante, siempre en movimiento aunque, algunas veces, solo quisiera cerrar los ojos y no preocuparme por el futuro, por mañana, por las próximas dos horas.

—¡Siena!

La voz casi me hizo inclinarme por la alternativa de salir corriendo.

Como que había algo que conspiraba contra mis buenas intenciones, esas que ordenaban no pensar más en Sergei Petrov.

Afortunadamente, el llamado sonó a mis espaldas, por lo que tuve tiempo de relajar el rostro y cubrirme con mi usual máscara de hielo.

—Petrov —dije en lo que lo sentí detenerse a mi lado, aunque no volteé. Si no lo veía era más fácil—. Pensé que te habías ido, terminaste hace un par de horas.

—¿Revisas mi horario cada mañana? —preguntó con una voz que era todo sonrisas. Con tan solo el sonido podía imaginar su rostro de niño travieso y sus ojos echando chispas—. Me siento halagado.

Claro que revisaba su horario cada mañana, pero era con el único propósito de no encontrarlo por error en un pasillo.

—No seas tonto, sé por experiencia que los solistas siempre terminan

primero.

—Estaba en el gimnasio. Hay una nueva instructora de pilates.

—Por tu interés repentino en tu condición física, imagino que la instructora es muy bonita.

—He estado trabajando con ella desde hace un par de días. Me está enseñando unas rutinas especialmente diseñadas para las bailarinas.

—¿Una nueva estrategia para seducir chicas? —dije en mi tono más mordaz, aunque todavía sin mirarlo—. ¿Cómo funciona? ¿Les dices «sé pilates y puedo enseñarte»?

—Es por Andrea.

—¿Andrea?

—Para ayudarla con su preparación física y estiramientos.

¡Demonios!

Había olvidado, más bien esperado, que toda la conversación en el pasillo sobre ayudar a mi hija nunca hubiese existido y, de haber existido, que él la olvidara. A fin de cuentas, era Sergei Petrov. Más se podía confiar en la estabilidad de la llama de una vela en medio de una tormenta.

Pero el hecho era que lo había recordado y ahora me sentía avergonzada por pensar mal de él, por esperar que su amabilidad fuera solo un arrebato caritativo que resplandece como un rayo por solo unos segundos.

Algunas veces ese ucraniano hacía más que difícil eso de no encontrarlo simpático.

—¿Nada qué decir? ¿Ningún comentario sarcástico? —preguntó, todavía con un rastro de diversión en sus palabras—. ¿Una disculpa, tal vez?

—Gracias —dije volviéndome y allí estaba ese mar azul que eran sus ojos, encendidos por una pizca de travesura.

Su sonrisa se ensanchó recordándome por un segundo por qué era peligroso tenerlo alrededor; así, tan cerca, era más difícil recordar que no me simpatizaba. Era una maldita Medusa: míralo de frente y conviértete en piedra.

—Aún hay más.

—¿Más? —pregunté, aunque en mi cabeza las palabras eran completamente distintas y sonaban muy parecido a «por favor, por favor, vuélvete odioso. Di algo terrible, cualquier cosa. No sigas siendo amable».

—Tengo una cita con el director de la escuela de ballet de aquí, de la Ópera. Voy a solicitar una audición privada para Andrea y me voy a encargar de entrenarla.

Por unos momentos no entendí nada y luego, cuando la trascendencia de su

ofrecimiento se asentó, mi corazón se elevó, ligero, lleno de esperanza, absorbiendo las buenas noticias sin tomar en cuenta de quién provenían, solo imaginando la alegría en el rostro de mi hija, pero tras unos segundos la alegría se precipitó nuevamente a tierra.

¡Maldita realidad! Siempre interponiéndose.

—No puedo costearlo —dije verbalizando parte de mi amargura. El dinero era un problema, sí, pero el miedo era un freno mucho mayor.

Algunas veces sentía que me ahogaba entre los secretos y la vida, que la costa de la seguridad, la tierra firme de una existencia sin luchas, era tapada por las olas que me sumergían cuando creía que la tenía cerca.

—Pediremos una beca. Conozco gente, hay fundaciones. Quiero ayudar — Sergei tomó mi mano y fue como alcanzar una boya mientras estaba a la deriva, como un faro enseñándome el camino—. Solo necesito saber si estás en esto conmigo, Siena. Lo haremos juntos.

«Juntos»

Mi cerebro comenzó a emitir un ruidito de alerta, uno que debí haber escuchado otras veces en mi vida y no hacerlo me había costado caro. ¿Por qué quería ayudarme? ¿Qué pedazo de mi alma iba a costarme su ayuda? No quedaba mucho para repartir.

«Juntos»

No podía decir que no a una posibilidad como esta por mucho que el miedo intentara paralizarme. Andrea, que desconocía todo el pasado y las circunstancias en las que vino al mundo, solo vería que le negué una oportunidad con la que todos sueñan y me mataría, pero tampoco podía abrirle completamente la puerta de nuestra vida a Sergei Petrov.

«Juntos»

Había muchos secretos en mi armario, mucha culpa, y él no era alguien en quien se pudiera confiar. Además, no podía poner los sueños de mi hija en manos de un irresponsable, de alguien famoso por sus desenfrenos y su inconstancia. Eso sin contar que no era «sano» para mí estar cerca de él. Seguramente terminaría desarrollando una especie de trastorno bipolar.

Me sentía atrapada entre el demonio y el mar azul, entre lo correcto y lo conveniente, entre la lluvia y esa sonrisa que me hacía querer decir a todo que sí.

—¿Siena? —y allí estaba él, apretando mi mano y sonriendo esperanzado.

«No te quiero, pero tampoco quiero perderte», cantaba Ella Fitzgerald en mi mente, no me pregunten por qué.

Mis pensamientos eran un amasijo de contradicciones, esperanzas y canciones, y lo peor era que no había razón lógica para ello más allá de mi incapacidad de confiar en la vida, la buena suerte o las personas que me ofrecían lo que necesitaba.

—Hablaemos luego —dije como si en vez de brindarme su ayuda estuviera vendiéndome enciclopedias—. Estoy retrasada.

Y como si fuera me esperara un día de sol, salí caminando bajo la lluvia sin apenas registrar la sensación de las gotas sobre mi piel.

—¡Siena! —lo escuché llamarme y apuré el paso.

Traté de bloquear su voz, de solo escuchar el chapoteo de mis pies en los charcos, el ruido de las gotas al caer y el sonido amortiguado de los coches que pasaban cerca.

—Por favor, espera.

Sergei me cerró el paso parándose frente a mí. Estaba empapado, con el cabello pegado a su cabeza. Todavía tenía la ropa de entrenar y la camiseta se adhería a su torso como una segunda piel. Era injusto que aun en esas condiciones se viera tan bien. Tenía las pestañas más largas que hubiese visto en un hombre y de algunas se asían tercamente unas gotas de lluvia.

—¿Qué hice mal? —preguntó casi desesperado.

Emití un bufido porque, contrariamente a lo que la historia reciente enseñaba, por una única vez Sergei Petrov no había hecho nada reprochable. Al menos, no todavía.

—No hiciste nada mal —admití.

—¿Por qué te fuiste así? ¿Por qué siempre estás tan enojada conmigo?

«Porque siempre estoy asustada y es más fácil parecer molesta que admitir que tengo miedo, que cada vez que tomo una decisión siento que me estoy equivocando, otra vez.»

—Solo estoy cansada —dije y era en parte verdad, aunque el cansancio no fuera solo físico—. Ha sido una semana larga.

—Apenas es miércoles.

Me encogí de hombros.

—Bienvenido a mi vida.

—Estás empapada.

—Tú también.

—Y sigue lloviendo.

Miré a mi alrededor un poco sorprendida. Se me había olvidado que estábamos conversando en el medio de la calle, bajo un aguacero. Eso era lo

que él me hacía.

—Tenía mucho tiempo que no caminaba bajo la lluvia —miré hacia el cielo y sonreí recordando otras épocas en las que había ilusiones y travesuras, donde las preocupaciones parecían puntos distantes y poco amenazadores—.

Es agradable.

—¿Y bailar?

—¿Bailar?

—¿Has bailado bajo la lluvia?

—No lo recuerdo.

—Baila conmigo.

Estiró su mano hacia mí.

—¿Estás loco? —pregunté, pero no pude evitar la risa, lo que le quitaba toda la seriedad a la pregunta—. Estamos en medio de la calle.

—¿Y qué? —se encogió de hombros—. ¿Nunca te provoca hacer algo loco?

No.

Sí.

A veces.

—Vamos a bailar, Siena, aquí, ahora. Solo por un minuto olvida el cansancio, haz algo inesperado, no te preocupes por nada, solo baila, conmigo y, si es posible, sigue sonriendo. La gente dice que soy bastante bueno en eso de bailar.

Volvió a ofrecerme su mano y sabía que no debía tomarla, que era un error del que seguramente me arrepentiría, pero ¿qué era uno más en una lista interminable?

Estaba cansada de pensar, de programar, de jugar al ajedrez con la vida, de mentir, de esconderme y, en ese estado, el ofrecimiento parecía justo lo que necesitaba. Tomé su mano y dejé que me acercara a él.

Por primera vez en mucho tiempo, y aunque fuera por solo un minuto bajo la lluvia en una esquina cualquiera de una calle en París, me sentí relajada y... segura.

Capítulo 15

Gabrielle

—*Bonjour, mademoiselle* Fisher —me saludó el ama de llaves de Bernard.

A petición de su terapeuta, Bernard había dejado ir a la mayoría de su personal femenino, pero no pudo despedir a la mujer que había manejado la casa desde mucho antes de que él tomara posesión de ella. Esa era una prueba de que Bernard Duserre tenía corazón, a pesar de lo que pudieran decir sus adversarios.

—*Monsieur Duserre se trouve dans la chambre* —dijo invitándome a entrar.

La respuesta no me extrañó. Bernard no era de los que abandonaban la cama temprano, menos un domingo, mucho más cuando muchos de sus negocios podían ser atendidos desde allí.

¡La maravilla de la tecnología!

Bernard podía comprar obras de arte, asistir a subastas, descubrir nuevos artistas que llenaran cada día los espacios de su muy exitosa galería, todo sin salir de la cama. Incluso si un día decidía dejar de trabajar, la fortuna que había heredado sería suficiente para que viviera de forma cómoda.

—*Merci, Clementine* —le respondí con un guiño cómplice y sin esperar invitación, pues llevaba años visitando esa casa sin anunciarme como para andar con ceremonias, me dirigí a la escalera.

No habíamos hablado en una semana. Habíamos peleado antes, obviamente, incluso mucho peor que el día que irrumpió en mi cena con Sergei Petrov. Sin embargo, Bernard se comportaba muchas veces como un niño: peleábamos, montaba un teatro y a los días aparecía nuevamente como si nada hubiese pasado.

No era exactamente una disculpa en el estricto sentido de la palabra, era su forma de dejarte saber que la discusión era agua pasada.

Normalmente no sería yo quien propiciaría el acercamiento. Era mi contribución para ayudarlo a entender que las cosas a su alrededor no sucedían simplemente porque Bernard Duserre así lo deseara, que sus pataletas no me amedrentaban. No obstante, necesitaba algo de él, así que era mi turno de bajar la cabeza y hacer una concesión. Solo esperaba que hubiese tenido una buena semana.

Claro, eso era un sentimiento egoísta, uno que solo buscaba su colaboración en este asunto con Sergei, porque una «buena semana», de esas que lo hacían levantar de un humor aceptable, no era precisamente buena para Bernard, no en el largo camino que representaba su recuperación.

Subiendo los escalones de dos en dos recordé cómo estaba la última vez que lo vi y me sentí culpable. Dejarlo ir solo a la fiesta de Jacque fue un error, debí indagar el porqué de su comportamiento.

La verdad era que, aunque la mayoría del tiempo la toxicidad de Bernard se mezclaba con la mía manufacturando una especie de vacuna, algunas veces era agotador estar mucho tiempo en su compañía. Algunas veces solo quería respirar un poco de aire puro.

Llegué a la puerta doble que marcaba el territorio nocturno de Bernard y sin detenerme a pensarlo abrí sin llamar. Claro que en lo que puse un pie dentro de la habitación, una advertencia sonó en el fondo de mi mente.

No era que las actividades de dormitorio de Bernard se circunscribieran a los horarios habituales, ni siquiera necesitaba tener compañía, pero cualquier cosa podría estar ocurriendo en cualquier momento detrás de esas puertas.

El primer punto en el que se enfocó mi vista fue en la cama, que estaba vacía y sin hacer. Luego en la puerta del baño entreabierta.

Tras un escaneo rápido por el resto de la habitación, en el que esperé ver emerger de cualquier lado mujeres con poca ropa o alguna otra cosa en proceso de la que no quería ser testigo, solté un suspiro de alivio al ver a Bernard inocentemente sentado en su terraza con una taza de café en la mano. Nada que ver con la versión XXX que por un momento había cruzado mi mente.

Aún estaba en ropa de dormir y no pude evitar sonreír. Siempre me resultaba un poco pomposo verlo. Los pijamas a rayas eran algo que, invariablemente, asociaba con abuelitos con olor a talco, hombres casados de mediana edad o algún tipo de perverso reprimido que asesina conejitos o mantiene el cadáver de su madre en alguna habitación de hotel.

Bernard podría ser catalogado como un perverso por algunos, pero nadie le endilgaría el calificativo de «reprimido».

—*Bonjour, mon ami* —dije con mi tono más alegre cuando traspasé las puertas de la terraza.

—Buenos días, Gabrielle —contestó sin inmutarse, sin siquiera voltear a verme. A continuación señaló la cafetera—. ¿Café?

Me dejé caer en la silla vacía al otro lado de la pequeña mesa sobre la cual

reposaba una fuente de plata con cruasanes tibios y dos pequeños platos, uno con mermelada y otro con mantequilla.

—*Une noisette, s'il vous plait.*

Tomé un cruasán, que sabía por experiencia que eran los mejores de la ciudad, y comencé a comerlo mientras esperaba que preparara mi café con solo una gota de leche y que me tendiera la taza.

—Pensé que habías olvidado mi dirección y mi número de teléfono —dijo finalmente, luego de cerciorarse que había tomado un sorbo.

No había un claro reproche en su voz, solo la calma del desapegado; pero eso, con él, no indicaba nada.

—Según recuerdo los teléfonos son bidireccionales —dije tratando de mantener mi tono alegre.

—He estado ocupado.

—Yo también.

—¿Tus ocupaciones involucran a cierto bailarín ucraniano? —con movimientos calmos dejó la taza ya vacía sobre la mesa. Luego me miró con una sonrisita de suficiencia y tuve que hacer mi mejor esfuerzo para no sacudirlo.

—Algunas de ellas sí —dije con un gesto indiferente.

—¿Ya dormiste con él?

—¡Por el amor de Dios! —y hasta allí llegaron mis mejores esfuerzos—. No es personal, Bernard, tú mejor que nadie lo sabes.

—El sexo, para nosotros, nunca es personal.

—No me metas en tu mismo saco —dije resistiendo el impulso de dejar ruidosamente la taza sobre la mesa y arrojar el cruasán sobre la servilleta.

—Tienes razón —Bernard se puso de pie y caminó hasta la baranda mirando la ciudad—. Todos tus intentos de convertirte en una especie de ángel de la guarda de los desahuciados son personales. Lo haces para limpiar un pasado, para pagar una deuda que ya has saldado con intereses.

—Nunca estará lo suficientemente pagada —dije bajito, aunque sabía que podía escucharme.

Bernard se volvió para verme y negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Solo encontrarás paz cuando regreses a casa, cuando te des cuenta de que únicamente tu presencia terminará con el infierno en que tu familia vive producto de tu ausencia, no de las cosas que hiciste cuando eras demasiado joven y demasiado estúpida para darte cuenta —caminó y se arrodilló frente a

mí. Colocó sus manos en mis rodillas—. Todos cometemos errores, Gabs...

—No me llames así —dije casi como un reflejo. Ese era un apodo reservado a otra persona, una a la que no tenía el derecho de recordar y Bernard lo sabía. Algunas veces disfrutaba golpeando bajo—. Además, Sergei Petrov es un favor que te pidieron a ti. Yo solo te estoy ayudando porque lo pediste.

—Y pensé que simplemente podrías mantenerlo entretenido, divirtiéndose, siendo él mismo —Bernard se incorporó, volvió a su silla y se sirvió otra taza de café con esa calma que bien sabía yo no era su actitud natural—. Debí saber que siempre te involucras, siempre tratas de dejar todo mejor de como lo encontraste.

—Tu error, no el mío —sonreí, pero solo obtuve como respuesta su cara de piedra—. Mira, Sergei Petrov no es una mala persona, tampoco carga con una adicción como la tuya o la mía. Necesita entender que tiene un valor en el mundo que va más allá de lo que puede hacer sobre un escenario, enfocarse en algo más allá de él mismo para que pueda caminar después sin muletas, libre.

—¿Nunca has pensado estudiar psicología? ¿Escribir libros de autoayuda? —preguntó desdeñoso.

—Mi padre tendría una crisis —me reí—. Creo que preferiría un dermatólogo en la familia antes que un psicólogo.

—Extrañas a tu familia —me dijo negando con la cabeza—. Deberías regresar a Nueva York.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—¡No me quiero librar de ti! —gritó. Se puso de pie y comenzó a caminar por la terraza—. ¿Ese desfile de buenos para nada que rehabilitas y mandas al mundo con su final feliz no te molesta? Dices que ayudar a otros es terapéutico, pero es una maldita tortura. ¿Cuándo será mi turno? ¿Cuándo será el tuyo? ¿Cuándo demonios tendremos nuestro final feliz?

Suspiré. Definitivamente, no había sido una buena semana para Bernard.

—¿Por qué te molesta tanto Sergei Petrov? —pregunté finalmente. Bernard era desapegado y cínico, algo no cuadraba ahí—. ¿Por qué te empeñas en joderlo?

—¡Porque lo tiene todo! Es talentoso, famoso, carismático. Todos quieren ayudarlo, todos quieren que sea feliz —con un gesto hastiado se dejó caer nuevamente en la silla—, y el muy imbécil no quiere sacar la cabeza del trasero.

—Como tú.

—No —dijo mirándome con reproche—. Aparentemente es mucho mejor

que yo, tanto que se roba mis amigos.

—Él no me robó, Bernard —dije indulgente—, tan solo apareció en el momento oportuno para darnos la posibilidad de trabajar juntos en un nuevo proyecto.

Sonreí como quien tiene un secreto.

—Tengo la impresión de que cualquier cosa que vayas a decir ahora no va a gustarme —replicó receloso—. Le tengo terror a tus proyectos.

—Solo tienes que hacer una llamada telefónica —le enseñé mi taza vacía. Era mejor tenerlo distraído preparándome otro café para que no cayera en la tentación de decirme que no sin haber escuchado todos mis argumentos—. Sergei descubrió a esta estudiante de ballet, es pobre y aparentemente muy talentosa y quiere prepararla para una audición en la Escuela de la Ópera. Solo necesita a un importante mecenas de las artes con las conexiones adecuadas —levanté las cejas un par de veces— que le ayude a conseguir una audición privada y, tal vez, una beca completa, si no es mucho pedir.

Negando con la cabeza Bernard dejó mi taza todavía vacía sobre la mesa, se levantó y abandonó la terraza regresando a la habitación.

—¡Bernard! —corrí tras él.

—¿Qué gano con eso? —dijo en lo que sintió mi presencia dentro.

—Cumplir con el favor que te pidieron, quedar como un héroe con tu amigo por ser la única persona en el mundo capaz de devolver a Petrov al buen camino, cosa que conseguiré ocupando su tiempo con esta muchacha y, si resulta tan talentosa como dicen, serás venerado entre tus conocidos «artísticos» por encontrar al nuevo talento de la Ópera.

—¿Qué sabemos de esta niña? —preguntó con ojos calculadores y sonreí porque había aprendido a identificar mis victorias sobre Bernard.

—Andrea Planchard, quince años, pobre, estudia en una escuela pequeña en Montmartre —comencé a enumerar, contenta de haberme preparado—. Su madre, Siena, es pianista acompañante del ballet.

—¿Siena?

—Sí.

—¿Siena Planchard?

—¿La conoces?

—¿Es bonita? —preguntó levantando las cejas.

—¡Bernard, por favor!

—Solo exploro todas las posibilidades. Tal vez Petrov no está pensando con un corazón desinteresado sino con lo que tiene entre sus piernas —se encogió

de hombros tratando de parecer casual, pero sabía bien que estaba esperando mi reacción.

—Aun si fuera así, la tarea cumpliría con los objetivos —yo también me encogí de hombros imitando su gesto—. Si se dedicó por unos días a ir de fiesta en fiesta con nosotros era porque estaba aburrido y solo; ahora consiguió un propósito.

—Lo prefería aburrido y solo.

—Pero no funcionó.

—Porque te crees la madre Teresa.

—Convierte tus derrotas en victorias, amigo mío. Por una vez, sé el héroe, no el villano. Te prometo que se siente bien.

Me miró fijamente por unos segundos y luego hizo un movimiento leve e indescriptible con la cabeza.

—Te diré algo: haré mi propia investigación y si me agrada lo que encuentro conseguiré la audición para la chica y presionaré para la beca —comencé a dar un chillido de alegría pero Bernard me detuvo con solo el movimiento de uno de sus dedos, que levantó en la señal universal de «no hemos terminado»—. Pero tengo un par de condiciones.

—¿Dónde quedan los actos desinteresados?

—Tú los acaparas todos, mi amor. Yo tengo mi propia agenda.

—No voy a dormir contigo —dije cruzando los brazos sobre el pecho.

—Aguafiestas —me respondió dejándose caer en la cama con los brazos detrás de la cabeza—. Mi terapeuta dice que debo conducir mis relaciones físicas con cierto grado de intimidad y no hay ninguna persona en el mundo con quien tenga más intimidad que contigo.

Bernard me miró con esa expresión que hacía que muchas mujeres cayeran a sus pies. Era una extraña mezcla de «acabo de salir de la cama» con cierta sonrisa de «no sabes lo que te estás perdiendo». Pero no era solo la expresión de su rostro, estaba también su cuerpo. Allí en la cama, ligeramente arqueado, como si estuviera posando para un anuncio de ropa interior o, como se ajustaba más a la situación actual, para www.lospijamassonsexys.com. Parecía una de esas invitaciones que son difíciles de rechazar.

—Deja de pensar en sexo —le advertí cuando, una vez más, fui testigo de la transformación. De un momento a otro había pasado de hombre que discute de negocios con un café a una estrella de películas porno.

—No se vuelve más fácil —me respondió cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza, como quien intenta espantar un pensamiento—. Por cierto —continuó

con los ojos cerrados—, recuerdo vívidamente que éramos muy buenos juntos. ¿Te dice algo Venecia?

—¡Deja de pensar en sexo, Bernard! —insistí, porque esto se iba a salir de control. Como tantas otras veces me pediría que lo dejara solo y si me negaba se encerraría en el baño sin cuidarse de bajar la voz para hacerme sentir incómoda al no darle privacidad—. Sal de esa cama ahora y háblame de tus condiciones, explícamelas, convénceme.

Bernard abrió nuevamente los ojos y sonrió mitad avergonzado mitad agradecido. Una fina capa de sudor cubría su frente. Se puso de pie, estiró su pantalón de pijama, que no hacía nada por ocultar hacia dónde habían derivado sus pensamientos hacía unos segundos, y volvió a salir a la terraza, seguramente buscando que la brisa del exterior volviera a enfocar sus pensamientos.

—Una vez que la audición de la niña esté concertada —me dijo en lo que salí tras él— y todo esté encaminado, nos iremos de vacaciones.

—No —protesté—, no me iré en medio de...

—¿En medio de qué? —Bernard me interrumpió—. Tú misma dijiste que lo que Petrov necesita es sentirse útil y tú le vas a proporcionar las herramientas, con mi ayuda, claro está. No puedes hacer nada más y no debes hacer nada más.

—Tengo un trabajo —insistí—, responsabilidades.

—Soy dueño de la mitad de ese salón de tatuajes y la otra mitad es tuya —hizo un gesto displicente con la mano—. No necesitas ir allí cada día a dibujar mariposas en los tobillos de jovencitas que se creen muy valientes.

—¿Por qué insistes tanto en sacarme de París?

—Porque necesitas pintar y entre los tatuajes y la operación «salvemos a los irreparables» no le estás dedicando tiempo. Tienes tanto talento...

—Ser una artista del tatuaje también requiere talento —protesté—. Es solo una forma diferente de arte.

—Lo sé, pero recuerda que Michelangelo fue pintor y escultor, puedes hacer las dos cosas —Bernard cruzó los brazos sobre su pecho en un gesto que, sabía bien, me decía que no admitía negociaciones—. ¿Qué me dices, Gabrielle? ¿Pongo todo en marcha?

—Dijiste que eran un par de condiciones —desvié el asunto para no admitir mi derrota tan pronto, aunque sabía que a estas alturas era poco lo que podía hacer—. ¿Cuál es la otra?

—Por conseguir la audición, las vacaciones —Bernard comenzó a numerar

con sus dedos—. Si la niña pasa la audición le conseguiré una beca completa, aunque tenga que pagarla de mi bolsillo, siempre y cuando te comprometas a volver a Nueva York a ver a tu familia. Hay cosas que debes saber. Tu hermana y Josiah...

—No me digas nada de mi familia, Bernard —estiré la mano frente a mí y cerré los ojos. Más de una vez le pedí que dejara de espiar en sus vidas, pero nunca fui tan inocente como para creer que lo hiciera—. Solo hay una cosa que deseo saber.

—Ellos están bien —me dijo con tono suave, entendiendo por enésima vez.

—Haré lo de las vacaciones. En cuanto a lo otro —no podía ni siquiera decirlo en voz alta—, no puedo prometerte eso, Bernard, y no puedes obligarme.

Capítulo 16

Sergei

—Oye, tú, rubita.

Siena dio un salto, sorprendida y asustada. No me quedó más remedio que estallar en carcajadas.

Inicialmente había ido a buscarla para contarle los últimos avances conseguidos con respecto a la audición, pero al encontrarla en un salón de ensayos vacío, recogiendo sus partituras y ensimismada en sus pensamientos, no pude resistir la tentación de pegarle un susto. Había algo divertidamente perverso en hacer brincar a la siempre controlada Siena.

Claro, mejor era bailar con ella bajo la lluvia, ver desaparecer de su rostro las arrugas de la preocupación para ser sustituidas por una sonrisa, pero estaba claro que había sido un momento único e irrepetible. No era del tipo de mujer que bajaba la guardia con frecuencia.

—¡Casi me matas del susto!

—Por eso fue tan divertido.

—Madura, Petrov.

—¿Y qué sería de nosotros entonces? —comencé a acercarme. Sin darme cuenta lo hice lentamente. La forma en que la gente se mueve te dice mucho de su personalidad. Con Siena aprendí que cualquier gesto demasiado fuerte a su alrededor siempre la ponía en guardia—. Imagina si no pudieras mirarme desde tu alto pedestal, regañarme, exhibir tu superioridad moral, ¿cómo te divertirías?

—Estaba perfectamente bien antes de que aparecieras. ¡Muchas gracias!

—Pero es que me gusta cuando me regañas. ¡Oh, fría reina de Narnia! Tus miradas ceñudas son mi alimento.

—Estás de un excelente humor hoy, Petrov —y aunque intentó parecer desdeñosa, no pude evitar ver cómo una de las comisuras de su boca libraba una batalla por no moverse—. ¿Te invitaron a una fiesta con barra libre? ¿Alguna mujer te vio de pasada y se desmayó? ¿Algún fanático escribió en Twitter que no hay nadie como tú?

—No hay nadie como yo, ya ni noto cuando las mujeres se desmayan a mi paso y siempre tengo invitaciones, así que no, no es nada de eso —me senté en

la banqueta del piano y la miré desde abajo—. Tengo noticias sobre la audición de Andrea.

Siena cerró los ojos y dejó de respirar.

—Es en dos meses —proseguí, porque no quería que muriera por falta de oxígeno—, y una amiga mía que tiene conexiones me va a enviar el programa de estudio de niñas dos años mayores para que...

—¿Cuál amiga? —abrió los ojos de golpe—. ¿La chica sofisticada que se cambia el color del cabello cada día? ¿Esa que siempre va a tu casa?

—Esa es Gabrielle.

—No estoy segura de que sea apropiado que tu novia, llena de tatuajes por demás, se involucre en todo este asunto.

—Solo tiene dos tatuajes y uno de ellos está en un sitio que, estoy seguro, no has tenido la oportunidad de ver —Siena bufó y mi capacidad de entender a las mujeres seguramente me había abandonado porque la pianista sonaba ¿celosa? Sí, claro, como si eso fuera posible—. Además, no es mi novia.

—Novia, amante, juguete sexual...

—Ninguna de esas cosas, solo una amiga.

—Sí, claro, me imagino que conoces dónde todas tus amigas tienen sus tatuajes ocultos.

—¡Te juro que es solo una amiga!

En lo que las palabras dejaron mi boca me di cuenta de que me estaba justificando y, lo que era peor, quería que me creyera, vaya a saber Dios por qué.

—De cualquier forma, ¿qué está pensando esta supuesta amiga tuya? ¿El programa de estudios de chicas dos años mayores que Andrea? ¿Quieres matar a mi hija? Ella tiene muchas responsabilidades, el instituto al que asiste es muy exigente y además está su academia de ballet...

—Calma —levanté las manos como quien trata de tranquilizar a un animal aterrorizado—. Llamé a la academia de ballet de Andrea y estará eximida de ir estos dos meses. Es más, nos prestarán el estudio unas tres horas cada noche para que yo la entrene para la audición.

—¿Hiciste todo eso? ¿Tú solito o también te ayudó tu amiga?

—Ya basta con Gabrielle. No fue tan difícil, solo un par de llamadas. A fin de cuentas, nadie puede negarme nada. Soy encantador.

—Espera un segundo —levantó la mano y frunció el ceño, como si alguna parte de mi maravilloso plan no cuadrara—. ¿Entrenarán de noche? ¿En Montmartre?

—Si lo analizas bien, es bueno —me encogí de hombros—. Andrea tendrá las tardes libres para adelantar el trabajo del instituto y tú podrás estar allí, cada noche, tocar el piano para nosotros y supervisar cada uno de mis reprochables y malintencionados movimientos.

—Supongo —me miró dudosa, tal vez con una pizca de pánico—. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿No será mucho para ti? Trabajas aquí todo el día...

—¿Te preocupas por mí? Estoy conmovido —para completar el gesto me puse una mano sobre el corazón. Aunque quería parecer cínico ante la idea, no pude negar que el solo pensamiento era reconfortante—. Estaré bien, puedo con eso. Por cierto, ¿sabes cocinar?

—¿Por qué preguntas?

—Si voy a trabajar tanto, necesito mis proteínas. Podrías alimentarme cada noche. La comida para llevar que compro por allí tiene exceso de grasas y debo cuidar mi figura.

Puso los ojos en blanco.

—Puedo comenzar a alimentarte esta noche. Ven a la casa a cenar y le darás la noticia a Andrea.

Y poniéndole fin a nuestra conversación, metió las partituras dentro del bolso y ya estaba en proceso de colgárselo en el hombro.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres? —y me miró con expresión guardada.

—¿Tu eterna gratitud tal vez?

Siena bufó y me dio la espalda para irse.

—¿Una sonrisa? ¿Qué tal un abrazo? —me puse de pie para seguirla—. ¿Un beso?

Por toda respuesta, volteó y me miró con una cara que prácticamente gritaba: «¿Estás demente?».

Era tan divertido...

—Creo que tienes un problema, Siena. Por lo general agrado a las mujeres —le dije muy serio en lo que pude alcanzarla y, a pesar de los últimos acontecimientos de mi vida, esa premisa se mantenía. Podrían no enamorarse de mí pero, sin duda, les agradaba—. Soy prácticamente irresistible.

—Como un bebé.

—No exactamente. A menos que, claro, midieras ciertas partes de mi anatomía en relación con el diámetro del brazo de un recién nacido.

Siena suspiró y negó ligeramente con la cabeza.

—Déjame aclararte algunos hechos de la vida que, al parecer, has fallado en aprender durante tu malgastada existencia: a las mujeres les puede gustar «la idea» de ti —recitó en modo muy profesional—. Un niño grande, un rebelde, con un sórdido pasado y una historia triste, que sale en el periódico más por sus escándalos que por sus logros, lo suficientemente hermoso para parecer que te hicieron Photoshop...

—¿Admites que soy hermoso?

—Pero esas fantasías que muchas mujeres tienen sobre reformar a un chico malo, de estar con el eterno jovencito problemático —continúo sin prestar mucha atención a mi intento de desviar la conversación del punto al que, sabía bien, se dirigía— son solo eso: fantasías. Te apuesto que ninguna mujer que valiera la pena ha querido quedarse, porque en la vida real preferimos a los hombres hechos y derechos, sólidos, que ofrezcan soluciones y no problemas; alguien con quien podamos contar. Aprecio tu ayuda, muchísimo, y te lo agradezco, pero desde hoy te dejo claro que ya tengo una hija adolescente, no estoy interesada en adoptar a otro.

Me quedé con la boca abierta tratando de conseguir las palabras adecuadas.

—¿Por qué tan agresiva? —le pregunté finalmente cuando pude mantener a raya la perplejidad—. ¿Por qué la tomas contra mí cuando lo único que he intentado hacer es ayudar a Andrea?

—Porque según mi experiencia este tipo de ofrecimiento no viene gratis, siempre se espera algo a cambio y me gustaría que me dijeras de una buena vez qué persigues con todo esto para no seguir dando golpes a ciegas tratando de averiguarlo.

—No quiero nada. Solo ayudar. ¿Es tan difícil de entender?

—Sí —y asintió con la cabeza como para dar más peso a la palabra—. Nadie hace nada por nada.

—¡Soy un santo! Dativo, caritativo, un ciudadano ejemplar —las palabras sonaron a broma—. Bueno, al menos de un tiempo para esta parte lo soy.

—Tal vez, pero también eres conocido por tu falta de constancia y tu indisciplina. Te recuerdo que no puedes llenarle la cabeza de sueños a una niña y luego desaparecer porque tienes una fiesta con tu amiga bohemia o una cita con una estrella de cine. Tampoco admitiré que llegues borracho o con resaca.

¡Vaya con la imagen! ¿Cómo convencer a esta mujer de que había cambiado? Y lo que era más curioso, ¿por qué me importaba tanto hacerla cambiar de parecer?

—¿Puedo al menos llevar unas cuantas desnuditas? Pueden enseñarnos algún

truco o dos.

Siena tomó aire como para hablar, luego se dio cuenta de que estaba bromeando y cerró la boca mirándome con reprobación, como si estuviese a punto de enviarme a la cama sin cenar.

Divino.

—¿Qué tal algunos miembros de una secta satánica? —insistí sonriendo.

Por toda respuesta me dio la espalda y ni siquiera volteó cuando a modo de despedida dijo:

—Cenamos a las nueve.

Capítulo 17

Gabrielle

La maleta estaba hecha, el itinerario listo y los pasajes comprados.

Las supuestas vacaciones de Bernard no eran más que un viaje de trabajo que involucraba visitar artistas y comprar pinturas en Italia, Portugal y Grecia.

No iba a protestar. A fin de cuentas, le debía mi compañía por todo el tiempo que lo descuidé y por todo lo que había hecho, aunque todavía me sorprendía lo fácil que había sido reclutar su ayuda.

La audición de Andrea estaba concertada. Tal y como había esperado, la petición de Sergei, refrendada por Bernard Duserre, había logrado sortear un trámite burocrático extenso. En cualquier especialidad, y en particular en el mundo de las artes, importaba tanto el talento como la gente que hablara bien de ti.

A Sergei no lo había visto en un buen tiempo. Solo llamadas y algunos correos electrónicos. Todo su tiempo libre estaba consumido en entrenar a la niña, en estudiar para eso. Estaba completamente entregado a la tarea. Esa había sido mi intención.

Sin embargo, no me parecía correcto irme de París sin despedirme, aunque, para ser honesta, normalmente las despedidas no eran lo que se me daba mejor. Dejé mi casa y a mi familia sin ni siquiera avisar de que me iba y, por mucho tiempo, cada lugar después de ese nunca fue algo permanente. Luego vino Holanda y, después de un tiempo a ese país y a Davy, el hombre que me enseñó que dar era mejor que tomar, también los dejé atrás sin voltear, para venir a París con Bernard.

Incluso todos y cada uno de mis «irreparables», como los llamaba Bernard, se fueron cuando sus vidas estaban en orden con solo un beso de despedida y en algunos casos un «muchas gracias», haciendo así más fácil esa odiosa tarea de decir adiós.

Sin embargo, con Sergei Petrov todavía me quedaba ver el desenlace de la historia. Por eso sentía la necesidad de dejarle claro que aún no era momento de librarse de mí, de que nuestros caminos tomaran direcciones opuestas. Al menos eso era lo que me decía mientras caminaba por las divertidas calles de Montmartre buscando el estudio donde, cada noche, Sergei y su protegida

sudaban la gota gorda.

Encontré el lugar antes de confirmar la dirección. La edificación tenía una vidriera permitiendo a los transeúntes ver lo que pasaba dentro. Mi plan era hacer una gran entrada, hablar un rato con Sergei y luego salir de allí rápidamente sin muchas explicaciones. Era mi forma usual, humo y lentejuelas, magia y espejos, ahora me ves y ahora no. No obstante, el espectáculo dentro me dejó parada al otro lado de la calle imposibilitando cumplir con lo planeado.

A simple vista, eran solo un hombre (uno tremendamente atractivo) entrenando a una niña y una mujer al piano muy atenta a todo, pero si lo examinabas más de cerca, si habías vivido una situación donde la camaradería, el calor y el cariño eran la norma, podías casi ver la energía que los conectaba.

Mi mente voló a algún momento de mi niñez cuando aún no deseaba lo que no era para mí, cuando todavía no lo había tomado por la fuerza, mucho antes de que la decepción de no ser la elegida me impulsara a intentar, por caminos erróneos, volverme interesante, diferente, llamativa. El recuerdo me mostraba a dos jovencitas muy parecidas y a su secuaz montando tiendas de campaña y hasta una fogata controlada en una enorme terraza, en un intento por hacer una acampada en el *Upper East Side* de Nueva York.

Georgia y Josiah, como siempre, habían leído los manuales y hasta tenían un diagrama de los pasos pertinentes para instalar las tiendas; yo iba por instinto. Ellos siempre habían funcionado de esa manera, en perfecta sincronía, y yo me encargaba de alterarles el balance para crear unos cuantos imprevistos.

Éramos felices en ese entonces, éramos una familia.

—Te extraño mucho, Georgia, y lo siento —musité las palabras que nunca me atrevería a decir en voz alta mientras acariciaba el tatuaje en mi muñeca.

Era muy jodido ir por la vida a sabiendas de que te faltaba la mitad de ti. Solo esperaba que ella estuviese bien, completa, feliz con esa vida que yo había tratado de robarle.

Levanté la vista, limpié de mi cara una lágrima traidora que se había escapado y nuevamente vi la escena a través de la vidriera al otro lado de la calle. Andrea bailaba. Sergei, recostado en el piano, la observaba, aunque algunas veces, distraídamente, le echaba una miradita a Siena. Ella también lo hacía, aunque las miradas parecían tomar turnos previamente acordados.

En algún momento esa coordinación perfecta que les permitía evitarse se perdió. Ambos se miraron al mismo tiempo y el chispazo, la corriente

eléctrica entre ellos, fue tan fuerte que, a pesar de la lejanía, me sentí una intrusa en un momento privado, una *voyeur* de momentos felices.

Por unos segundos nada pasó. Siena se recobró primero, subió una ceja y dijo algo. Sergei estalló en una carcajada y Andrea protestó con las manos en la cintura.

—Son tan lindos... —dije aunque estaba sola, pero era como ver fotos de cachorritos en Instagram. No podía evitarlo. Luego miré al cielo—. Hola. No sé si hay alguien allá arriba o si una persona como yo ha perdido el derecho de hablar por línea directa, pero si no es mucha molestia, ¿podrías evitar que él lo arruine?

Un hombre pasó a mi lado y me miró con desconfianza. ¿Quién iba a culparlo? Era demasiado temprano para encontrarse a alguien en medio de la calle hablándole al aire, incluso en Montmartre.

—Soy así de religiosa —le dije al desconocido con un guiño.

El hombre, tras estudiar mi escote, mi vestido más que ajustado y mis botas, negó con la cabeza y se alejó.

Era también mi momento de irme, sin decir adiós, como era mi costumbre. Me di la vuelta y caminé tranquila calle abajo. Tal vez mi trabajo aquí sí había terminado.

Capítulo 18

Siena

—¡Cariño, ya estoy en casa! ¿Qué hay de cenar?

El huracán Sergei Petrov hizo su entrada, como cada noche, llenando de energía todo a su alrededor.

Recién duchado y vestido con lo que, obviamente, primero se había cruzado en su camino y aun así se veía endemoniadamente bien. Era como si pudiera saltar a cualquier situación, en cualquier estado, y verse como un modelo de revista.

Estaba convencida de que después de mes y medio de verlo entrenar casi cada noche con Andrea, secarse el sudor con la camiseta dejando al descubierto un estómago plano, no excesivamente marcado pero obviamente duro, ya me habría acostumbrado.

Al menos eso era lo que me decía cuando regresábamos de Montmartre, nos despedíamos en la puerta de mi departamento y lo veía subir la escalera; pero una hora después entraba a mi casa con su sonrisa de niño travieso y sus comentarios divertidos y era como verlo por primera vez.

Aún no había pedido nada a cambio por su desinteresada ayuda y nada parecía indicar que fuese a hacerlo. Sin embargo, había días en que deseaba que el requerimiento llegara de una buena vez y, por cierto, en una forma poco decorosa.

—Traje magdalenas de chocolate para el postre —dijo dejando una pequeña caja sobre la mesa.

Sin pedírselo siempre traía algo. Algunas veces era algo inocente como el postre, otras una compra un poco más voluminosa argumentando, ante mis protestas, que comía mucho y no estaba dispuesto a alterar mi presupuesto.

—Andrea no las comerá —dije ojeando el postre con añoranza. ¿Era una casualidad o recordaba que era mi favorito?—. Tú sabes lo que opina de los postres en la noche.

—Las traje para ti —la confirmación hizo que mi corazón se saltara un latido—. Andrea puede mordisquear la mía, como de costumbre. ¿No has puesto la mesa todavía? —abrió el cajón correspondiente y sacó los mantelitos individuales—. ¡Muero de hambre, mujer!

Con la facilidad de alguien que se ha metido en tu vida sin que te des cuenta, sacó también los platos, los cubiertos, las servilletas, hasta dejarlo todo dispuesto. Era una especie de rutina, nuestra rutina, y se sentía tan cómoda como un par de zapatos viejos.

A pesar de sus constantes bromas y mis invariables acusaciones, Sergei Petrov nunca había faltado a un ensayo, nunca había llegado pasado de tragos y siempre se mostraba amable y paciente. Es más, poco a poco se había convertido en la parte divertida y alegre de nuestra rutina diaria. Adicionalmente, la amiga fabulosa parecía haber desaparecido del panorama.

—¿Dónde está Andrea? ¿Hoy tenemos doble dosis de Niklaus y Elijah? —preguntó asomándose por encima de mi hombro para explorar mi trabajo sobre la estufa—. Eso huele bien.

—Crepes de atún —dije apartándome porque él olía mejor que cualquier cosa que pudiera cocinar, una mezcla de jabón, Hugo Boss y hombre—, y apreciaría mucho que dejaras de alentar a mi hija a ver esos programas tan sangrientos donde sujetos arrancan corazones de otros con sus propias manos, vendedores de armas son los héroes y zombis se comen los intestinos de las pocas personas amables que quedan en el mundo.

—Pensé que querías que tu hija fuera una chica normal, que amara a los vampiros y cantara canciones de la banda adolescente de moda —se recostó en la encimera y se encogió de hombros—. En cuanto al brillo labial de fresa o frambuesa creo que eso entra más en tu territorio.

—¿Y todo este baño de cultura popular que nos damos cada noche es únicamente en beneficio de Andrea? —pregunté tratando de esconder la absurda complacencia que me producía que recordara aquella conversación que tuvimos meses atrás.

—¡Claro que no! Tú misma lo dijiste, soy un niño grande y un egoísta. No me gusta ver mis programas de televisión preferidos sin tener con quién comentarlos, pero debes admitir que sirve a tus propósitos: una vez que salimos del estudio no se habla más de ballet ni se escucha Tchaikovsky. Tienes lo que querías y Andrea también. Todos ganamos.

—¿Qué hay de ti? ¿Tienes lo que querías?

La pregunta pareció tomarlo por sorpresa. Estaba frente al refrigerador abierto, sosteniendo en una mano la jarra de té helado que me había acostumbrado a hacer diariamente porque era su preferido.

Por un momento miró la jarra de líquido ambarino como si escondiera todas las respuestas del universo y luego pasó la vista por la habitación.

Pareció tomar inventario de algo que estaba más allá del sofá raído en las esquinas, de la encimera de fórmica un poco cuarteada que separaba el recibidor de la cocina y de las paredes en urgente necesidad de una buena mano de pintura.

Una extraña sonrisa, una que no era cínica o bromista sino la de alguien que descubre algún dato escondido en un libro, se hizo presente en sus labios y su mirada me dejó clavada en el lugar con el crep en la paleta, paralizada en su camino de regreso a la sartén.

Era como si intentara decirme algo sin palabras y, al mismo tiempo, me pidiera que estuviera de acuerdo con él. Por un segundo estuve a punto de hacerlo, de decirle que sí porque en el fondo sentí que sabía exactamente a lo que se refería; pero mientras mi mente trataba de identificar el sentimiento, esperando que la imagen turbia se tranquilizara y me mostrara el paisaje que él estaba viendo, el momento pasó.

—Reconoce que lo disfrutas —me dijo volviendo a ser el Sergei de siempre, el de las bromas y las risas.

—¡Absolutamente no! —mentí.

Claro que lo disfrutaba. Cada noche, todos juntos en el sofá, las risas, los comentarios. Sergei tapándole los ojos a Andrea si en el programa que veíamos había alguna escena que él consideraba inapropiada, los tres ayudando a levantar la mesa y a lavar los platos.

Andrea estaba feliz y tenía una relación de confianza con Sergei que se puso de manifiesto desde la primera vez que entrenaron. Era evidente que él se preocupaba por ella: cuidaba de que se alimentara bien, sin exagerar en la dieta, y lo había visto pidiendo consejos a bailarinas importantes de la Ópera cuando sus conocimientos para guiarla le fallaban. Ella, por su parte, lo veía como un tutor y un amigo, lo respetaba como a un adulto. Mi miedo a que comenzara en algún momento a mirarlo con ojos de cachorrita enamorada se había disipado rápidamente.

No obstante, y aunque algunas veces era tentador dejarse envolver en ese sentimiento de paz cotidiana, había un recordatorio en el fondo de mi mente señalando que los momentos de serena felicidad siempre eran seguidos por algo que los destruía. También estaba el miedo a ese pasado que trataba de apartar de mi mente, porque recordarlo me hacía daño, y que regresaba cada vez que imaginaba a mi hija caminando por los pasillos de la Ópera, ajena a lo que pudiera encontrar un día cualquiera.

¿Qué pasaría si algún día se enteraba? ¿Me odiaría tanto como me odiaba yo

cada vez que la veía sonreír y pensaba que esa sonrisa pudo no haber existido nunca? ¿Que el dinero, el miedo y la creencia de estar haciendo un bien a un ser amado casi pesaron más que la vida misma?

—No lo disfruto —mentí con el convencimiento de que Sergei Petrov era en cierta forma peligroso para mí. Me hacía pensar mucho en el pasado, en mis mentiras, en mis errores, alejando de mi alcance esa vida tranquila y sin sobresaltos por la que había trabajado tanto tiempo—. Lo tolero porque hice el compromiso de alimentarte y la sobremesa viene incluida en el paquete.

Sergei dejó la jarra de té helado sobre la mesa, me miró y sonrió de lado.

—Eres una mentirosa.

—No tengo por qué mentir —mentí nuevamente. Vivía con la mentira—. No me gustan los vampiros, ni los zombis...

—¿Y yo? —comenzó a caminar hacia mí en lo que era un evidente despliegue de encanto, pero no por eso dejaba de ser efectivo.

—No eres ni un vampiro ni un zombi.

—¿Es esa tu forma de decirme que te gusto?

Estaba tan cerca ahora que era imposible mentir abiertamente. Ese era otro de los peligros que Sergei Petrov representaba para mí. Cada vez era más difícil mantener la mentira.

—No diría tanto...

—¿Toleras mi compañía porque te agrada contemplar cosas hermosas? —dijo bajito, inclinándose un poco—. Siena querida, me vas a hacer sentir como un objeto decorativo. Nunca pensé que fueras ese tipo de mujer...

—Eres un arrogante —traté de que mi voz saliera fuerte, decidida, pero la entonación no fue más que un suspiro. Estaba tan cerca que respirábamos el mismo aire y podía identificar el olor a menta que salía de su boca.

—Sí, lo soy.

—Un inmaduro.

—También.

—Algunas veces me desesperas...

—¿Y las otras veces?

—¡Maaaamiiiiii!

El grito desesperado de Andrea hizo estallar la pequeña burbuja en la que había estado encerrada con Sergei.

Una madre siempre es capaz de identificar el tono de un hijo y, en este caso, el grito de Andrea era una mezcla de dolor y desesperación que me puso en alerta roja. Además me llamó «mami», cosa que había dejado de hacer cuando

tenía seis años.

Olvidándome de Sergei corrí hacia el lugar de donde provenía el grito, abrí la puerta del baño y encontré a Andrea en el piso, con el cabello mojado, cubierta únicamente con su bata de felpa, abrazando una de sus piernas.

—Mi vida, ¿qué pasa?

—Me caí y me duele mucho el pie. ¡No puedo moverlo! —sollozó—. Mami, ayúdame.

Pánico. Repentinamente fui inundada por el más oscuro pánico. Miles de opciones pasaban por mi mente pero no era capaz de echar mano a ninguna. Tenía que llevarla al hospital, a la sala de emergencias. ¿Me quedaba suficiente dinero para un taxi?, ¿podría bajar sola la escalera o necesitaría cargarla? Primero que nada debía levantarla del suelo y ayudarla a vestirse...

«Dios mío, por favor, que no sea nada»

Mientras mi mente hacía todas las consideraciones necesarias y repetía la misma plegaria una y otra vez, mi cuerpo instintivamente se acercaba a ella. Era una acción primaria e inevitable, pero fui aventajada por Sergei, que entró como una tromba. Se agachó a su lado con una expresión seria en el rostro y le hizo estirar la pierna, tomando el tobillo entre sus manos y palpándolo en distintos lugares.

—Avísame si duele.

—¡Duele, duele, duele! —gritó Andrea tratando de retirar el pie—. Es horrible. Creo que voy a vomitar del dolor.

—No te reprimas —Sergei sonrió por primera vez—. Es bien sabido que un poco de vómito en los zapatos puede iniciar la amistad más duradera. Lo sé por experiencia.

—Asqueroso.

Sergei siguió inspeccionando el tobillo de Andrea, calmándola cada vez que gritaba «¡Me duele!», hasta que pareció haber llegado a una conclusión.

—No está fracturado, tampoco parece ser un esguince —anunció—. Me inclino por una simple torcedura. Así que jovencita, a la cama con el pie en alto...

—¿Desde cuándo tienes un grado en Medicina? —lo interrumpí mientras él pasaba los brazos por las piernas de Andrea en lo que era un obvio intento por cargarla—. No puedes afirmar eso así como así. Puede ser algo serio...

—Soy un bailarín profesional y este tipo de contratiempos son normales —me interrumpió—. He aprendido a identificar cuándo es realmente grave...

—No eres doctor —insistí.

—He tenido dos cirugías de rodilla, el metatarso desplazado más de una vez —Sergei dejó de intentar cargar a Andrea y lentamente se fue poniendo de pie —, innumerables esguinces cuyas secuelas me acompañarán por el resto de mi carrera e incontables lesiones en los tobillos; además he estado cuidando de mi cuerpo desde que era un adolescente...

—Y has hecho tan buen trabajo... —le respondí con una mueca.

—Mira, Siena, puedo no saber nada de muchas cosas, un Juanito Nieve cualquiera; pero esto entra directamente en el terreno de las pocas cosas que sé. Yo no pretendo decirte cómo tocar un *adagio*...

—Te recuerdo que sí lo has hecho —lo apunté con el dedo.

—¡Hola! —Andrea agitó las manos. Su cara aún conservaba el resto de las lágrimas—. Por más que ame las referencias a los siete reinos, les recuerdo que sigo en el suelo, con mucho dolor, y que se me está congelando el trasero.

—Eres la reina del drama, aunque debo admitir que un trasero congelado es un problema muy grave —y con una sonrisa tranquilizadora, Sergei volvió a agacharse, reposicionó a Andrea contra su pecho y de un solo empujón se puso de pie llevándola consigo. Luego me miró directamente como si no tuviera a mi hija en sus brazos, como si todo lo demás hubiese desaparecido a nuestro alrededor—. Di que confías en mí, Siena.

Asentí sin pensarlo mucho, y no porque estuviese perdida o anonadada, sumergida en ese mar azul que eran sus ojos; tampoco porque el «efecto Medusa» me hubiese convertido en piedra. Asentí porque si no me ponía a analizar los pros y los contras, si me guiaba simplemente por los sentimientos y no por lo que dictaba la lógica, confiaba en Sergei Petrov.

¡Qué Dios me ayudara! Definitivamente había, perdido el juicio.

Los seguí hasta la habitación, donde, tras depositarla en la cama, Sergei apiló un montón de cojines bajo su pie.

—Nada de apoyar ese pie, jovencita. ¡Ni siquiera para ir al baño! Voy a hacerte un té con mucho limón, que en mi experiencia es la cura perfecta para todos los males, y a buscar algo de ibuprofeno para el dolor.

—Pero Sergei, la audición...

—Si me haces caso estarás perfecta para el día de la audición. Lo tengo todo planeado.

En hecho sin precedentes para mi quejica hija, Andrea dejó de protestar asintiendo como si hubiese escuchado una verdad de fe.

Y así, haciéndose cargo de toda la situación, Sergei le guiñó un ojo, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Aproveché para ayudar a Andrea a ponerse el pijama, lo que sí generó muchas quejas —obviamente yo carecía de la «magia Petrov»— y la metí bajo los cobertores teniendo mucho cuidado, gracias a las instrucciones de mi adolorida pero no tan sumisa hija, de mantener la pila de cojines exactamente donde Sergei la había dejado porque «es Sergei, él sabe».

Viendo que el nuevo superhéroe del «universo Andrea» no regresaba, fui a buscarlo. Lo encontré frente a la estufa, mirando fijamente la tetera, como si por pura fuerza de voluntad pudiera hacerla hervir más rápido. Aparentemente se había tomado la molestia de apartar las crepes en una fuente y taparlas, pues dudaba de que unos duendecillos expertos en dejar todo en orden en las cocinas del mundo hubiesen decidido hacer presencia en mi casa esa noche.

En la encimera había ya una taza preparada con la bolsita de té dentro, la azucarera a un lado y un limón picado. También una botella de píldoras que, podía asegurar, no me pertenecía.

Toda la escena sirvió, extrañamente, como un bálsamo para mis nervios. Me sorprendí exhalando de alivio y solo en ese momento mis músculos se relajaron.

Tenía tantos años encargándome de todo, preocupándome mientras intentaba que no se me notara, despertándome a la mitad de la noche tratando de resolver algo en mi cabeza, haciendo planes e interminables listas para mantener todo a flote, que el simple hecho de que por unos momentos alguien se hiciera cargo de, aunque solo fuese, hacer el té y buscar el calmante se sentía como si hubiesen abierto una ventana en un corredor atestado de personas.

Claro que, al darme cuenta de lo que estaba sintiendo me sentí mucho peor, una especie de traidora con mi propia hija, con mis propias decisiones.

—Todavía creo que deberíamos llevarla al médico —dije tratando de liberar un poco ese sentimiento de culpa que me había embargado pero dándome cuenta tarde del plural que había utilizado.

—Y lo haremos —respondió sin dejar de ver la tetera, usando el plural con la misma facilidad con que yo lo había hecho—, pero no necesita cualquier médico de una sala de emergencias que le inmovilice la pierna. Necesita un profesional que entienda lo que hacemos, un especialista que recomiende una terapia efectiva.

—Eso va a costar dinero y conseguir una cita puede tomar meses.

Sin hacerme caso Sergei comenzó a buscar en los bolsillos de sus vaqueros hasta que sacó el teléfono. Dio un repaso a la lista de contactos hasta que

encontró lo que buscaba.

—¿Doctor Girard? —preguntó al teléfono—. Es Sergei Petrov. Disculpe que lo llame fuera del horario de trabajo pero mi... protegida se cayó en el baño. Estudia ballet y tiene una audición importante en un par de semanas.

Escuchó a su interlocutor ladeando levemente la cabeza.

—No, no es una fractura, ya lo comprobé —siguió escuchando—. Muchísimas gracias. Allí estaremos.

Me miró y sonrió con suficiencia.

—¿Acabas de llamar al fisiatra asignado a los bailarines de la Ópera? —pregunté asombrada.

—Sí. Es el mejor en todo París —la tetera pitó, Sergei apagó la estufa y comenzó a verter el agua en la taza—. Nos atenderá mañana a las nueve de la mañana.

—No puedo usar los servicios médicos de la compañía para mi hija...

—Tú no, pero yo sí.

Lo miré perpleja.

—Soy una maldita estrella en el firmamento del ballet mundial —hizo el anuncio sin ningún rastro de presunción. Es más, había mucho de rabia allí—. Es momento de que use mi estatus para algo más que conseguir invitaciones a fiestas y tragos gratis. Andrea es importante para mí, tú eres... —bruscamente interrumpió sus palabras dejándome, por alguna razón que no quería explicar, en vilo por conocer el resto de la oración, pero no llegó. Simplemente su expresión volvió a ser la de ese Sergei Petrov de los primeros días: pagado de sí mismo y algo revoltoso—. Ya te lo dije, a pesar de que tengo todo lo necesario para ser decorativo, algunas veces, para variar, prefiero ser útil.

—No hagas eso, Sergei.

—¿Qué? ¿Conseguir una cita médica para Andrea?

—No, hablar de ti como si fueras un florero y estuvieras satisfecho por ello.

—Tú misma lo dijiste. Soy un divo malcriado y borracho —se encogió de hombros.

—No, no lo eres y me gustaría saber por qué te esfuerzas tanto en mantener este personaje pretencioso y bueno para nada.

—No tengo la más remota idea de lo que estás hablando —se volteó y comenzó nuevamente a ocuparse del té.

—Sergei —sin proponérmelo lo tomé del brazo y lo obligué a verme—. ¿Por qué?

—Siena...

—¿Por qué?

—Es más fácil, ¿vale? —bruscamente se soltó de mi agarre y retrocedió unos pasos hasta que las dimensiones de mi diminuta cocina lo hicieron chocar contra una pared y tuvo que detenerse. Solo en ese momento abrió los ojos y había tanta vergüenza en ellos que quise acercarme a consolarlo—. Toda mi vida la gente ha esperado grandes cosas de mí. Mi familia, mis maestros, todos necesitaban que triunfara. Debía fallar en algo para bajarle la presión a todo el asunto y no podía hacerlo en mi carrera, no podía fallar como bailarín, así que dejé que mi vida personal se fuera a la mierda porque no podía con todo —sonrió de lado, pero su intento de humor no ocultaba nada—. Hay cierto placer morboso en ser un desastre cuando todo el mundo está esperando que seas genial.

—No eres un desastre —tentativamente di un par de pasos hacia él.

—No tienes ni idea.

—Todos cometemos errores.

—Pero yo arrastré a otros conmigo —sonrió de forma triste—. Convertí a mi mejor amigo en niñera, obligándolo durante años a hacerse cargo de mis desastres y, luego de todo lo que hizo por mí, simplemente por un capricho estúpido, lo traicioné y arruiné completamente nuestra relación. También casi destruí la vida sentimental de una mujer que siempre me brindó su apoyo porque «soy Sergei Petrov» y ni se me ocurrió pensar que ella podría querer otra cosa.

—Sergei... —dos pasos más. Quería tomar su cara entre mis manos y borrar la tristeza de alguna forma.

—Miente, miente, miente hasta que se vuelva real, es mi lema de vida —una risa amarga brotó de sus labios—. Di que estás bien, actúa como si no te importara nada, pretende que eres un egoísta de mierda y en determinado momento la necesidad de ser otra cosa desaparecerá. Créeme, es una maldita bendición cuando nadie espera nada de ti.

—Entonces, ¿por qué ayudar a Andrea? ¿Por qué ponerte en esa posición si lo has estado evitando toda tu vida?

—No lo sé —por un momento miró al techo como buscando la respuesta. Luego su vista pasó a la ventana y a la mesa puesta que había quedado sin usar—. Tú, con tu fuerza, tu seriedad, me avergüenzas y me haces querer ser mejor. No para quedar bien o para demostrarle algo al mundo; ni siquiera para que me lo agradezcas. Simplemente, quiero hacer bien las cosas, ser responsable, por alguna razón se siente correcto, importante. Eres una mala

influencia.

Mi pecho se expandió impulsado por algo tibio y reconfortante. Era como un globo que me hacía elevarme del suelo poco a poco, flotando, mareada pero no de una forma desagradable, sino provocándome risitas... Ebria, sí, era como estar ebria.

Esta vez fue él quien dio el par de pasos faltantes y cuando se inclinó un enjambre de abejas pareció mudarse a mi estómago.

Me besó, sí, un poco más arriba de la mejilla, justo en el hueso del pómulos, y ese leve contacto de sus labios, tibio, suave, estuvo a punto de hacerme caer de rodillas.

—Permíteme quedarme esta noche contigo.

Mi corazón dejó de latir, mis pulmones también se declararon en huelga. Todo quedó suspendido en el tiempo y en el espacio.

—Puedo dormir en el sofá —aclaró y pude volver a respirar, aunque la bocanada supo a decepción—. Necesito saber que todo está bien, que Andrea está bien, que tú estás bien.

—Vives justo arriba.

—Y la mayoría del tiempo se siente demasiado lejos, hoy más que nunca.

—El sofá es viejo y muy incómodo —protesté.

—No me importa.

—Duerme en mi cama.

Sergei tomó aire, un poquito, un gesto que podría haber pasado por alto si no hubiésemos estado tan cerca, si sus pupilas no se hubieran dilatado. Solo en ese momento, gracias a los desbocados latidos de mi corazón, me di cuenta de lo que había dicho.

—Yo puedo dormir con Andrea —completé.

—¡Mamáaaaa! —volvió a gritar Andrea, pero ya no había pánico en su voz.

—Yo iré —Sergei se apartó y volvió a ocuparse de la taza de té—. No hay dolor que mi incomparable sentido del humor no pueda curar.

Sonreí porque, de cierta forma, era cierto.

Sergei Petrov, Medusa reencarnada y poderoso ansiolítico.

Estaba condenada.

Capítulo 19

Gabrielle

Santorini era genial al comienzo del verano, antes, claro, de que los turistas llegaran cada día en cruceros llenando las calles en lo más parecido a una invasión bárbara.

Durante casi dos meses Bernard me arrastró a ver los colores más impresionantes de la naturaleza: el rojo atardecer sobre Pompeya, el amarillo ocre con el que siempre asocié Estoril y ahora el inconfundible azul griego.

Funcionó, al menos a nivel creativo.

Mientras él visitaba potenciales clientes, yo pintaba. Algunos eran paisajes, como las escarpadas de Cascais o Sorrento, pero desde que nos instalamos en una villa en la isla griega con vista infinita al océano, mis trabajos se habían vuelto abstractos.

Con un suspiro miré la pintura que tenía al frente. Un tumultuoso remolino verde parecía saltar del lienzo, atribulado y furioso. Para esta pieza había optado por óleo y espátula, por lo que la textura era muy agresiva.

Me gustaba.

Tatuar estaba bien, era divertido pero, por lo general, se trataba de plasmar en la piel la visión de otras personas. Las pinturas eran parte de mí, aunque no siempre podía darles sentido.

Tras limpiarme las manos en un trapo empapado de trementina, decidí que era momento de buscar a Bernard, quien había estado particularmente reservado u ocupado (con él nunca podía estar segura) desde que llegamos a Santorini.

Lo escuché hablando en la habitación que había reclamado para sí desde el momento que nos instalamos y como no escuché a nadie contestarle adiviné que estaba al teléfono.

Ese hombre nunca descansaba. Siempre estaba trabajando, vendiendo obras de arte, comprando piezas nuevas para su galería, facilitando préstamos de colecciones para grandes museos e incluso rastreando algunas pinturas famosas para clientes importantes o amigos interesados en engrosar sus patrimonios con esas raras y famosas obras que, por razones del destino, no estaban en un museo.

—Puede significar muchas cosas, pero vale la pena investigar un poco más y tú eres mejor para eso que yo —al entrar en la habitación, pude verlo con el móvil pegado al oído—. Déjame saber el resultado, si te vas a encargar personalmente o prefieres que yo lo haga. Mi nombre también está en juego en el asunto y no quiero ser tomado por estúpido por alguna oportunista.

Al verme sonrió, terminó la llamada y guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Te has dado cuenta de que para ser un comerciante de arte, algunas veces, sueñas como un mafioso? —le pregunté mientras me sentaba en un bello pero incomodísimo sofá.

No mencioné que el discurso estaba, ese día, mucho más distanciado de su aspecto, pues un Bernard de vacaciones era un Bernard en pantalones cortos, camiseta y algo despeinado. Se veía mucho más joven. Más un surfista que un comerciante de arte.

—Soy un hombre de negocios. Creo que eso lo resume todo, lo del arte y lo de la mafia —caminó hasta varios de mis lienzos, que descansaban en el suelo apoyados en las paredes, y los miró apreciativamente—. Estos son muy buenos, quisiera comprarlos.

—¡Por favor! —puse los ojos en blanco—. No tienes que pagarme por ellos. Compraste todo el material y me trajiste de vacaciones. Eso creo que cubre el valor.

—Nunca estafo a mis amigos.

—¿Y a tus enemigos?

—Podría conseguir bastante por estos cuadros —dijo pasando de mi pregunta—, si se los ofrezco al comprador adecuado.

—¿De verdad crees que son así de buenos? —pregunté dudosa.

—Nunca te mentiría —dejó de ver los cuadros y sonrió de forma traviesa—. Al menos no en relación con tus pinturas.

—Es bueno saberlo —me puse de pie y por reflejo traté de estirar mis overoles llenos de pintura, aunque había poco que hacer para mejorar su estado. Quedaban pocas cosas en el mundo que pudieran hacerme sentir incómoda. Hablar de dinero con Bernard, o más concretamente hablar de que me diera dinero, era algo que aún no había podido superar—. Tengo hambre, ¿quieres que prepare algo?

—Mejor comemos fuera.

—Tendré que ponerme zapatos —protesté.

Por toda respuesta Bernard hizo una evaluación que comenzó por mis pies desnudos, pasando por mi overol salpicado de pintura para finalizar en mi

cabello contenido en un cintillo de telas.

—Recomendaría también una ducha —dijo finalmente con una mueca—. Ese perfume que mezcla óleo con trementina me da dolor de cabeza.

—Vendes arte y descubres pintores hambrientos en lugares recónditos de las capitales europeas. Deberías estar acostumbrado al olor.

—Hueles mal, Gabrielle —dijo y se encogió de hombros—, lo que atentaría contra mi intento de disfrutar de la cocina griega mientras podamos. Debemos volver a París.

—¿Cuándo? —traté de controlar la emoción que me subía por el pecho pero, a pesar de mis mejores esfuerzos, estoy segura de que algo se notó en mi rostro. Aun así, Bernard siguió impasible.

—Pronto.

—¿Algo que ver con la misteriosa llamada estilo don Corleone?

—Puede ser —sonrió de lado—, y también con ciertas necesidades físicas, privadas y muy urgentes que debo atender.

—¿Estás tratando de hacerme sentir incómoda?

—¿Está funcionando?

—No, solo necesito saber si estás por entrar en uno de tus episodios.

—¿Para ir a depilarte?

—Para llamar a tu terapeuta —bufé—. Necesitas una novia, Bernard.

—Tú estás soltera.

—¿Te imaginas lo bien que nos iría? —pregunté con una mueca de fingido horror.

—Sí, lo imagino —me respondió muy serio, con una mirada que no era nada más que honesta.

—Bernard...

—Tú me conoces, Gabrielle, mejor que nadie en el mundo. Cada defecto, cada... peculiaridad y aun así te agrado, me quieres —sonrió como, estoy segura, pocas personas lo habían visto sonreír, como un niño buscando amor—. Yo te quiero, eres para mí la definición de la perfecta compañera de aventuras. Llevamos años juntos y nos entendemos.

—Y por eso somos amigos, compañeros; pero no estamos enamorados.

—Pero podemos estarlo, con el tiempo, si nos permitimos la posibilidad.

—Ya lo intentamos, ¿recuerdas? Y nos convertimos en amigos que tienen sexo.

—¿Eso es algo tan malo?

—Sí, porque nos estaríamos conformando y tú vales demasiado como para

conformarte —tomé una bocanada de aire. Estas conversaciones abiertas con Bernard no ocurrían con frecuencia. Ambos estábamos demasiado entrenados en eso de evadirnos el uno al otro por diversión, una especie de reto para descubrir las intenciones del contrario. No obstante, cuando el momento de hablar de nosotros llegaba, era inevitable ser honestos. Eso mantenía nuestra relación sana, tal vez fuese la única saludable que ambos habíamos tenido en mucho tiempo—. No sé si seré capaz de enamorarme nuevamente, pero sí estoy segura de que me gustaría. Tú, mi querido amigo, deberías probarlo aunque fuese una vez, porque cuando seas golpeado por ese algo que no es solo pasión y deseo, sino alegría sin motivo aparente, emoción, celos, dulzura, ternura; una mezcla casi mágica que te da exactamente lo que necesitas incluso antes de que tú mismo lo sepas, te preguntarás por qué lo evitaste durante tanto tiempo.

—Lo haces sonar como estar montado en una montaña rusa descontrolada —se examinó las uñas—. Parece un poco aterrador incluso.

—Imagino que es diferente para cada quien —me encogí de hombros—, pero ¿no te gustaría averiguar cómo es para ti?

Capítulo 20

Sergei

Estaba apurado, no porque debía llegar a un sitio determinado a una hora precisa sino porque quería, deseaba, estar en un lugar.

La última semana, desde la caída de Andrea en el baño, había significado un golpe para mi nueva rutina, restándole la comodidad de las cosas sencillas, y eso me tenía inquieto. No más entrenamientos nocturnos en Montmartre, no más Siena en el piano acompañando nuestras prácticas...

Claro que me había negado firmemente a renunciar a todo porque, de lo contrario, ¿qué me quedaría?

Después de que el doctor Girard confirmó mi diagnóstico, tuve extenso material para gastarle bromas a Siena. Intenté obligarla a que me llamara «doctor Petrov», lo que generó, cada vez, una de sus miradas ceñudas; por lo que disfrutaba enormemente insistiendo.

Las cenas se mantuvieron. ¡Gracias al cielo! Pues todo mi día estaba dedicado a preparar lo que haríamos cada noche: televisión, monopolio, scrabble. Moría por un buen juego de twister con Siena, pero Andrea todavía no estaba en condiciones para eso.

Así que, al llegar del trabajo, como cada día de la última semana, mi prioridad fue meterme en la ducha, ponerme algo de ropa y salir corriendo escaleras abajo, como un adicto requiriendo su próxima dosis.

¿Cómo había personas que encontraban terriblemente aburrido quedarse en casa cada noche disfrutando de la compañía simple de la familia? ¿La familia? ¿Mi familia?

No pude profundizar más en ese pensamiento, pues algo blando se atravesó en mi carrera escaleras abajo.

Iba tan apurado y concentrado en esos pensamientos tan extraños que no reparé en el obstáculo. Solo pude ver, tras la colisión, una especie de líquido oscuro hacer una figura en el aire antes de ir a estamparse en una superficie blanca.

Por reflejo estiré los brazos para evitar que esa persona que se había cruzado en mi camino (estaba seguro de que era una persona) cayese sobre su trasero producto del impacto del choque.

Cuando todo el movimiento que me rodeaba se detuvo, pude finalmente enfocar la vista en unos ojos verdes que me miraban muy abiertos.

—¡Gabrielle! —dije con asombro al mismo tiempo que un maremágnum de emociones viajaba por mi cuerpo. Muchas de ellas no podían ser identificadas, otras tenían mucho de vergüenza y no quería reconocerlas.

Casi dos meses había estado ausente y en un principio, cuando me anunció que tenía que viajar con Bernard, me molesté y la extrañé, pero el sentimiento duró solo unos días. Luego caí en esa rutina maravillosa y agotadora de entrenar a Andrea y pasar las noches con Siena y poco a poco Gabrielle fue saliendo de mi mente.

—¿Cuándo volviste? —dije obligándome a sonreír, pues me sentía como un pedazo de excremento de roedor.

Esa mujer me había salvado del tedio de París y hubo una época en que mis días comenzaban y concluían con un pensamiento sobre ella, preparando estrategias para hacer que cambiara de parecer sobre nuestras posibilidades. También su guía había sido invaluable en todo el asunto de Andrea. Sin embargo ahora, aunque me alegraba verla, había un infundado sentimiento de traición que me impedía disfrutar completamente del encuentro.

—Hace un par de días, aunque si hubiese sabido que me recibirías con un baño de café habría postergado el momento o, al menos, hubiese vestido algo impermeable.

Hizo un gesto hacia su vestido y pude ver la mancha oscura sobre el delicado estampado floral. Más abajo a sus pies, enfundados en unas botas con el tacón más alto que había visto en mi vida, estaba un vaso plástico, todavía destilando en el suelo lo poco que quedaba en su interior.

—Lo siento tanto. No estaba viendo por dónde iba —la solté y me agaché a recoger el vaso—. ¿Te quemaste?

—No. Ya estaba tibio.

Me miró desde arriba y sonrió de esa forma que en otro momento me hizo contener la respiración esperando lo que vendría a continuación y que ahora me hacía sentir ligeramente incómodo. Extraño. La sonrisa era la misma, solo su efecto había variado.

—¿Podemos subir hasta tu casa para quitarme esta ropa y abrazarte como se debe?

—Sí, claro.

Me puse de pie y antes de empezar a subir nuevamente la escalera no pude evitar echar una mirada de soslayo a la puerta donde deseaba ir.

—¿No hay comentarios?

—¿Comentarios? —pregunté confundido, obligándome a dejar de mirar la puerta y ver a Gabrielle.

—Hablé de quitarme la ropa y abrazarte. Esperaba algo de doble sentido...

—Ah, claro, este... —exprimí mi cerebro buscando algo que decir, pero no se me ocurrió nada—. Te haré otro café.

—¿Desde cuándo tienes una cafetera? —me preguntó divertida mientras subíamos la escalera.

—Siena me hizo comprar una para que dejara de fastidiarla cada mañana.

—¿Funcionó?

—Para nada. Me gusta fastidiarla.

Sin darme cuenta estaba sonriendo. Abrí la puerta del departamento e invité a Gabrielle a entrar. Se quedó parada en el medio del salón viéndome extrañada.

—¿Qué? —pregunté un poco temeroso de que esa mujer, capaz de descubrirlo todo con solo una mirada, pudiese hallar ese secreto que ni siquiera yo sabía que tenía, pero que podía sentir danzando entre nosotros.

—Tienes muebles —lo dijo como si fuese una pregunta.

—Andrea dijo que el lugar parecía de un okupa —me encogí de hombros—. Así que salimos de compras y Siena me ayudó a escoger algunas cosas. Fue una tarde divertida.

—Lo imagino —me respondió con esa sonrisa que estaba apenas allí.

—Las lámparas también —continué porque era peor quedarse callado viendo esa sonrisa de burla afectuosa en los labios de Gabrielle—. No tenía idea de lo complicado que es poner una lámpara.

—Pero apuesto que Siena sabe cómo hacerlo.

—Sí... —dije y me rasqué la cabeza, incómodo. Todavía tenía el cabello algo mojado—. También me hizo comprar unos papelitos que metes en la secadora y luego la ropa huele fantástica.

Gabrielle rio en voz alta, lo que no ayudó, en nada, a mi incomodidad.

—Un Sergei doméstico. Me agrada —me guiñó un ojo—. Si me lo permites voy a tomar prestada una de tus camisetas, de esas que ahora, gracias a Siena, huelen fantástico, para quitarme este trapo manchado que solía ser un vestido.

—Sí, seguro. Ya sabes dónde está mi habitación. Las camisetas están en el tercer cajón.

—¿Organizadas por colores o por día de la semana? —me preguntó burlona, pero no me dio la oportunidad de responderle. Todavía estaba

pensando qué decir cuando escuché la puerta de mi habitación cerrarse.

Tratando de poner la mente en blanco y evitar así todos esos pensamientos y sensaciones sin sentido, fui hasta la alacena, saqué una lata nueva de café en polvo y me dediqué a preparar la cafetera. Claro, que eso de evitar los pensamientos extraños como que era más difícil de lo que imaginé.

En otro momento de mi vida, seguramente, estaría pensando que esa mujer fantástica que era Gabrielle estaba ahora, con toda seguridad, quitándose la ropa en mi habitación y, con un poco de suerte, vistiendo una de mis camisetas, lo que me tendría haciendo planes que, invariablemente, terminarían en mi encantadora y libidinosa personita escurriéndose en esa habitación y poniendo la camiseta en la pila de donde había salido, o en el suelo, o en un sillón.

Sin embargo, eso ni siquiera cruzó por mi mente. Solo me quedé parado allí, mirando la cafetera y recordando el día en que Siena y Andrea me ayudaron a escogerla, la cena que tuvimos después (donde obligué a Andrea a comerse dos pedazos de pizza y no una ensalada como quería) y el tutorial del siguiente día, impartido por ambas, sobre cómo hacer funcionar ese particular modelo de aparato doméstico.

¿Qué me estaba pasando?

Las cenas caseras, las noches de televisión, las salidas de compras parecían ser ahora el combustible que me mantenía funcionando, en vez de asuntos mucho más inmediatos como el alcohol, las fiestas y, más importante, una mujer bellísima DESNUDA en la habitación contigua.

Eché un vistazo a esa botella de vino que, por alguna extraña razón, había llegado a mi alacena y luego a la puerta de la habitación cerrada...

¿Qué pasaría si retomaba mi viejo plan sobre Gabrielle?

Toc, toc, toc.

El golpeteo en la puerta, en vez de molestarme por interferir con mis planes, simplemente me llenó de una extraña sensación de alivio. Así que, con buen ánimo, algo inusual para alguien que ha sido interrumpido, fui a ver quién era el providencial salvador.

—¡*Brethren!*

La expresión se me escapó con una mezcla de sorpresa y alegría. Era obvio que si alguien aparecía de la nada para salvarme de cometer alguna tontería ese alguien sería un ruso rubio de casi dos metros cuya espalda ocupaba casi el ancho de la puerta.

Vadim Chekov abandonó por unos segundos su usual expresión de pocos amigos para brindarme una de esas extrañas sonrisas que lo delataban como

un ser humano y no una estatua de un escultor talentoso. Y esa sonrisa fue todo lo que necesité. Lo abracé como se abraza a un hermano muy querido a quien has hecho daño y ha tenido la decencia de perdonarte, lo abracé con ese cariño aumentado que da la ausencia, con el recuerdo de tantos años de buenos ratos.

Solo después espí el pasillo vacío.

—¿Dónde está Marianne?

—En Nueva York.

—¿No quiso venir a visitarme? —pregunté sintiendo que mi estómago caía un poco.

—No sabe que estoy aquí.

En otro momento me habría parecido suspicaz que Vadim hubiese venido a visitarme sin decirle nada a Marianne en lo que aparentaba ser un burdo intento por mantenernos separados, me habría herido saber que todavía pensaba tan mal de mí.

Sin embargo, admitiendo su culpa Vadim lucía avergonzado, cosa que no ocurría con mucha frecuencia, así que no era propio desaprovechar la situación.

—¿Ya te le estás escapando, amigo mío? ¿Diciendo mentirillas? ¿Decidiste convertirte en un chico malo y vienes por el curso rápido? —mientras negaba con la cabeza como un niño travieso a quien regañan, lo invité a entrar—. Malo, malo, señor Chekov.

—Estaba en Londres atendiendo unos negocios y como estábamos en el mismo continente decidí pasar a verte.

Vadim entró al departamento como si fuese el dueño del lugar, tomando posesión de todo el espacio solo con el simple hecho de estar parado allí.

—Di la verdad, Chekov, me extrañabas. Tu vida es muy aburrida sin mi presencia.

Me miró haciendo una mueca y se sentó en mi nuevo sillón.

—No hemos sabido nada de ti por meses. Ni una foto en Instagram, ningún tuit depresivo sobre lo triste que es la vida, ni siquiera un titular en el periódico —me miró muy serio—. Estaba preocupado.

—¿Me porto bien y te preocupas?

—Obviamente.

Negué con la cabeza nuevamente.

—He estado ocupado.

—¿Con quién? —me preguntó directamente, porque si de algo carecía Vadim Chekov era de sutileza.

—Trabajo —me encogí de hombros.

No quería contarle sobre Siena o Andrea. Explicar ahora que estaba entrenando a una niña para una audición sabía a poco, a una verdad a medias, y no encontraba las palabras para expresar por qué era más que eso, al menos no unas que Vadim pudiese entender. A Marianne seguramente le habría contado todo, ella me comprendía, tal vez incluso podría explicarme esos detalles que yo mismo no terminaba de entender; pero con Vadim el mundo era más pragmático, blanco y negro, sin esos matices que ahora llenaban mis noches.

—Debe de ser una cantidad enorme de trabajo. Según Marianne tienes meses que no hablas con ella por Skype y Mason...

—¿Ahora eres amigo de Mason? —pregunté sorprendido. Ni siquiera sabía que se conocían.

—Alex es un constante dolor en mi trasero y Mason siempre está con ella. No lo llamaría mi amigo porque nuestras áreas de interés están, definitivamente, en terrenos opuestos, pero coincidimos algunas veces en el mismo lugar.

—Y debe de haber bastante silencio cuando eso ocurre —dije refrenando la carcajada que me producía tan solo imaginar la escena: dos moles humanas serias, ceñudas y silentes en una habitación. Una con la cabeza rapada, un aro atravesándole los orificios nasales y el cuerpo lleno de tatuajes y la otra con un traje de tres piezas de Ermenegildo Zegna.

Definitivamente, los encuentros Vadim/Mason debían de ser algo digno de ser presenciado.

El recuerdo de mis amigos no me llenó de esa nostalgia que te atraviesa el pecho, esa que unos cuantos meses atrás me hacía querer tomar el primer avión disponible y regresar a Nueva York. Simplemente me alegraba saber que estaban bien.

—¿Qué es lo que realmente está pasando contigo, Sergei?

Abrí la boca para decir algo. Tal vez, dentro de todo su pragmatismo, Vadim podría entenderme. A fin de cuentas, mi serio mejor amigo era un hombre enamorado de una mujer completamente opuesta a él. No era que yo estuviese enamorado. No.

El amor, al menos como yo lo experimentaba, era una sensación avasallante que te consumía de adentro hacia fuera y que nada tenía que ver con mi estado actual de paz cotidiana. ¿Qué era todo esto?

—No es solo trabajo —admití. A fin de cuentas era Vadim. No había nada que ese hijo de puta no pudiese resolver—. Conocí a esta mujer...

—Sergei, tus vaqueros me quedan enormes —Gabrielle hizo su entrada en el salón interrumpiendo la confesión que me había tomado tanto tiempo comenzar a dar y los ojos de Vadim se agrandaron un poco.

Era comprensible. Gabrielle llevaba una de mis camisetas más viejas que alcanzaba a cubrir justo lo suficiente para que la escena fuera todo público. Sus largas piernas y sus pies descalzos estaban a la vista al igual que la silueta de lo que parecía ser un pedacito de ropa interior color ¿rojo?, ¿vino?, ¿fucsia?

Miró alternativamente entre Vadim y yo y luego, en vez de decir cualquier cosa y salir de escena a buscar algo con que cubrirse, solo sonrió de una forma algo pícara.

—¿Cada vez que me voltee me vas a cambiar por el primer rubio que se cruce por tu camino? —dijo Gabrielle con una sonrisa, lo que no evitó que ese sentimiento de culpa regresara con las dimensiones de un tsunami. Luego se volvió hacia Vadim—. ¡Hola!

—Hola —le respondió él de forma cauta, sin saber exactamente a dónde mirar.

—Soy Gabrielle.

Sin la menor evidencia de embarazo, como si estuviera vestida en ropa de esquiar, Gabrielle atravesó el salón y le extendió la mano a modo de saludo.

—Mi mejor amiga aquí en París —expliqué, porque Vadim había pasado muchos años sacando mujeres medio desnudas de mis sitios de residencia, por lo que podría malinterpretar las cosas y, además, no era mundialmente conocido por su amabilidad con extraños—. Me salvó cuando el tedio de una nueva ciudad se estaba volviendo insoportable.

Vadim, todo un caballero cuando le apetecía, se puso de pie antes de estrecharle la mano.

—Vadim Chekov —se presentó.

—Mi amigo, mi hermano, la persona que me ha cuidado la espalda durante toda mi vida —completé.

—¡Vaya que eres alto! —le dijo ella levantando la vista hasta poder encontrarse con su rostro—, y muy atractivo.

—¡Oye! —protesté—. Este ya tiene dueña.

—¿Y eso supone que me vuelva ciega? —Gabrielle puso los ojos en blanco—. Además no tienes por qué sentirte amenazado. Él es atractivo en una forma masculina y un poco mandona, tú eres simplemente hermoso. Como si él fuera la portada de GQ y tú la de Vogue.

Vadim tosió, como si quisiera recordarnos que seguía allí de pie y no

apreciaba en lo más mínimo que habláramos de él mientras lo ignorábamos, cosa que dejaba muy clara con su mirada seria.

Gabrielle miró a Vadim y le guiñó un ojo y no pude más que soltar una carcajada. Si había una mujer que no se sintiera intimidada ante la mirada de acero de Vadim Chekov era Gabrielle. Era bueno, aunque fuese por una vez, verlo extrañamente incómodo.

—¿Está listo el café? —preguntó Gabrielle comenzando a caminar hacia la cocina dándonos una visión de la parte posterior de su ropa interior.

—No tuve tiempo —respondí—. Vadim llegó de sorpresa.

—¿Y quién no ama las sorpresas? —dijo sin voltear, terminando de preparar la cafetera.

—Yo —dijo Vadim.

—Extrañamente no me sorprende —le respondió Gabrielle antes de preguntarle por encima del hombro—: ¿Al menos te gusta el café?

—Sí —dijo mientras volvía a sentarse.

—Apuesto a que te gusta negro y sin azúcar. Un café muy serio.

Tratando de contener la risa me senté en el otro sillón disponible porque esto se iba a poner muy divertido.

Vadim me miró como un serio director de colegio.

—¿Qué te trae a París, Vadim? —preguntó Gabrielle sin voltear, todavía abriendo gabinetes hasta que encontró el azúcar.

—Estaba en Londres y decidí pasar a ver a mi amigo.

—¿Qué espontáneo! Nunca lo hubiese imaginado de alguien a quien no le gustan las sorpresas —Gabrielle terminó de preparar la cafetera y se volvió completamente, recostándose en la encimera—. Entonces, mejor amigo de Sergei, cuéntame: ¿tienes algún tatuaje?

—No.

—¿Un *piercing*?

Vadim bufó.

—Tampoco.

—Pues deberías. Siempre es muy divertido ver a un hombre tan serio, de esos que visten de traje, quitarse la ropa y descubrir algo de rebeldía debajo, ya sea en forma de tinta o de metal. Me encantaría tenerte en mi silla. Esa espalda tuya sería un extraordinario lienzo de trabajo.

—¿Está consciente de que no lleva pantalones, señorita? —dijo Vadim, quien parecía estar perdiendo la paciencia.

—¿Eso te hace sentir incómodo?

—Sí.

—Para ser tan sexy eres muy mojigato —Gabrielle le sostuvo la mirada unos segundos y luego se encogió de hombros—, pero que no se diga que disfruto poniendo a las personas en situaciones incómodas.

—Lo dudo —masculló Vadim entre dientes.

Contoneando el trasero más de lo necesario, Gabrielle salió de la cocina en dirección a la habitación. Solo cuando la puerta se cerró tras ella Vadim me dedicó una mirada perpleja.

—¿Quién es esa mujer?

—Gabrielle Marie Fisher —dije sonriendo recordando la presentación que ella hacía de sí misma—. Artista del tatuaje, vagabunda y, con toda seguridad, una mujer que recordaré por el resto de mi vida.

—Es un poco... intensa. ¿Es ella la razón por la que no hemos sabido nada de ti en estos meses?

Y otra vez la incertidumbre, una extraña ola de vergüenza que no tenía por qué sentir. Sería todo tan sencillo si la respuesta fuese un simple sí.

—No exactamente.

—Si Gabrielle no es la causa, entonces la cuestión es más grave de lo que pensé. *Brethren*, necesitamos hablar.

—¿De qué?

—Acabo de recordar, Vadim, que tenemos otro amigo en común — Gabrielle emergió de mi habitación luciendo uno de mis vaqueros arremangados hasta la pantorrilla y un cinturón que no sabía que formaba parte de mis pertenencias atado a sus caderas. Normalmente hubiese parecido un atuendo algo improvisado, pero en ella parecía una creación a expreso de un diseñador vanguardista—: Bernard Duserre.

—¿Qué? —pregunté atónito—. ¿Bernard?

—Los asquerosamente ricos siempre se conocen entre ellos —Gabrielle me hizo un guiño—. Estás advertido.

—¿Cómo está Bernard estos días? —preguntó Vadim con la máscara del perfecto hombre de negocios en su lugar.

—Ocupado, siempre trabajando, cumpliendo con sus responsabilidades.

—De eso estoy seguro. Dale mis saludos cuando lo veas.

—Lo haré, muy pronto —Gabrielle se volvió a verme—. Odio irme así sin que pudiéramos hablar pero estaré cerca. Llama si me necesitas.

Me dio un beso en la mejilla y se volvió a ver a Vadim.

—Encantada de conocerte al fin.

—Igualmente. Siempre es reconfortante saber que Sergei tiene quién se preocupe por él aquí en París.

—Sergei es perfectamente capaz de cuidar de sí mismo, doy fe de ello.

Con una sonrisa que parecía forzada Gabrielle se fue.

—¿En serio? —le pregunté a Vadim confundido cuando estuvimos solos—. ¿Conoces a Bernard Duserre?

Me vi obligado a repetir el apellido para aclarar cualquier posible confusión.

—Es un viejo amigo.

—¿Amigo? ¿Desde cuándo tienes amigos?

—Tengo amigos.

—¿Por qué nunca escuché de ellos? ¿Por qué nunca mencionaste a Bernard?

—Estoy seguro de que debo de haberlo hecho.

—¿Dónde estaba este fabuloso amigo cuando te dio por andar de putas por todo Nueva York emborrachándote con whisky de malta?

Vadim sonrió como recordando algo y eso no hizo sino molestarte más. Estaba siendo infantil e irracional, lo sabía, pero no podía detenerme. Bernard no me gustaba y Vadim era mi mejor amigo, no podía reconciliar esas dos imágenes dentro de mi cabeza. Además, había algo más, algo que no podía identificar pero que lo sentía en la punta de la lengua.

—Al otro lado del teléfono, preguntándome por qué no lo invitaba y recordándome que nunca saliera sin un condón.

—¡Un amigo de primera!, manteniéndote en el buen camino.

—Al menos él no estaba viviendo con mi novia.

En lo que las palabras dejaron su boca, Vadim abrió los ojos como si no se hubiese percatado de lo que iba a decir y ahora, al escucharlo, se arrepintiera de la traición de su propio inconsciente.

Tal vez nunca superaríamos ese episodio, tal vez solo estábamos fingiendo que lo habíamos hecho.

—Bernard ha sido mi amigo por muchísimos años —prosiguió como si la frase anterior nunca hubiese existido—. Fue él quien buscó por todo el mundo la maldita pintura de Pollock para Marianne. Y cuando pasó lo que pasó en Londres y tú te fuiste a Rusia a encontrarte a ti mismo, fue a pescar conmigo durante semanas soportando mi horrible estado de ánimo.

—No sabía que te gustara pescar —dije todavía un poco avergonzado.

—Tengo un yate.

—Pensé que era para fiestas salvajes —Vadim comenzó a poner los ojos en

blanco—. También tienes un avión y nunca creeré que te da por avistar aves, a menos, claro, que a Bernard le guste.

—Suenas como Marianne cuando Eva va de compras a Nueva York.

—¿Y cómo es eso?

—Como una novia celosa. Cuando Marianne lo hace me vuelve loco, pero en tu caso es un poco raro.

—No estoy celoso —dije poniéndome a la defensiva—, simplemente no me gusta Bernard. Me recuerda a ti, algunas veces, pero en una versión un poco oscura. Hay algo en él...

—Sí, definitivamente hay algo en él y, aunque en el fondo es buena persona, debo admitir que me alegra que ustedes dos no se lleven bien. La posibilidad me ha tenido preocupado por algún tiempo. Una dupla Duserre/Petrov sería demasiado para el mundo.

—Todavía no entiendo cómo es tu amigo.

—Cuando Daniil murió... —Vadim se pasó la mano por la nuca, el único gesto que delataba que había cosas que no podía controlar, y eso le causaba impotencia—. No. Bernard no es de lo que tenemos que hablar.

—¿Y de qué se supone que tenemos que hablar?

—Debes ponerle un alto a toda esta tontería que tienes con la tal Siena Planchard.

Capítulo 21

Gabrielle

—¿Qué demonios hiciste?

Bernard levantó la vista del portátil que descansaba en la mesa de la exquisita glorieta del jardín de su casa. Ni un músculo de su cara se movió al verme atravesar la grama sin cuidarme de usar el pequeño caminito de piedras.

—Me temo que tendrás que ser más específica, o al menos darme un marco de tiempo de referencia.

—Vadim Chekov está en París —sonreí de forma nada inocente—. Por cierto, te manda saludos.

—¡Ese malagradecido! Está en la ciudad y ni siquiera llamó —Bernard frunció la boca—. ¿Dónde han quedado las buenas maneras? —negando con la cabeza señaló la bandeja que tenía frente a él—. ¿Café?

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿La cafetera? Me gusta tomar café mientras trabajo.

—Bernard...

—¿Quieres sentarte?

—¡Bernard!

—¿Dónde viste al señor Chekov?

—En la casa de Sergei.

—Debe de estar visitando a su nuevo mejor amigo entonces —se encogió de hombros con una mueca de completo y absoluto desdén—, parece obvio.

—¿Por qué?

—Es lo que uno hace con los amigos, los visita. Tú vienes aquí frecuentemente y yo, algunas veces, voy...

—No te hagas el tonto —lo interrumpí—. ¿Por qué Vadim Chekov está aquí, en París?

—¿Por qué no? Tiene un avión, es un hombre libre y con recursos, puede ir a donde quiera y París es una gran ciudad, todos quieren venir.

—Deja de jugar, Bernard.

Sonrió como el gato que se comió al ratón.

—Me gusta jugar.

—Dime la verdad. ¿Lo llamaste?

Bernard me miró a los ojos. Su rostro estaba ahora serio, desprovisto de cualquier subterfugio o intento de broma. Era impresionante la forma en que podía cambiar de máscara en cuestión de segundos. Mucho más rápido que cambiar de camisa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Vadim me pidió que cuidara a su nuevo mejor amigo, que lo mantuviera alejado de los problemas y que lo hiciera sin mencionar su nombre para que el pobre Sergei creyese que nadie se estaba inmiscuyendo en su vida, que lo estaba logrando «por su cuenta».

—Eso hemos estado haciendo, bueno yo lo he estado haciendo, porque si fuera por ti...

—Sergei Petrov es el tipo de hombre que encontraría problemas hasta en un monasterio —me interrumpió—. Mantuvimos controlados, gracias a tu rutina de santa, sus mayores vicios: la bebida y las fiestas. Sin embargo, olvidamos el último: las mujeres —Bernard hizo una mueca—. En nuestra defensa solo puedo decir que estando tú alrededor ni siquiera consideré la opción, pero aparentemente le dimos permiso a una oportunista profesional de colarse bajo nuestras mismas narices.

—No entiendo.

—¿Qué tanto sabes sobre Siena Planchard?

—Solo lo que Sergei me ha dicho —dije recelosa—. La he visto un par de veces, nunca he hablado con ella. ¿Por qué?

—Siéntate, Gabrielle.

Decidiendo perder la batalla de la silla pero ganar la guerra de la información, tomé asiento sin hacer de eso un mayor espectáculo.

—Ya estoy sentada.

—Estuve investigando los estados financieros de Siena Planchard, no por placer, obviamente, sino para cumplir mi parte de nuestro trato y poder solicitar la beca para su hija en la Escuela de la Ópera, y encontré unas cuentas de inversión bien resguardadas que han tenido depósitos importantes de terceros precisamente en los momentos más importantes de la vida de Siena.

—¿Y?

—Esa mujer no es pobre, no tiene que vivir como dices que vive y, aparentemente, a lo largo de su vida siempre aparece un hombre importante, no una persona cualquiera, un hombre que la «ayuda» —marcó las comillas con las manos— a subir un peldaño, a escapar de su difícil situación. En

principio no es nada ilícito, ni siquiera extraño, pero debido al interés de Petrov en la mujer y en su hija, interés que tú misma me hiciste ver, indagué un poco más. Encontré algunos detalles curiosos y se los comenté a Vadim —se encogió de hombros—. Era mi deber como amigo en vista de que me había encomendado el bienestar del pobre descarriado.

—Pensé que no eras muy afecto a los actos desinteresados.

—Si mi apreciado Vadim Chekov vino a París, si está con Sergei ahora —siguió evitando mi comentario—, es porque estos hechos también le parecieron peculiares, lo suficiente para que valga la pena admitirle a su querido hermanito postizo que le ha estado vigilando la vida.

Bernard sonrió de forma complacida y todo el ambiente campestre y relajado que lo rodeaba, los pajaritos cantando, el cielo sin nubes, era un maldito contraste que solo acentuaba el matiz perverso que se veía en el fondo de sus ojos oscuros. Estaba disfrutando esto.

Lo peor era que yo le había facilitado las herramientas dándole nombres y datos. Debí saber que había accedido demasiado rápido y sin muchas objeciones. Debí saber que algo tramaba.

—Algunas veces se me olvida que puedes ser malvado.

—Gracias.

—No fue un cumplido.

—No te entiendo. ¡Pensé que estarías feliz! —suspiró exasperado—. Te importa Petrov, no querrías verlo en manos de una mujer fría y calculadora que lo utilice y tener un cargo de consciencia porque fuiste tú quien lo empujó en esa dirección.

—No me creo tus buenas intenciones porque sé que no las tienes. Has dejado claro en varias oportunidades que no te agrada Sergei y hoy no tengo ganas de psicoanalizarte para tratar de entender qué persigues con todo esto. Así que dime, ¿qué es eso tan terrible que descubriste de Siena Planchard, eso que justifica la llamada al ruso con cara de matón para que venga a intervenir en la vida de un hombre que por primera vez en mucho tiempo está feliz?

—Creo que eres la única mujer en el mundo que no siente sus ovarios contraerse en presencia de Vadim Chekov —se rio por lo bajo.

—No es mi tipo.

—Pensé que te gustaban los hombres de carrera, educados, de buena familia, serios y estudiosos, que usan traje y son rubios. Vadim no es médico, claro, pero tiene una relación seria, eso es un incentivo...

—Estás a treinta segundos de que te declare *persona non grata* en mi vida, lo

digo en serio —estaba controlando por los pelos el deseo de lanzarle la cafetera a la cabeza—, así que deja de fastidiarme y dime cuál es el problema con Siena, si es que de verdad hay uno.

—Siena Planchard entró al conservatorio de París sin audición ni ningún tipo de prueba, es más, le fue otorgada una beca completa, no por parte de alguna fundación, como normalmente ocurre, sino por el mismo conservatorio, cosa que es muy difícil.

—No veo nada sórdido en ello.

—No, a menos, claro, que seas una pianista mediocre y desconocida. ¡Se graduó por los pelos! —al ver que no compartía nada de su emoción, prosiguió—. Como era tan raro, seguí indagando y me crucé con un nombre inesperado: Zsolt Nagy.

Levantó las cejas y mentalmente conté hasta cinco.

—¿Quién es Zsolt Nagy? —pregunté en lo que terminé el conteo, con toda la paciencia que era capaz de reunir.

—Un hombre muy famoso en el mundo de la música, prácticamente una leyenda. Si quieres que un pianista triunfe vas adonde Zsolt Nagy y le ruegas que lo entrene. Solo toma un estudiante por año, el mejor de los cientos que tocan a su puerta, y lo convierte en estrella. Él escribió la carta de recomendación de Siena y solicitó, por usar un término decente, la beca.

—Ya veo —dije muy seria—. Un famoso profesor de piano escribiendo una carta de recomendación para una pianista es sin duda alguna un hecho sin precedentes. No entiendo cómo no fue un escándalo en su momento. Hollywood debería hacer una película.

—Ahórrame tu cinismo, Gabrielle —Bernard apretó la boca—. La cuestión es que no hay ningún registro de que Zsolt Nagy haya sido maestro de Siena, que aunque fuera la conociera.

—Tal vez le estaba haciendo un favor a alguien.

—Zsolt Nagy no hace favores ni tampoco los pide. Piensa que su nombre y su reputación son suficientes y nunca los pondría en entredicho recomendando a alguien que no fuera un prodigio. La única conexión que tiene con Siena es ese verano...

—¿Cuál verano? —pregunté cansada.

Obviamente, Bernard quería hacer de esto todo un espectáculo, dándome la historia a cuentagotas por el solo gusto de crear tensión y no le iba a dar la satisfacción de caer en su juego.

—Nagy estuvo brevemente en París un verano, el mismo verano en que la

adolescente Siena dejó Biot y vino a la ciudad a un seminario de piano, el mismo verano que, si mis cálculos no fallan, su hija fue concebida.

—Eso es coincidencia. No estarás pensando que Siena y ese profesor...

—Y me imagino que también es coincidencia que Siena Planchard haya recibido de Nagy, además de la recomendación, una importante suma de dinero unos meses después de ese verano y otra cantidad similar cuando cumplió dieciocho años.

Abrí la boca para decir algo, pero necesitaba tiempo para procesar la información.

—Aún hay más —dijo Bernard sonriendo—, pero seguramente también debe de ser casualidad. Una vez que desplumó a Nagy, el único amigo que la tímida Siena se dignó a hacer en el conservatorio no fue cualquier músico pobre y bohemio, fue el problemático y muy rico Claude Desmond. Estuvieron juntos por años jugando a la casita, y eso que a Claude, a quien conocí personalmente por cierto, no le gustaban las mujeres, ni la vida doméstica y apacible. Claude era el más descontrolado niño rico que he conocido y viniendo de mí eso es bastante.

—No es un crimen tener un amigo gay, tampoco uno rico y descontrolado —moví la mano en su dirección—. A las pruebas me remito.

—No, no es un crimen, pero es curioso. Claude murió en Turquía, en lo que fue calificado como un accidente después de que muchos favores fueran cobrados para evitar que la verdad saliera a la luz. Le dejó a Siena otra importante suma de dinero en un fideicomiso destinado a pagar la colegiatura de la niña sin padre en uno de los institutos privados más exclusivos de París. También es curioso que el padre de Claude, un empresario del mundo de las artes, le pagó a la Planchard una buena cantidad después de la muerte de Claude y le consiguió ese trabajo en la Ópera sin siquiera tener que aplicar cuando hay una lista de pianistas más calificados que ella que ruegan por esa posición. No hace falta dejar volar la imaginación para entender que fue para que mantuviera la boca cerrada en relación con las peculiaridades de su hijo.

—Bernard, esos son solo hechos puestos unos detrás de otros que pueden significar cualquier cosa dependiendo de la entonación que se les dé.

—Sí, eso te lo concedo. Uno solo no significaría nada, pero todos juntos son «curiosos» —hizo nuevamente las comillas con las manos—, con un tufillo a extorsión.

—¡Por favor!

—Pregúntate algo, Gabrielle: ¿por qué Siena Planchard pretende ser pobre y

necesitada?, ¿por qué miente?

—Seguramente hay una explicación perfectamente razonable.

—Tal vez, pero no vas a negar que, cuando menos, Siena Planchard es una mujer con muy buena suerte, con un extraño magnetismo que hace que todos los hombres ricos e influyentes a su alrededor la doten con dinero y oportunidades, incluyendo Sergei Petrov —bufó y negó con la cabeza—. Imagino que también crees que es producto de la casualidad que ahora que Siena necesita que su hija entre a la Escuela de la Ópera, con una beca completa para más detalles, repitiendo su misma historia, el solitario y problemático Sergei Petrov, el bailarín al que todos quieren complacer, se convierta en su vecino.

—Tal vez —dije por pura terquedad.

Era raro, sí, pero tampoco era un escándalo de grandes proporciones.

—Pues no. Fue Siena quien avisó a la gerencia de que un departamento en su edificio estaba por desocuparse, fue ella quien hizo que Petrov se mudara allí, bien cerca. Es una especie de patrón, de *modus operandi*, que esta mujer siempre sigue —se rio por lo bajo—. Debe de ser muy buena en lo que hace para lograr que Sergei Petrov se haya vuelto tan dedicado; sé muy bien que no lo logró con Claude. Una vez te pregunté y nunca me contestaste: ¿es bonita?

—Bernard...

—Solo digo —se encogió de hombros—. Me gusta ser generoso con las mujeres. Si es bonita y puede seguir mi ritmo tal vez pueda convertirme en uno de sus benefactores. Una madre soltera y una hija no le vendrían mal a mi imagen.

—Algunas veces me pregunto por qué somos amigos.

—Porque me quieres.

—Pero el cariño no es ilimitado, tampoco un cheque en blanco. Llamaste a Vadim Chekov a París para que le lanzara todo este cuento, esta ristra de suposiciones, a Sergei en la cara. ¿Por qué?

—Era mi deber.

—No. Lo que estás haciendo no tiene lógica. Pudiste haber acudido a mí como tantas otras veces, hablar directamente con Sergei. Hay algo personal en todo esto y lo voy a descubrir, luego —me puse de pie—. Ahora voy a tratar de enderezar este culebrón que montaste.

Le di la espalda y me fui.

Tiempo de sacar, otra vez, la capa y el antifaz.

Capítulo 22

Sergei

—¿Me escuchaste?

Sí había registrado las palabras de Vadim. En un principio con atención, luego se volvieron un murmullo lejano y amortiguado, y ahora, cuando su significado se asentaba, una furia lenta e implacable se iba apoderando de mí.

¿Cómo se atrevía el muy descarado?

—¿Sergei?

—No entiendo exactamente qué es lo que quieres —dije tratando de contener mi indignación.

—Ya te lo dije —me miró como si yo fuese lento de entendimiento—. Tienes que mantenerte alejado de Siena Planchard y de su hija hasta que tengamos más información.

—¿Tengamos?

—Sí, tú y yo. Voy a investigar un poco más en su pasado, voy a emplear...

—No hay nosotros en este asunto —lo interrumpí y me miró como si no me comprendiera, lo que no hizo sino incrementar más mi furia—. No te quiero hurgando en la vida de Siena y Andrea. Déjalas tranquilas. No son tu problema.

—Sergei, entiende que —suspiró como un padre frustrado que está haciendo su mejor esfuerzo por no perder la paciencia con su hijo rebelde— siempre es necesario saber de quiénes estamos rodeados, conocer sus intenciones.

—¿Y eso te ha servido de mucho en el pasado? ¿Hablamos del mismo tipo de información que buscaste sobre Marianne cuando fue a Londres? ¿Piensas robar también el portátil de Siena para escudriñar en su disco duro?

—Yo no robé el portátil de Marianne. Era mío.

—Dime una cosa, Vadim —lo interrumpí nuevamente porque esos pequeños detalles logísticos no cambiaban nada—. ¿De qué sirvió toda esa investigación sobre Marianne? —no le di tiempo a responderme—. Casi arruinaste las cosas con el amor de tu vida por esa maldita manía de querer ser un puto agente de la KGB. Tu paranoia te ha hecho más mal que bien. Entiende de una vez que las relaciones entre las personas no son un negocio en el que es necesario averiguar antecedentes y calcular riesgos.

—¿Por qué actúas de esta manera?

—¿Por qué sigues metiéndote en mi vida?

—¡Porque soy tu amigo! ¡Porque no quiero que la gente te joda!

—¿En serio? —me reí—. Eso no te incluye, ¿verdad? Te recuerdo que tuve un momento de debilidad con Marianne y en lo que te enteraste importó poco la amistad, los años juntos, y fuiste tú quien intentó joderme, sin pedir explicaciones, sin intentar ni una de tus famosas investigaciones. No, simplemente me botaste a la calle, dejaste mis pertenencias en un basurero, casi hiciste que perdiera mi trabajo y, a pesar de todo eso, nunca me quejé. Pagué el precio y como penitencia por mi terrible traición me exilié en París lejos de mis amigos, solo. ¿Qué más quieres de mí?

—*Brethren*, olvidemos eso...

—¿Puedes tú olvidarlo, Vadim? ¿Me permitirás olvidarlo en algún momento?

—¡Estoy tratando de hacerte un favor! —gritó.

Debía reconocer que, normalmente, Vadim Chekov perdiendo los estribos era una visión aterradora, pero ya no más. La perspectiva sobre una persona puede cambiar cuando la has visto en su punto más bajo, con resaca y sin bañar, autodestruyéndose por amor.

Vadim Chekov seguía siendo mi amigo más querido, pero ya no era ese dios perfecto y sin fallas. Además, no iba a permitir que intentara dañar a Siena o Andrea.

—Todo lo que dices es absurdo —dije con una sonrisa despreocupada—. Si Siena es una extorsionadora de hombres ricos, estoy a salvo. ¿Tienes idea de lo que gana un bailarín? En este punto, con la información que me has entregado como soporte, todo parece indicar que soy el más beneficiado, pues ella tiene más dinero que yo. ¿No deberías investigarme a mí?

—Algunas veces el dinero no lo es todo.

—Lo dice Crespo.

—Algunas veces —continuó—, son más importantes las conexiones, el acceso que una persona nos puede brindar.

—Vete, Vadim, vete —dije hastiado—. No voy a permitir que destruyas la vida que me forzaste a construir aquí. Te lo agradezco, en serio. Dejar Nueva York fue lo mejor que me pudo pasar. Ahora tengo un buen trabajo, nuevos amigos. Por primera vez estoy en paz. Si de verdad te preocupas por mí, no lo arruines.

—¿Amigos? —bufó—. ¿Quiénes son tus amigos? ¿Una mujer de dudosas intenciones? ¿Su hija de quince años de la que nadie sabe quién es el padre?

—Para —dije haciendo mi mejor esfuerzo para no tomar a Vadim de su costosísima camisa y estamparlo contra la pared, o tal vez, incluso, tratar de dejarle un buen moretón en su perfecta quijada aunque, con seguridad, mis nudillos serían los más dañados tras su encuentro con esa perfecta estructura ósea—. Ellas están fuera de esto.

—¿O acaso te refieres a Gabrielle? ¿Una de las empleadas de Bernard? ¿Crees que se convirtió en tu amiga por pura casualidad? —me miró afilando la vista—. Déjame decirte que yo le pedí a Duserre que te cuidara, que estuviese pendiente de ti, porque no tienes un buen record en eso de cuidar de ti mismo. Obviamente, todo parece indicar que envió a su chica de alquiler a hacer el trabajo y fueron ellos los que me llamaron, fueron ellos los que me avisaron de que estabas en peligro.

El aire abandonó mis pulmones.

Llevaba rato restándole importancia a todo lo que Vadim decía, pero luchar contra la tormenta que te golpea cada vez que intentas avanzar se convertía cada minuto en una labor más difícil. La verdad era que mi mundo, mi perfecto universo parisino, se estaba derrumbando bajo mis pies como un castillo de arena y la ola que lo socavaba no era otro que mi mejor amigo.

Tal vez merecía todo esto. Tal vez era solo justicia divina. Sin embargo, eso no evitaba que quisiese golpear la ola que hundía mi isla de felicidad.

Pero ese que cargaba contra el mundo a golpes, queriéndole hacer pagar al Universo el precio de sus propias frustraciones, ya no era yo. En algún momento había quedado atrás, enterrado en alguna parte, un recuerdo.

Cerré los ojos y me tomé treinta segundos para respirar.

—Eres un hombre serio, Vadim. Uno que controla millones cada día —dije lo más calmado posible, defendiendo mi bastión de felicidad hasta el final—. ¿Cómo puedes caer en este juego? Parece más apropiado de señoras que se sientan en la puerta de su casa inventando historias de los vecinos.

—Me preocupo por ti —dijo con expresión un poco desolada.

—Ya te lo dije una vez —la quemazón seguía dentro pero por alguna extraña razón se había vuelto más fácil de manejar. El rostro desesperado de Vadim ayudaba—: No eres mi hermano mayor, ni mi padre, ni tampoco mi maldito ángel guardián. Te quiero como amigo y te estoy agradecido por todos esos años en los que impediste que tirara mi vida a la basura, pero tus servicios como nana ya no son necesarios. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo y lo que haga o deje de hacer con Siena es mi asunto, mi responsabilidad. No te metas.

—No entiendo —me miró frunciendo el ceño, como si yo fuese un artefacto del todo desconocido que no supiera cómo operar—. Ella, Siena, no es tu tipo.

—¿Y una periodista encantadoramente loca, que no se calla nunca, que no tiene una sola prenda de vestir de diseñador, con un terror reverencial por el compromiso, es el tuyo?

—Es mayor que tú —me dijo todavía absorto—, tiene una hija, es corriente...

—Siena no es corriente —protesté sin pensarlo—. Es hermosa y constante, como esos amaneceres diarios que nunca ves porque estás demasiado ocupado tratando de vivir y que un día cualquiera te sorprenden y te hacen preguntarte por qué no te detuviste un segundo y miraste por la ventana. Incluso lamentas haber sido tan estúpido y ciego buscando algo que ni siquiera sabías qué era y que estaba allí simplemente existiendo —respiré porque ese reconocimiento que habían despertado las palabras de Vadim creció hasta convertirse en una presencia viva en mi interior—. Siena es una extraña luz brillante que no te encandila sino que te da paz. Es valiente, segura, tranquila y su belleza es como la de esas cosas que necesitamos para vivir pero que no apreciamos lo suficiente, como el latido de nuestro corazón o la capacidad inconsciente de respirar.

Vadim suspiró, hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Esa mujer va a romperte el corazón.

Me encogí de hombros. Por alguna extraña razón la idea no parecía tan aterradora. Siena podía romper todo lo que quisiera, simplemente porque para que eso sucediera necesitaba tocarme de alguna forma.

—Ya era hora de que alguien lo hiciera. Llámalo justicia universal.

Capítulo 23

Gabrielle

Salí del metro a la carrera tratando de hacer control de daños lo más rápido posible y, en lo que alcancé la esquina de la calle donde vivía Sergei, vi al odioso ruso salir del edificio y abordar un vehículo que lo esperaba. Traté de adivinar en su expresión algo de lo que había ocurrido, pero ese sujeto tenía el rostro más inamovible que hubiese visto en mi vida.

Me sentía como el monje de Romeo y Julieta, llegando tarde para evitar la tragedia, porque no podía negar que esto era todo un drama de proporciones shakesperianas, digno de ser representado en un teatro pero demasiado truculento para la vida real. Desgraciadamente, las historias que interpretaba Sergei en el escenario, esas en las que encarnaba al príncipe engañado, se parecían mucho a esta realidad paralela, por lo que era posible que estuviese más predispuesto que yo a creer en ella.

Esperé a que Vadim desapareciera en el interior de un coche negro, que iba perfectamente bien con su aspecto de tipo duro, y entré al edificio. Subí las escaleras de dos en dos, pero me tomé unos cuantos segundos de espera frente a la puerta antes de llamar tratando de adivinar qué encontraría dentro. Sin embargo, tras un momento llegué a la conclusión de que mis dotes de adivina nunca se habían manifestado con anterioridad, por lo que no valía la pena seguir esperando por ellos; así que llamé. Sergei abrió la puerta y me miró con fastidio.

—Ah, eres tú —dijo y volvió a entrar dejando la puerta abierta.

Lo seguí porque no era momento de dejarme amilanar por tan frío recibimiento. La puerta estaba abierta a fin de cuentas y esa era la mejor invitación que podía recibir.

La casa parecía en orden. Busqué con la mirada alguna botella de alcohol a la que se estuviese dando uso, pero no encontré nada. Tal vez Vadim no le hubiera dicho las locas suposiciones de Bernard, tal vez era un tipo sensato que no creía en cuentos de camino y solo vino a echar una ojeada. Tal vez sí le había hablado de esa teoría loca, pero a Sergei no le importaba. «O tal vez le importa demasiado», susurró una voz en mi mente.

—Dime una cosa, Gabrielle —dijo Sergei dejándose caer en el sofá—.

Cuando nos conocimos y a pesar de todas las tácticas que empleé, ¿la razón por la que no te acostaste conmigo fue porque Vadim no te pagó lo suficiente? ¿O acaso tus cheques los firma Bernard?

«Diez. Nueve. Ocho...».

Comencé a contar mentalmente porque no iba a cumplir mi propósito si le rompía la nariz de un rechazo. Una vez que llegué a cero, respiré y hablé lo más calmada que pude.

—Cuando nos conocimos querías sexo, sí, y no te culpo porque soy fabulosa —subí las cejas un par de veces—, pero sexo con una extraña no era lo que merecías, no era lo que realmente necesitabas.

Una sonrisa desdeñosa se hizo presente en su boca.

—¡Claro! Se me olvidaba que tu razón de vida es ayudar a quien lo necesita —dijo con burla—. Soy tu patética obra de caridad.

—Eres mi amigo —dije avanzando lentamente.

—Solo porque alguien te lo pidió.

—Dime una cosa, Sergei —me senté a su lado en el sofá—. Además del ruso cara de palo, ¿tienes otros amigos?

Me miró suspicaz.

—Marianne —dijo con cautela.

—¿Cómo la conociste?

—En un bar en Londres —sonrió de forma leve, involuntaria, obviamente recordando algo agradable—. La llevé a mi casa y en vez de convertirse en una de tantas mujeres con las que me acostaba, se transformó en una constante en mi vida.

—¿Algún otro amigo?

La mirada suspicaz regresó.

—Mason. Él es el novio de la mejor amiga de Marianne —explicó todavía receloso—. Tuve una época difícil en Nueva York y él siempre me acompañó. Creó que Marianne y Alex se lo pidieron.

Sonreí.

—No es lo mismo —protestó negando con la cabeza.

—Claro que no —concedí solo por darle el gusto—, pero la cuestión aquí es que no importan las circunstancias en las que conozcas a una persona, si estudiaron juntos desde el jardín de infancia o se tropezaron un día en una cafetería. Lo importante es lo que construyan a partir de ese momento. Yo soy tu amiga, sin importar el papel que Bernard o Vadim jugaron para ponernos a los dos en el mismo lugar.

Suspiró y se derrumbó nuevamente en el sofá. Toda su belicosidad lo abandonó de golpe. Derrotado.

—¿Crees que es verdad lo que dicen de Siena?

¡Rayos! Aparentemente, Vadim había hecho el reporte completo. Quién sabía si hasta lo había adornado un poco.

—No la conozco lo suficiente, pero sí conozco a Bernard, por lo que asumo que al menos los hechos son reales, respaldados además por un montón de evidencia —Sergei se desinfló, si eso era posible, todavía un poco más—. Pero, de acuerdo con mi experiencia siempre hay algún truco con los hechos: pueden ser completamente reales, pero tienen un significado distinto de acuerdo con cómo son presentados.

—Una de mis mejores amigas es periodista —me vio por el rabillo del ojo—. Creo que tendría alguna cosa, o dos, que decir sobre tu apreciación poco ortodoxa sobre los hechos.

Y a pesar de su declaración un poco derrotada, algo parecido a la esperanza se había despertado en su interior. Casi podía verlo.

—Cuando llegué a Ámsterdam —dije tratando de ponerlo nuevamente en el camino de la esperanza—, sin dinero ni idea de lo que haría a continuación, un hombre llamado Davy me rescató y me enseñó un oficio. Un par de años después, Bernard llegó a mi vida, me trajo a París y me dio mi negocio. Puestos los hechos así y analizados por una mente muy sucia podría parecer que utilicé a esos hombres para que me dieran algo que necesitaba cuando en realidad son mis amigos y hacemos cosas el uno por el otro sin que nadie lleve la cuenta. Tal vez es lo mismo con Siena.

—Yo no creo que todo eso que dicen de Siena sea verdad —dijo incorporándose un poco en la silla—, es demasiado novelesco; pero, lo crea o no, es lo de menos. La duda está ahí. No sé si podré mirarla y no imaginar miles de cosas, si podré hacer algo por ella sin preguntarme si estoy siendo manipulado. ¿Por qué nunca dice nada sobre el padre de Andrea? ¿Por qué no habla de su pasado?

—Cuando iba a la escuela, mi padre solía decirme que si tenía alguna duda, que si había algo que no entendía, lo más sensato era preguntar —me encogí de hombros—. Las respuestas están en el piso de abajo, Sergei. Búscalas si tanto te interesan.

—He arruinado tantas cosas en mi vida que el Universo me está devolviendo lo que he dado. No sé si en este punto puedo o quiero buscar esas respuestas. Tal vez me da miedo lo que puedo encontrar.

—Sin ningún tipo de pudor o remordimiento, me acabas de acusar de acostarme con hombres por dinero y te aseguro que soy más aterradora que Siena —le guiñé un ojo—. Puedes hacerlo.

—No tienes idea de lo que hablas —dijo con una de esas sonrisas que hablaban de recuerdos placenteros, de verdaderos sentimientos—. Cuando está de malas, Siena puede ser más aterradora que la niñita de *El exorcista* y, para colmo, ninguna de mis tácticas usuales funciona con ella. Tal vez sea mejor dejar todo así. A fin de cuentas, no importa.

—¿No importa porque no crees ni una palabra de lo que te contaron o no importa porque, como de costumbre, vas a salir huyendo cuando las cosas se ponen difíciles? No seas perezoso, Sergei, no seas cobarde.

—Yo no... —protestó, pero se le acabó la gasolina a mitad del camino y solo le quedó energía para frotarse los ojos—. No entiendo qué pasa, no entiendo qué me pasa.

Sonreí indulgente preguntándome por qué los hombres eran tan ciegos. En vez de una costilla como que lo que les quitaron al momento de la creación fue la córnea. Era tiempo de convertirme en cirujana y remover la catarata. Mi padre estaría tan orgulloso...

—Tu amigo metiche también dijo cosas sobre mí y aquí estamos. Nada ha cambiado. ¿Por qué tiene que ser diferente con Siena?

—¡Yo estaba en paz! —se puso de pie de forma abrupta—. Estaba feliz y todas estas historias están arruinando mi *chi* —se tocó el esternón.

Me puse de pie lentamente, tomé esa mano que estaba un poco más arriba del estómago y la subí hasta el lado izquierdo de su pecho.

—¿Tu *chi*?

Miró mi mano sobre la suya por un segundo y sus ojos se agrandaron.

—¿Sabes cuál es la peor parte? —dijo en un tono alto, desesperado—: Andrea. Le prometí a Siena que no la decepcionaría y ahora, después de todo esto, no sé si habrá una audición. Está tan ilusionada...

—No es tu culpa.

—Pero es mi responsabilidad —se apartó—. Quiero que ambas sean mi responsabilidad, quiero tener alas grandes y esconderlas debajo para que estén seguras y calentitas —se pasó las manos por el rostro—. ¿Escuchaste lo que dije? ¿Qué me pasa? ¡Soy un idiota!

—Un poco cursi, tal vez, pero comparado con tu amigote y con el mío vas muy atrás en la carrera de la imbecilidad y, como yo siempre ayudo a quien va de último, deja ese asunto de la audición en mis manos.

—¿Estás segura? —preguntó un poquito esperanzado y con el azul de sus ojos recobrando un poco de la chispa ausente segundos atrás.

—Lidiar con niños ricos que le arruinan la vida a los demás es mi especialidad, tengo años arreglando mis propios desastres.

—Vadim y Bernard no son niños.

—Todos los hombres lo son en mayor o menor medida —hice una mueca despectiva—. Pero debo advertirte: si Siena de verdad tiene a su disposición todo ese dinero no hay forma de que se consiga la beca para Andrea. Sin embargo, la audición no tiene por qué suspenderse. Déjame a mí, a menos, claro, que tras tu conversación con Siena me llames y me digas que cancele todo el asunto porque es una pérfida viuda negra.

—No —y negó con la cabeza como para reafirmar su mensaje—, pase lo que pase con Siena la audición no debe suspenderse. Andrea es una bailarina talentosa que merece una oportunidad, eso no va a cambiar. Quiero que alcance sus sueños, quiero que esté feliz haciendo lo que ama.

—Muy bien —dije y me enderecé. Lista para la misión—. Debo ponerme a trabajar entonces.

Le di un beso en la mejilla y caminé hacia la puerta.

—Gabrielle —la llamada de Sergei me detuvo—. De verdad eres mi hada madrina.

—Baja la escalera, mi príncipe, y rompe tu maldición.

Capítulo 24

Sergei

Bajar la escalera requirió un esfuerzo titánico. Ni pensar que hacía apenas unas cuantas horas corrí por esos escalones con la avidez de un necesitado. Ahora mis pasos eran los de un condenado hacia el cadalso.

Después de mi conversación con Gabrielle comprendí que el problema no era lo que dijeran de Siena. Lo que hubiese hecho con su vida en el pasado no me importaba. Yo no tenía, precisamente, un record impoluto.

Lo que hacía que cada escalón descendido fuese tan difícil era el temor de que las cosas cambiaran irrevocablemente en un sentido o en otro. Los grandes cambios nunca habían sido lo mío.

Me sentí nuevamente como aquel niño de trece años que enviaron solo a Londres: temía moverme y hacer algo mal, arruinar lo que tenía y, aun así, sabía que debía continuar para poder abrazar ese futuro que necesitaba, pues las cosas en su estado actual, por alguna razón, se sentían insuficientes.

Siena abrió la puerta y todas las dudas y los temores desaparecieron como por arte de magia. Ella tenía ese extraño efecto en mí. Su rostro se iluminó al verme por un pequeño espacio de tiempo y eso fue suficiente.

No era algo nuevo. Las primeras veces que esos cambios en su expresión ocurrieron fueron tan breves que no estaba seguro de que el gesto hubiese existido realmente o si era una invención de mi mente confundida, pero me había vuelto un observador de sus expresiones tan experto que ya podía darme cuenta de cuándo esos pequeños cambios se presentaban. Incluso si no los estaba buscando, un temblor casi imperceptible dentro de mí me notificaba su aparición.

Lo que ahora sí era más que evidente era que esos pequeños gestos no eran sustituidos por una mueca de disgusto, como cuando nos conocimos. No, ahora cuando desaparecía esa pequeña emoción era suplantada por algo muy parecido a la calma que ella me generaba.

—No sabía que vendrías hoy —me dijo y no sonaba contrariada—. Andrea está en casa de una de sus amigas del instituto.

—Bien —dijo sin moverme del umbral—. Quería verte a ti.

Esa pequeña expresión sin nombre afloró por unos segundos y luego quedó

solo un poquito de curiosidad.

—¿No vas a entrar?

—Sí, claro.

Finalmente entré sintiendo que estaba dando el primer paso del resto de mi vida y cuando cerré la puerta supe que nunca volvería a ser el mismo. Obviamente estaba en un estado de ánimo bastante ominoso.

—¿Qué pasa? —me preguntó preocupada. Obviamente mi rostro no hablaba de buenas noticias.

¿Por dónde comenzar? ¡Ni siquiera sabía lo que me pasaba a mí, por todos los cielos! Esa necesidad, esa urgencia, no formaba parte de mi comportamiento habitual, a menos que hubiese una botella o una fiesta involucrada.

«Limítate a los hechos», me dije, porque esos eran más fáciles de explicar que esa otra cosa que estaba allí casi al alcance de mi mano pero que no conseguía asir para examinarla y darle un nombre en voz alta.

—Van a negarle la beca —dije finalmente.

—¿Por qué? —preguntó un poco indignada—. Ni siquiera la han visto bailar...

—No se trata de Andrea. Hicieron un estudio de tus estados financieros — me miró confundida—, y encontraron unas cuentas de inversión.

Siena abrió los ojos y creo que dejó de respirar. Dio unos cuantos pasos hacia atrás hasta que sus piernas chocaron con un sillón cercano en el que se dejó caer.

—Andrea no puede saberlo —escondió la cara entre sus manos—. No debe saberlo.

No lo negaba, pero esa respuesta que vine a buscar no fue lo que me rompió algo en el medio del pecho, lo hizo la visión de esa mujer tan fuerte, tan decidida, doblada sobre sí misma escondiendo el rostro.

—Siena —sin darme cuenta, sin pensarlo siquiera, estaba arrodillado frente a ella—. Háblame.

—Vete.

—No.

Levantó la vista y en su rostro no había vergüenza o desesperación, ni siquiera rabia. Parecía una niña asustada tras despertar de una horrible pesadilla en el medio de la noche, pero que intenta a pesar de todo ser valiente.

—Déjame sola. Quiero estar sola.

—Y yo quiero ayudarte.

—No necesito tu ayuda. Ya has hecho suficiente.

Sus palabras me golpearon fuerte. Por ningún motivo quería ser el responsable de esa expresión en su rostro.

—Siena, por favor —no recordaba la última vez que mi voz sonó como una súplica desesperada—. Me hablaron del dinero, del fideicomiso que paga la colegiatura de Andrea en el instituto, mencionaron a un maestro de piano, tu recomendación para el conservatorio y a otro tipo llamado Claude. Dicen que en tu vida siempre aparece un hombre importante que te ayuda y yo...

—¿Tú qué? —me interrumpió indignada—. ¿Quieres ser el próximo hombre importante que me ayude?

Me empujó y se levantó.

—No —le respondí poniéndome de pie, molesto—. No quiero ser el próximo porque eso habla de temporalidad, de plazos que se terminan.

—Por el amor de Dios —negó con la cabeza—. Vete de una vez.

—Quiero ser el último, el único.

En lo que escuché mis propias palabras, dichas sin pensar, fue que entendí su significado y, sorpresivamente, no se sintieron como un error ni como el fruto de un arrebató del cual me arrepentiría como de otros tantos que habían tenido lugar en mi vida. Simplemente estaba bien. Era exactamente lo que sentía. Las implicaciones y el significado posterior podían irse a la mierda.

A pesar de ello, Siena no estaba dentro de mi cabeza para entender, así que solo me miraba con los ojos muy abiertos y con la boca haciendo una pequeña letra o, como si hubiese quedado congelada cuando trataba de tomar una bocanada de aire.

—Pero debo advertirte —dije con una sonrisa, tratando de disminuir lo que había dicho; no por mí, yo estaba seguro, sino por ella, que parecía a punto de sufrir un colapso nervioso—. No soy un hombre importante, solo soy yo y sabemos el desastre que eso puede representar.

Me encogí de hombros porque, de cierta forma, las palabras tocaban una vieja herida que ni siquiera sabía que estaba allí. El «gran Sergei Petrov» era en realidad poca cosa, siempre se había sentido poca cosa.

—Los hombres importantes, como tú los llamas —me dijo—, lo único que han hecho es joderme la vida y si Andrea se entera va a odiarme.

—Siena, me estás asustando.

—No tienes por qué. Es mi carga, no la tuya.

—Pero yo quiero compartir el peso contigo —dije dando dos pasos al frente. Al diablo con eso de empequeñecer cualquier cosa que fuera eso que

sentía. Esa mujer maravillosa estaba derrumbándose frente a mí y no podía permitir que eso pasara—. Cargarlo todo si es posible. Me dijiste que confiabas en mí. Pruébalo. Háblame.

Cerró los ojos y suspiró. Luego, cuando los abrió, se veía tan cansada como quien está a punto de sucumbir de agotamiento. Miró a su alrededor y tras unos segundos de duda se sentó en el sofá.

—Me quedé embarazada cuando tenía catorce años. No quince ni dieciséis, catorce. Más joven de lo que es Andrea ahora —miró un poco hacia la izquierda, pero era como si estuviera viendo recuerdos de hacía mucho tiempo—, pero la historia no comienza allí, no realmente. Nací y me crié en Biot, cerca de Cannes y Niza. Mi padre tiene allí una tienda de antigüedades y mi madre, mi madre siempre ha sido una mujer muy ambiciosa; no del tipo que quiere más y trabaja por eso, sino del tipo que añora lo que los otros tienen y espera que alguien más lo consiga para ella. La tienda de mi papá le dio la oportunidad de conocer a gente adinerada y trató de meterme en ese mundo para que yo le consiguiera un pasaje: escuelas privadas, clases de equitación, de piano —hizo una mueca—. Eso era lo único que me gustaba, el piano, y me dediqué a ello volviéndome lo suficientemente buena para una niña, nada extraordinario, solo buena para mi edad. Un verano, una de las amigas de mi mamá le dijo que un famoso pianista prodigio de tan solo quince años vendría a París a dictar un seminario y que sería una gran oportunidad para mí. Mamá usó a cada conocido y cada artículo de la tienda de papá para conseguirme un cupo. Cuando lo hizo empacó nuestras cosas y nos mudó aquí.

Me senté en un sillón frente a Siena porque no estaba seguro de si una vez que consiguiera las respuestas que buscaba podría seguir estando de pie.

—Por supuesto que el seminario fue un desastre —continuó, aparentemente sin darse cuenta de mi cambio de posición—. Cuando llegué eran todos estudiantes de conservatorios, mayores, y me observaban esperando que fuese tan extraordinaria como el famoso y joven profesor. Una vez que quedó demostrado que yo no era ningún prodigio, me olvidaron y quedé allí, sola, enfrentándome cada día a la realidad de que lo que era, lo que sabía, los aplausos que había cosechado y las felicitaciones no eran suficientes, nunca serían suficientes porque el mundo era un lugar muy grande, lleno de gente talentosa y yo era simplemente del montón.

—Comencé a beber cuando tenía trece años —dije porque no podía soportar ni un segundo más el dolor que acompañaban sus palabras, porque, de alguna forma, deseaba que supiera que no estaba sola, que las infancias perdidas y los

momentos de desesperada soledad eran algo que compartíamos—. Para cuando tenía quince no era capaz de salir de la cama y enfrentar el día sin un trago. Estaba borracho cuando entrenaba, estaba borracho cuando salía al escenario y mantuve esa rutina por una década. Un maldito alcohólico.

—¿Por qué bebías?

—Recién había ganado mi beca y me enviaron a Londres. Mi familia no tenía dinero ni siquiera para acompañarme en el viaje de ida. Estaba completamente solo, no hablaba el idioma y tenía un gran peso sobre la espalda. No podía arruinar esa oportunidad. Estaba aterrado como solo un niño de trece años puede estarlo cuando se siente responsable de su futuro y del de su familia. El alcohol ayudaba a hacerlo menos trascendente, menos real —suspiré dándome cuenta, por enésima vez, de lo estúpido que había sido—. Estuve a punto de perderlo todo, mi carrera, mi salud, esa vida que me repetía a cada instante que había luchado por conseguir cuando en realidad lo que hacía cada día era destruirla. Un paso adelante, tres atrás.

—Yo me sentía igual, responsable por todos y nunca suficiente, solo que no comencé a beber. Hice algo peor: me enamoré —Siena sonrió y el gesto parecía mitad añoranza mitad mueca amarga—. Mi profesor, el famoso niño prodigio, tenía casi mi misma edad y eso nos conectó. Trató de ayudarme, pero la gente realmente extraordinaria cree que lo que hace es fácil, que basta la dedicación y el trabajo duro. No siempre es así. En las artes el talento natural hace la diferencia. No importaba cuánto nos esforzáramos, cuántas horas extra me dedicara, yo nunca sería tan buena como él —suspiró—. No me importaba. Estar con él era suficiente. Me enamoré de su talento, de su tenacidad y de su seriedad. Como todo niño prodigio era muy maduro, como un hombre atrapado en el cuerpo de un adolescente. Creo que él se enamoró de mí porque yo representaba todas esas cosas que nunca había hecho, la normalidad de la vida. Por supuesto que mi madre estaba feliz —bufó—, finalmente su hija le había abierto la puerta de la gente importante aunque fuese solo por asociación, así que estábamos juntos día y noche, prácticamente sin supervisión, y cometimos un error.

—Andrea no es un error —dije dándome cuenta de a qué se refería.

Se rio y no había alegría en esa risa.

—No sabes cuántas veces al día me digo eso. Amo a mi hija, Sergei, es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero sería hipócrita de mi parte decir que embarazarse a los catorce años es lo adecuado. No es algo que quisiera que Andrea experimentara.

—¿Y qué pasó con el niño prodigio? —pregunté molesto. No quería imaginar a una Siena, más pequeña que Andrea, pasando por todo eso. Por alguna razón quería una máquina del tiempo para ir a resolverlo todo y al mismo tiempo saber exactamente dónde estaba Andrea en ese momento y con quién—. ¿Salió corriendo en lo que se enteró que iba a ser papá?

¿Dónde estaba ese mal nacido ahora? ¿Por qué Andrea no podía disfrutar de zapatos nuevos cada invierno y viajes de vacaciones en verano? Si algún día me lo encontraba...

—Yo estaba tan asustada, aterrada. Lo único que podía pensar era «no, no, no» —Siena cerró los ojos otra vez, fuerte, como si así las imágenes que, seguramente, debían estar en su mente desaparecerían—, y él, Andras, nunca supe exactamente qué sentía. Como si fuera un adulto se hizo cargo de todo: habló con mis padres y les dijo que íbamos a casarnos. ¿Sabes qué fue lo peor? Que mi madre casi hizo una fiesta —agitó las manos en el aire—. ¿En qué universo una madre se alegra de que su hija de catorce años esté embarazada? Yo no dormía por las noches y mi madre cantaba de la alegría —Siena comenzó a llorar. Un llanto silencioso, unas lágrimas furtivas que escapaban de sus ojos mojando sus mejillas—. Estaba paralizada viendo a la gente a mi alrededor haciendo planes sin atreverme a moverme o a decir algo, hasta que un día el padre de Andras apareció. El gran maestro Zsolt Nagy llegó a mi casa una noche, furioso, y yo pensé «así es como un padre consciente debe actuar». Nos recordó que su hijo tenía solo quince años y no podía hacer nada sin su consentimiento y que él no iba a aprobar ningún matrimonio. Dijo que de ser necesario encerraría a Andras en Hungría y arruinaría su carrera. Esa amenaza hizo dudar a mis padres, un Andras sin fama y sin ingresos no les servía de nada. Fue entonces cuando Nagy les ofreció dinero, mucho dinero, para que hicieran desaparecer todo el asunto y ellos aceptaron.

—Dios...

—Protesté, claro. Estaba paralizada de pánico con todo lo que me pasaba, pero no lo suficiente para no entender que eso estaba mal. Pero el maestro Nagy habló conmigo como un padre preocupado —hizo una mueca y negó con la cabeza—. Me preguntó si yo quería ser madre tan joven, si me había preguntado qué sería de mi vida y mis sueños, que cómo creía que afectaría todo esto a la carrera prometedor que tenía Andras ante él y cuando estaba más que vulnerable me ofreció el consuelo que nadie me había dado, el consejo que deseaba. Me dijo que debía pensar en mí. Me prometió un futuro cuando yo creí que no habría mañana y me dejé llevar por la única persona

que parecía estar actuando con sensatez.

—Pero no lo hiciste... Andrea está aquí.

—Fui a ver a Andras y ni siquiera pude explicarme. Estaba furioso con su padre, gritando que no volvería a Hungría. Me propuso, prácticamente me suplicó, que huyéramos juntos. Dijo que tenía algún dinero guardado, que nos esconderíamos con el bebé hasta que él fuera mayor de edad y en ese momento vi nuestro futuro danzar frente a mis ojos. Adoraba a Andras, amaba su talento al piano, él y la música eran una sola cosa, y sabía que si le decía que sí arruinaría su vida. Así que preferí destrozar su corazón para así permitirle tener un futuro. Le dije que no había ningún bebé, que era todo un plan para atraparlo y que ahora su padre me había ofrecido más de lo que él podía darme —suspiró—. Con su odio a mis espaldas regresé a Biot y me enfermé. Depresión, estrés, un poco de todo, no pude salir de la cama en un mes y en ese tiempo empecé a sentir a mi bebé —se puso las manos sobre el estómago—, y no pude hacerlo. Andrea nació y mi hija se convirtió en mi razón para seguir adelante —se encogió de hombros—, pero tenía miedo, miedo de que Zsolt Nagy regresara a recriminarme que no cumplí con mi parte del trato. Cuando tuve dieciocho años, mi aceptación para el conservatorio llegó al igual que otro pago de Nagy, supe entonces que el maestro no estaba vigilándome, que si mantenía a mi hija lejos de su padre estaríamos seguras. Vine a París con Andrea y me partí el lomo para hacerlo funcionar. Limpié casas, serví mesas, tomé turnos nocturnos de cualquier cosa que pudiera encontrar e iba a clases. No tenía suficiente preparación para el conservatorio y con tantos trabajos extra ponerme al día era difícil, pero ninguna de las dos morimos de hambre ni de frío.

—Pero tenías el dinero, todavía lo tienes.

—No lo quería. Tocarlo, usarlo de alguna forma, me recordaba que me pagaron para matar a mi hija. Era un dinero manchado. Mi padre fue quien lo puso en una cuenta de inversión a mi nombre para que mi madre no lo tocara. Me dijo que podría necesitarlo en algún momento, pero me esforcé tanto en no pensar en ello que casi logré olvidar que estaba allí, que era una opción.

Me miró a los ojos, ya sin llorar, pero con la huella del paso de las lágrimas y por primera vez pude vislumbrar a la Siena que debió de haber sido en un momento, a la jovencita con sueños y esperanzas, asustada y a la vez esperanzada, buscando comprensión y a la vez tomando la decisión correcta, la desinteresada, una y otra vez.

—Eres maravillosa —le dije con la mayor honestidad que recordaba haber

empleado en mucho tiempo, porque lo era.

Por menos de eso yo me había sumergido dentro de una botella.

—Y cuando logré balancearlo todo lo suficiente, cuando estaba encontrando el equilibrio en mi vida, apareció Claude Desmond —continuó como si no me hubiese escuchado—, un violinista lleno de talento pero sin ningún interés en la música, empujado a ese camino por su familia. Teníamos algunas clases juntos en el conservatorio y las pocas veces que asistía me invitaba a salir —cruzó los brazos sobre el pecho, cada mano en un codo, como quien siente frío hasta en los huesos—. Recién mudada a París descubrí que la forma más eficaz para que los hombres me dejaran en paz era decirles que tenía una niña pequeña. Le solté la bomba a Claude y eso pareció interesarlo todavía más. Insistió, insistió e insistió con una perseverancia que no usaba para nada más, hasta que se convirtió en una constante en mi solitaria vida, uno de mis mejores amigos. Se interesaba por Andrea tanto como por mí, se aseguraba de que ambas estuviéramos bien, incluso se ofrecía a cuidarla mientras yo trabajaba. La relación avanzó casi sin que me diera cuenta y era tan distinta a lo que yo conocía: abierta, sin secretos, o al menos eso creía. Claude nos llevaba a su casa, su familia era encantadora, nos querían, y por un breve tiempo creí que había superado ese estigma de ser madre soltera, ese que dice que nunca encontrarás quien quiera a tu hija como si fuera suya. Creí que había vencido la estadística y finalmente sería feliz.

—¿Qué pasó? —pregunté temeroso de lo que vendría a continuación.

Sabía que había más, Vadim no había escatimado en detalles, pero ya me había dado cuenta de que los hechos recopilados por Bernard eran nada comparados con la realidad.

—Claude me ofreció que me fuera a vivir con él, dijo que cuidaría de nosotras, pero nunca quise. Los Desmond tenían mucho dinero, reconocidos empresarios del mundo de las artes, y yo no quería ser como mi madre, no quería aprovecharme de él —bufó—. Vivía en Montmartre en aquel momento y trabajaba en un piano bar después de clase. Algunas veces Claude se quedaba con Andrea. Una noche hubo una pelea en el bar y salí temprano. Cuando llegué a casa encontré a Claude en mi cama —dudó un segundo—, con otro hombre.

¿Qué? No.

—¿Con otro hombre? —pregunté porque eso era demasiado.

—Sí, mientras Andrea dormía en la habitación de al lado.

¡Por todos los cielos! Quería matar a alguien en ese instante. Me dolían los

músculos de los brazos de tanto apretar los puños en el costado y la mandíbula de rechinar los dientes. Andrea, la divertida y dramática Andrea, la que de alguna forma veía como mi princesa.

No.

—Le grité, él me dijo que lo sentía. Lo insulté un poco más, él me pidió perdón. Así estuvimos un rato hasta que su amigo terminó de vestirse, me miró de arriba abajo y me dijo la verdad: Claude necesitaba una familia «instantánea» — marcó las comillas con las manos—, una mujer hermosa e hijos para que su padre, quien no aceptaba lo que era, lo dejara en paz. Yo era solo una tonta útil, una ingenua inexperta que ni siquiera se había dado cuenta de que algo no estaba bien —las lágrimas comenzaron nuevamente—. Lo eché de mi casa, de mi vida. Estaba tan dolida. Una semana después Claude murió en una orgía descontrolada en Turquía. Fue mi culpa...

—Siena, no.

—¡Claro que sí! —gritó—. Si no lo hubiese echado, si hubiese intentado comprender, mi mejor amigo tal vez todavía estuviera vivo.

—Te mintió, puso a Andrea en riesgo.

—Lo sé, pero unos meses después de su muerte el abogado de los Desmond vino a verme. Tras nuestra pelea, Claude ordenó un fideicomiso para pagar la educación de Andrea —me miró desesperada—. ¿Entiendes? Ya no estábamos juntos y aun así pensaba en nosotras. Cometió un error al no decirme la verdad, pero a su manera nos quería, le importábamos.

—Tal vez solo se sentía culpable —dije amargado.

—Mi pasado es un desastre, Sergei, una sarta de malas decisiones que han lastimado a todos a mi alrededor. Solo quería que mi hija estuviera a salvo del veneno que parezco levantar a cada paso que doy, por eso no quería que estudiara en la Ópera, su padre ha venido muchas veces invitado como pianista o director, si ella está allí, si se encuentran...

—¿Lo has visto? —pregunté con una punzada muy parecida a los celos.

—No —negó con la cabeza—, siempre encuentro la forma de evitar que nuestros caminos se crucen. Soy una cobarde, siempre lo he sido. Le hice mucho daño, fui terrible con él. Cometí tantos errores...

—Escúchame muy bien, Siena: eras una niña asustada con un problema más grande del que podías manejar y los adultos a tu alrededor, aquellos cuya tarea era estar allí para ti, cuidarte, te movieron de un lado a otro como un mueble al que no saben qué uso darle, y aun así tomaste las decisiones adecuadas una y otra vez...

—Pero seguí equivocándome, Claude murió...

—Tu amigo murió, sí —me puse de pie y caminé hacia ella—, pero fue un accidente generado por sus decisiones, no por las tuyas. Tenías todo el derecho de echar a tu novio luego de encontrarlo en la cama con otro hombre en la habitación contigua a la de tu hija. Si estuviera vivo, en este instante lo buscaría para patearle el trasero.

—Sergei...

—Quisiera que pudieras verte ahora a través de mis ojos —me arrodillé frente a ella y le tomé las manos—, y que te dieras cuenta de que lo que tengo ante mí es una mujer maravillosa, valiente, que parece usar las dificultades de su vida como combustible en vez de dejarse aplastar por el peso. Tu perfección es contagiosa, inspiradora y creo...—dudé un momento, pero llegué a la conclusión de que si no lo hacía ahora probablemente no lo haría nunca—, no, no lo creo, estoy convencido de que, poco a poco, me he enamorado de ti.

Y cuando las palabras dejaron mi boca esperé algo de pánico, pero solo sentí un profundo alivio.

—No digas eso —dijo tratando de soltar mis manos.

—¿Por qué no? Es la verdad. No te puedo decir cuándo ocurrió, tal vez porque no hay un momento determinado. Es algo que ha crecido poco a poco y que no identifiqué porque no lo había sentido antes. Esta calma, esta paz, esta sensación de que todo está bien si estoy a tu lado, de que quiero ser mejor cada día para estar a tu altura. Pienso en ti en lo que abro los ojos, te busco en los pasillos de la Ópera porque solo verte me permite respirar mejor y planeo nuestro siguiente día cuando me acuesto.

Y allí de rodillas, con sus manos entre las mías, hice la única pregunta que era importante, la que de verdad me carcomía sin saberlo, la que me hacía sentir pequeño e insignificante.

—Sé que el prospecto puede no parecer muy tentador, que luego de todo lo que has pasado puede darte un poco de miedo, pero ¿podrías intentar quererme aunque fuera un poco? No pido mucho, solo que me dejes estar en tu vida y en la de Andrea, cuidarlas. Sé que soy un desastre, que no sé instalar una lámpara, usar un taladro o pintar una pared, solo sé bailar —me encogí de hombros—, pero al menos soy agradable a la vista.

—Cállate —me dijo negando con la cabeza, y cuando creí que todo estaba perdido se inclinó y me besó.

Capítulo 25

Siena

No podía creer que estaba besando a Sergei Petrov y, lo que era mucho mejor, que él me estaba besando de vuelta.

No se trataba de que en muchas de mis fantasías ese escenario no se hubiese repetido en diversas formas, es más, tenía un catálogo completo. Era el hecho de que, sin pensarlo mucho, siguiendo un impulso, me había lanzado de cabeza a hacerlo realidad. Era algo que nunca hacía.

Tal vez solo necesitaba que se callara porque cuando lo escuchaba opinar tan poco de sí mismo, decir que no era suficientemente bueno, algo dentro de mí quería protestar: Sergei Petrov, aunque poca gente lo creyera, incluso yo misma en un principio, era bueno, desinteresado y, sorprendentemente, una de las personas más estables y comprometidas que conocía.

Tal vez simplemente al verlo allí de rodillas, con sus manos entre las mías, como una especie de dios que imploraba con sus ojos a un simple mortal, no me quedaba más remedio que darle un poco de mí, eso que había dejado marchitar dentro.

«Me he enamorado de ti.»

La frase me desarmó. No era real, no podía serlo, pero él lo creía y antes de que se diera cuenta de su error, de que entendiera que no había una versión romántica o trágica de Siena que inspirara esos sentimientos, quería aprovechar el pequeño intermedio en medio del desastre, esa pausa en la carrera, porque sus palabras eran el reflejo de mis sentimientos.

Ese poco a poco que crece sin que te des cuenta, esa espera tonta a que llegara cada noche y el pequeño arrebatado emocionado cuando aparecía, esa calma y el deseo de compartir la cotidianidad, era exactamente lo que me había ocurrido con él.

Ahora no podía siquiera imaginar cómo sería mi vida sin ese ucraniano loco haciéndome reír, exasperándome, dejando la cafetera sin lavar y la mantequilla sin tapar, dándome una seguridad que nace de saber que no estás sola, una especie de brochazo amarillo en la habitación gris de mi vida.

No duraría, obviamente. Nada remotamente bueno en mi vida duraba o era lo que parecía, pero solo por ese instante quise tomar por los pelos la

definición más perfecta en mi manual de lo que era la felicidad y estaba representada por un bailarín ucraniano con los ojos del color del mar mediterráneo, la sonrisa de un niño y el comportamiento de un hombre.

Y el beso... El beso fue una de las más placenteras sorpresas. Aparentemente este hombre no hacía nada de la forma en que lo esperabas. Si en todas mis fantasías cotidianas los besos con Sergei Petrov eran bruscos, pasionales y cargados de lujuria, ese beso en la realidad fue tan suave, dulce, casto, que algo dentro de mi pecho se quebró con la sola fuerza de la ternura.

Era como ser irrevocablemente marcada; marcada por el cariño, el afecto verdadero, ese tipo de cosas que creía que únicamente existían en los cuentos de hadas. Esto no eran fantasías desbocadas. No tenía nada que ver con que fuera hermoso y sexy. Era algo que iba más allá, dentro, en esa parte intangible que todos tenemos y que algunos gustan de llamar alma.

Cuando nos separamos, me miraba con la misma expresión anonadada que, con seguridad, yo también exhibía y hasta se tocó los labios con los dedos, maravillado, como si fuese su primera vez.

—¿Es eso un sí? —preguntó—. ¿Me darás una oportunidad? ¿Intentarás quererme un poco?

«Ya te quiero», pensé, pero no podía decirlo. No podía ponerme en esa posición tan vulnerable con otro hombre que parecía cortado con la misma tijera que los anteriores. Si algo tenía yo era «un tipo de hombre» y ese tipo de hombre me dañaba cada vez que aparecía.

Nuevamente estaba atrapada entre el diablo de la realidad y el mar azul de sus ojos, pero en vez de escapar busqué refugio en sus labios, una y otra vez. Sus besos lograban que los sonidos de alarma desaparecieran, que el mundo y los problemas a mi alrededor se esfumaran. Con ese simple roce, el miedo se convertía en un concepto abstracto.

En algún momento dejé el sofá porque necesitaba estar más cerca y también mis manos buscaron acortar distancias. La castidad inicial fue solo el primer movimiento de una sinfonía que ganaba intensidad con cada nota, con cada roce.

—Siena, espera.

Escuché la advertencia a lo lejos pero no quería prestarle atención, menos cuando estaba descifrando la mejor manera de deshacerme de su camiseta.

—Siena.

El único motivo por el que recobré el sentido fue porque se puso fuera de alcance y aun así, al verlo desarreglado, con el cabello apuntando en todas

direcciones producto de mis manos andariegas, la camiseta estirada y el botón de sus vaqueros desabrochado fue que me di cuenta de que por un breve lapso de tiempo me había convertido en la persona desbocada que nunca fui.

—No podemos hacer esto aquí en el medio del salón —me amonestó—. Andrea podría volver en cualquier momento.

Mi primera reacción fue de alivio: no se trataba del botón de «detener», sino simplemente del de «pausa». Una vez que comprendí eso, me eché a reír.

—¿En qué universo paralelo eres tú el responsable? —le pregunté maravillada porque no podía creer en la inversión de roles.

—En el universo que construiremos a partir de ahora seré lo que necesites que sea. Sé descuidada, loca, equivócate y salte del plan sin preocupaciones porque yo estaré aquí para atajarte, para que lo resolvamos juntos.

Aunque sus palabras sonaron más definitivas de lo que había anticipado, trayendo consigo viejas advertencias, esa maravillosa disonancia era la que me daba seguridad. Muy dentro sabía que sería él, el más díscolo e inconstante de los hombres, quien se encargaría de sujetar mi brazo si perdía el control en alguna ocasión y, tal vez, solo para mí, sería el faro que me guiaría a tierra firme cuando estuviese perdida, la red de seguridad en ese trapecio inestable que era la vida.

—Tú —dije y ese pronombre significaba tantas cosas como seguridad, paz, risas. Sergei Petrov era la única persona en el mundo con la que podía permitirme ser inconsciente—, solo necesito que seas tú.

—Me tienes —una chispa divertida se encendió en sus ojos—, pero no en el medio del salón. Se parece demasiado a lo que fui, no a lo que deseo ser, contigo.

—Andrea no va a regresar hoy, pero para proteger tu pudor —me puse de pie—, ven conmigo.

Estiré la mano en su dirección y deseaba que la tomara pronto porque las señales de alarma estaban incrementando su volumen recordándome en un tono muy claro que esta no era yo, que nunca en mi vida había tomado la iniciativa con un hombre y mucho menos lo había llevado de la mano al dormitorio, que Sergei Petrov tenía probablemente una maestría en relaciones físicas de las que yo, a pesar de tener una hija, solo había pasado los primeros niveles.

Tomó mi mano y las voces fastidiosas se callaron. Solo quedó una que, en medio de risas, me decía que mi vida era muy aburrida y había llegado el momento de hacer algo más arriesgado que bailar bajo la lluvia con el hombre

más inconveniente que se había cruzado en mi camino.

Escuchando solo esa voz, pero sin voltear, lo llevé hasta mi habitación. Fue él quien cerró la puerta cuando entramos y solo en ese momento dejé ir su mano. Y allí, con él parado enfrente, volví a sentirme como la niña de hacía quince años: asustada y deseosa, insegura y feliz, con dudas pero al mismo tiempo llena de anticipación, como si tuviese la vida por delante y los errores fuesen algo tan misterioso e irreal como el monstruo del armario.

Sergei no se acercó, parecía estar haciendo su mejor esfuerzo en quedarse inmóvil, prácticamente sin respirar. Solo me miraba, con el deseo ardiendo en sus ojos. No estaba segura de si su inamovilidad buscaba no asustarme para no hacerme cambiar de opinión en el último minuto o si simplemente estaba esperando que fuera yo quien siguiera guiándonos hacia donde ambos queríamos ir. Era lo de menos. Ya había llegado hasta allí y no quería, no podía, echarme para atrás.

Salvé el espacio que nos separaba y el infierno o el cielo, no estoy segura, tal vez era una mezcla de ambos, se liberó dentro de las cuatro paredes de mi habitación. Me besaba con el deseo del hambriento, la urgencia del joven que no cree en preámbulos ni límites y el experto que sabe exactamente qué está haciendo. Besaba como Sergei Petrov. Un sabor único, una mezcla irrepetible entre apetito desenfrenado, técnica insuperable y delicada ternura.

Un solo beso era prólogo y epílogo. Faltaban palabras para describirlo porque es imposible buscar símiles para la perfección y, en medio de mi imperfecta vida, quería consumir hasta el último segundo para atesorarlo y en un futuro recordar que era posible.

Busqué cada resquicio de su piel y le ofrecí la mía, descartando en el proceso lo que se interponía en mi camino con las frenéticas manos del desprovisto.

—Calma...

En un principio no supe si era su voz o la de mi inconsciente.

—No queremos que termine antes de que comience —tomó mi quijada entre sus dedos y me obligó a verlo—. ¿Por qué el apuro?

«Porque el despertador puede sonar en cualquier momento», pensé pero no lo dije. Lentamente los contornos a mi alrededor volvían a existir y con ellos la certeza de que no estaba en medio de una de mis fantasías oníricas.

En esos momentos nunca reparaba, como lo estaba haciendo en ese instante, en el camino de ropa (de él) que marcaba lo que había sido nuestra ruta de tránsito: la camiseta, un zapato, los vaqueros con el otro zapato todavía

atascado dentro, las medias... Nadie piensa en esos detalles tan mundanos cuando está fantaseando y mucho menos en la realidad del hombre parado frente a ti con la única cubierta de un bóxer negro muy corto ajustado a sus caderas.

Era mucho lo que ya había visto del cuerpo de Sergei Petrov entre el trabajo en la Ópera y sus entrenamientos con Andrea. Los bailarines no entrenan precisamente con abrigos, tampoco con traje y corbata. Sin embargo, había una especie de «extra» en saber que estábamos solos, que todos esos músculos estilizados se marcaban debajo de su piel solo para mí, que podía tocarlos a placer con cualquier parte de mi cuerpo.

Solo impulsada por ese conocimiento y sin que se tratara de un movimiento calculado, estiré la mano para tocarlo esta vez deliberadamente, como un fin en sí mismo, no como un simple paso para tenerlo más cerca. Delicadamente, solo con la punta de los dedos, tracé el contorno de sus pectorales, me deslicé por su estómago hasta llegar a la hendidura de cada uno de sus abdominales. Sentí cada músculo contraerse ante mi paso y cuando llegué debajo de su ombligo enfilándome al camino de lo que hasta el momento, si bien había sentido, no había tocado, su mano se cerró sobre la mía.

—Esto es un poco injusto —dijo en lo que era un evidente esfuerzo por sonar divertido, aunque en el fondo de su voz podía saborear la tensión—. Estás completamente vestida.

Confundida miré hacia abajo. Mi camisa seguía en el mismo lugar con todos los botones abrochados, aunque un poco estirada y ya fuera de mis pantalones. Lo único faltante eran mis zapatos, pero me los había quitado al llegar a casa por lo que su ausencia no podía ser atribuida al desenfreno anterior.

—Tenemos que corregir esta situación —dijo y perdí la capacidad de adivinar lo que se escondía en su tono, en el brillo de sus ojos.

Únicamente podía sentir que todas las luces de la ciudad estaban encendidas en mi habitación y, solo por molestarme, un gran reflector me apuntaba desde arriba. Él era hermoso, con un cuerpo de atleta, y yo trabajaba sentada la mayor parte del día.

Sergei comenzó a desabotonar los puños de mi camisa, poco a poco, sin nada del apuro que, de seguro (porque no lo recordaba con exactitud), yo había empleado con su ropa. Luego fue por los botones del frente con la misma parsimonia.

Un botón.

Dos botones.

Tres.

Sin embargo, la calma permitía que millones de pensamientos, consejos y leyendas urbanas entraran en mi cabeza sin que pudiera evitarlo. «Mete la panza». «No le va a gustar». «¿Qué ropa interior me puse esta mañana?». «Tal vez las zanahorias te han hecho perder peso».

Partió la tela revelando mi pecho, se inclinó, y besó la parte superior de mis senos con dulzura reverencial. Las sensaciones estallaron como los fuegos artificiales del Cuatro de julio y las voces de alarma quedaron ahogadas.

Su boca siguió bajando, lentamente. Sentí su aliento tibio y la humedad de sus labios besar mis costillas, mi estómago, mi ombligo. Cuando sus manos alcanzaron los botones de mis pantalones y vi la tela caer hasta hacer una pequeña laguna alrededor de mis tobillos pensé que las frases malsanas regresarían invitándome a hacer memoria sobre la última vez que rasuré mis piernas, pero el solo hecho de verlo allí, de rodillas frente a mí, mirándome como si yo fuera la encarnación de la divinidad, me bastó para creérmelo.

Él me hacía sentir como una diosa.

—¿De qué es esta cicatriz? —preguntó aún con voz de dormitorio, ronca, y solamente en ese momento recordé que la marca estaba allí.

—Andrea... —dije por toda respuesta e instintivamente traté de cubrir la marca de la cesárea.

Lentamente tomó mis manos alejándolas de la piel, revelando lo que quería ocultar, y nuevamente su boca descendió sobre mí justo en ese lugar.

—Eres mamá —dijo y volvió a besar la marca—, de una niña encantadora —otro beso—. Esta marca es parte de lo que te hace la maravillosa mujer que eres. Amo cada centímetro de tu piel, cada parte de tu alma.

Posó sus manos sobre mis caderas y siguió besándome bajando unos cuantos milímetros cada vez hasta que su boca aterrizó de lleno donde mi cuerpo pulsaba con anticipación y comenzó a devorarme como un desesperado a través de la tela de mi ropa interior.

Las piernas me flaquearon, quería gritar, no sabía qué hacer con mis brazos y a pesar de lo abrumadora de la sensación quería darle más espacio para que continuara. Estaba en el proceso de descifrar cómo hacer eso sin caerme, tarea muy difícil cuando ningún pensamiento coherente tiene lugar en tu mente y no eres más que sensaciones abrumadoras, cuando se detuvo.

Emití un ruido de protesta, casi soné como una niña malcriada a la que le han quitado su juguete favorito. Lo único que me impidió hacer la escenita completa fue ver el rostro de Sergei sonriendo complacido.

—Me acabo de dar cuenta de que estoy comiendo tela por gusto —me tomó por las caderas y me empujó suavemente hacia la cama—. No me dejas pensar con claridad, mujer. Olvido todas mis técnicas cuidadosamente desarrolladas a través de los años.

—Lo estás haciendo bien, créeme —dije tratando de encontrar el aliento.

Una vez que estuve en posición horizontal, que era donde debía y quería estar, tomó la elástica de mis bragas y, con la misma parsimonia que empleó con los botones de la camisa, la deslizó por mis piernas. Una vez que las tuvo en sus manos, me guiñó un ojo y las lanzó sobre su hombro.

Me reí a carcajadas porque solo él podía hacer una broma en un momento que se sentía trascendental, convirtiendo mi terror y desesperación en algo divertido.

—Aquí vamos —se arrodilló a los pies de la cama, dio un tirón a mis piernas hasta colocarme justo en el borde y luego de tener cada uno de mis tobillos en sus manos sonrió como el lobo feroz—, otra vez.

Se sumergió nuevamente en mi intimidad explorando con su lengua cada detalle, cada resquicio; succionando, mordiendo, lamiendo, elevándose con cada una de sus atenciones hasta un sitio desconocido, aterrador y atrayente, hasta que simplemente sentí cada una de las células de mi cuerpo estallar.

Por unos segundos no hubo nada, solo calma y silencio, paz; hasta que poco a poco volví a ser una persona física y no una nebulosa flotante, aunque la sensación de estar contenta dentro de mis límites permanecía.

Suspiré de pura contentura.

—¿Así de bueno? —me preguntó Sergei, todavía a los pies de la cama, mirándome con una expresión de completa y profunda satisfacción masculina.

—Presumido.

—Todavía no has visto lo mejor.

Como para demostrar su punto comenzó a deslizar el bóxer por sus caderas y no pude menos que contener la respiración. Toda la paz y tranquilidad en la que estaba envuelta hasta ese momento se esfumó en lo que la prenda bajó por sus muslos.

Era hermoso allí también y, sobre todo, estaba más que listo, lo que generó que todo comenzara a latirme de la cintura para abajo, tanto que sin darme cuenta comencé a frotar mis piernas una contra la otra en anticipación.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —pregunté tratando de sonar pícaro, pero mi corazón latía demasiado rápido, lo que hacía que mi voz saliera atropellada y sin aire.

—Estoy disfrutando la vista.

Y aunque intentó otra de sus sonrisas despreocupadas, lo conocía lo suficiente (sí, ¡lo conocía!) para darme cuenta de que había una sombra en su mirada, algo parecido al temor, a la inseguridad.

Era tierno ver a un hombre con esas credenciales de playboy vacilar, tener tantas dudas e inseguridades como yo. De alguna forma esa mirada nos igualaba.

—Ven aquí —le dije y separé un poco las piernas en lo que esperaba fuese una invitación más que evidente.

Poco a poco me cubrió con su cuerpo y lo único que pude registrar en un principio era que su piel quemaba. Luego vinieron otros detalles como que su peso sobre mí me hacía sentir protegida, que olía deliciosamente a hombre y que su aliento en el cuello me volvía loca.

Me besó en el hombro, en el cuello, en la quijada. Besos breves, apenas delicados toques, hasta que su rostro apareció sobre el mío.

—Sé que va a sonar trillado —me dijo muy grave, viéndome a los ojos—, pero eres tan hermosa que me haces sentir afortunado —tomó una de mis piernas por detrás de la rodilla—. En este momento, por primera vez en mucho tiempo, me siento completo.

Me penetró de un solo empujón y ahora era yo la que estaba completa, llena hasta el punto de reventar. Podía sentirlo en todas partes, no solo dentro de mi cuerpo y encima de mi piel, era algo que estaba más allá del simple campo físico, aunque sonara, como él mismo decía, trillado.

Me moví con él y él conmigo, como si hubiésemos hecho esto juntos muchas veces, ensayado por horas la perfecta coreografía que ahora ejecutaban nuestros cuerpos con la única música de respiraciones agitadas y el ritmo del sonido de pieles distintas no chocando, sino encontrándose una y otra vez.

Sin pensar en que probablemente no era una buena idea para él, que probablemente estaba siendo egoísta, traté de alargar el momento lo más posible. Las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran demasiado deliciosas para cambiarlas por ese estallido que solo duraba unos segundos.

Sin embargo, a medida que sus movimientos perdían control, Sergei enterró el rostro en mi cuello, sus manos recorrieron mis brazos estirándolos a ambos lados de la cama y finalmente unió nuestras manos, entrelazando sus dedos con los míos, uniéndonos en una forma más inocente que las otras en las que estábamos unidos en ese momento y, al mismo tiempo, mucho más

significativa y trascendental. Solo entonces toda estrategia de alargue perdió sentido, desapareciendo ante algo más profundo que el instinto o el cálculo. Él estaba allí, conmigo, para mí.

«Juntos.»

Fue el último pensamiento coherente antes de que me dejara arrastrar hasta la meta con más violencia de la que podía recordar. Segundos después él me siguió y por primera vez en toda mi vida, el antes, el durante y el después eran una sola cosa, un solo sentimiento: felicidad.

Capítulo 26

Gabrielle

«Voy a matar a Bernard.»

Este pensamiento y unas cuantas variaciones, dignas de cualquier asesino en serie, poblaban mi mente mientras me encaminaba por segunda vez en el lapso de unas pocas horas a *Rive Gauche*. Claro que mis ideas de exterminio de cierto amigo francés no venían motivadas únicamente por el desastre que había creado de la nada, uno de sus usuales trucos de magia a los que ya debería estar acostumbrada. Es más, en el fondo estaba convencida de que el tiro le iba a salir por la culata.

Su cortina de humo solo sirvió para que el objeto de su rabia descubriera unos sentimientos que yo sabía que estaban ahí desde aquella noche en que vi a Sergei con Siena en Montmartre. Lo que me molestaba realmente era no saber el porqué.

Sistemáticamente Bernard había tratado de dañar a Sergei de forma solapada desde que llegó a París, pero la movida contra Siena no estaba clara. Bernard no sabía de la conexión especial entre el bailarín y la pianista, arruinar eso para Sergei no parecía la gran cosa para alguien que desconociera las profundidades de la relación. Era más bien una acción que buscaba una reacción... Pero ¿cuál?, ¿qué ganaba Bernard con todo aquello?

También era cierto que mi furia no solo estaba relacionada con las acciones de Bernard, tenía un propulsor adicional y mucho más prosaico: me dolían los pies. Una chica no puede estar caminando de un lado a otro de París, tratando de evitar una crisis sentimental y luciendo fabulosa mientras usa botas con un tacón de doce centímetros. Marvel y DC nos habían hecho un flaco favor presentándonos a superheroínas con poca ropa y tacones imposibles que se embarcaban en rudas peleas con villanos mutantes paradas en la punta de sus pies y, para remate, salían vencedoras. Tal vez de allí provenía la fuerza de Gatúbela o Tormenta, de la ira que producen en toda mujer unos zapatos incómodos.

Con esa misma rabia que me habría permitido darle una buena paliza a Magneto, entré a casa de Bernard vagamente escuchando las indicaciones de Clementine sobre en qué lugar se encontraba su jefe. Abrí la puerta de su

oficina sin llamar y la escena desplegada ante mis ojos aclaró muchas cosas, tantas que mi deseo de quitarme los zapatos pasó a un segundo plano.

Bernard y Vadim Chekov estaban sentados frente a frente en el sofá conversando de forma absolutamente civilizada. Dos vasos, con lo que presumía era escocés, reposaban en la mesa frente a ellos.

Lo más llamativo de la situación era la expresión en el rostro de Bernard. Por primera vez en mucho tiempo no había trampa o placer morboso en su mirada, tampoco frío cálculo. Estaba contento, feliz, incluso se reía de las bromas del ruso antipático. No recordaba haberlo visto tan «normal» y despreocupado desde unas vacaciones que pasamos en Samoa cuando todavía intentábamos funcionar como pareja. Ese día corríamos por la playa, tratando de salpicar al otro y arrojarle arena con los pies y Bernard se reía como un hombre joven pasando un buen rato. Era exactamente la misma expresión que ahora tenía en el rostro. Las acciones de Bernard no tenían nada que ver con Sergei. Todo se reducía a Vadim Chekov.

—Gabrielle —Bernard fue el primero en advertir mi presencia y la máscara estuvo en su rostro en cuestión de segundos. La alegría sincera desapareció de golpe sustituida por una afabilidad ficticia—. No sé si sentirme alagado o asustado porque me visites dos veces en un día.

—Señorita Fisher —el odioso ruso, caballerosamente, se puso de pie a modo de saludo.

—Normalmente te diría que comiences a correr, Bernard —dije cerrando la puerta y adentrándome en la habitación—, pero voy a aprovechar la oportunidad y comenzaré con el señor Darcy aquí presente —y señalé a Vadim.

—¿El señor Darcy? —preguntó el aludido levantando una ceja y una chispa de diversión se avivó en el fondo de sus ojos.

¿Quién diría que el ruso odioso tendría sentido del humor?

—Sí, el señor Darcy es un personaje muy famoso de una novela llamada *Orgullo y prejuicio* —dije presumida al tiempo que me sentaba en una silla frente al dúo dinámico.

—Estudié en Oxford, señorita Fisher. Conozco bien la literatura inglesa y particularmente a Jane Austen —Vadim Chekov tomó asiento nuevamente—. Sin embargo, tenía entendido que el señor Darcy era un personaje amado por las mujeres, un punto de referencia en cuanto a personajes masculinos románticos y, en este instante, usted me parece un poco hostil.

«¿Solo un poco?», pensé. Bueno, tal vez para un sujeto con aspecto de jefe

de la mafia en una película yo parecía solo «un poco hostil».

—Nunca estuve de acuerdo en esa visión idealizada que se hace del personaje —dije de lo más académica—. Para mí el señor Darcy es un personaje odioso que ha justificado el comportamiento inadecuado, por no decir machista, de los hombres para con las mujeres por mucho tiempo. Si te trata mal, te dice cosas horribles y se comporta como un verdadero cretino, debe de estar enamorado de ti. Sopórtalo y perdónalo porque tiene dinero y a fin de cuentas los hombres son todos unos analfabetos emocionales.

—Siento que debería, no sé... —intervino Bernard— buscar un cuaderno y un lápiz y empezar a tomar notas.

Levanté un dedo en su dirección y lo vi con cara de pocos amigos.

—Yo no trato mal a las mujeres —explicó ofendido Vadim.

—Doy fe de ello —intervino nuevamente Bernard levantando la mano—. Si quieres podemos llamar a su prometida en Nueva York y confirmarlo.

—No es mi prometida —masculló Vadim un poquito amargado y quise sonreír, pero me contuve. El pobre ruso parecía a punto de hacer un puchero y no quería conocer sus penas y terminar simpatizando con el enemigo.

—Otro atributo desagradable e imperdonable del señor Darcy —continué, haciendo un gran esfuerzo por recordar que Vadim Chekov era un metiche—, y es el que traigo a colación, es esa odiosa necesidad de meterse en la vida de sus amigos, tomar decisiones por ellos y tratar de que todos actúen según su voluntad.

—Sergei es mi amigo, lo quiero, y no voy a permitir, bajo ningún concepto, que sea utilizado por nadie.

—Te voy a dar un consejo, Vadim: adopta un perro o ten un hijo si sientes ese deseo de controlar la vida de otros seres vivos —la indignación hizo presencia en su rostro y abrió la boca para replicar. No le di tiempo—. Queremos a nuestros amigos, pero lo más que podemos hacer por ellos es ofrecerles nuestro hombro para llorar, acompañarlos en silencio cuando meten la pata y, solo si es requerido, darles algún consejo que, por cierto, no están obligados a seguir. Todos necesitamos cometer errores para aprender.

—Sergei ya ha cometido demasiados errores —me dijo furioso.

—Y no aprendió mucho de ellos porque siempre has estado allí para lidiar con las consecuencias, tú, no él —suspiré porque no estaba segura de que ese ruso cabeza dura entendiera mis razonamientos—. Los amigos son personas, no soldados ni niños pequeños, no tienen por qué hacer lo que les digamos.

Bernard tosió y volví a fulminarlo con la mirada.

—No tienes idea de cómo estaba Sergei cuando llegó a París —proseguí—. Toda esa farsa de hombre divertido y despreocupado se desmoronaba día a día dejándolo vacío. Siena le dio un propósito, lo centró. Estoy segura de que no era lo que Sergei buscaba, tampoco lo que quería, pero sí lo que necesitaba. Si ella quiere algo de él, ¡qué importa! Ya le ha dado bastante, le ha dado una vida nueva.

—No estoy seguro de estar cómodo con esa idea.

—¿Porque en esa vida nueva no te necesita? —le pregunté levantando una ceja. No me respondió—. Si te da tranquilidad, creo que todo tiene una explicación pero, sea cual sea, no es asunto nuestro, de sus amigos, buscarla, ni siquiera debemos debatir sobre ello. Solo debemos estar allí en caso de ser necesarios.

Vadim me estudió unos minutos, curioso. Tenía los ojos grises más implacables que había visto y eso unido a su tamaño y al ancho de su espalda hacía que todo a tu alrededor desapareciera cuando te estudiaba de esa forma. No imaginaba a alguien tan divertido y suave como Sergei Petrov con un amigo tan serio e intimidante. A simple vista parecían agua y aceite.

—Es usted una mujer muy peculiar, señorita Fisher.

—Lo tomaré como un cumplido.

Vadim se puso de pie y me ofreció su mano.

—Es tiempo de que regrese a Nueva York —me puse de pie y acepté su mano. Una especie de ofrenda de paz—. Todo esto ha sido muy educativo.

Se volvió hacia Bernard, quien inmediatamente se puso de pie.

—Me contentó mucho verte —le dijo el ruso, quien seguidamente, en lo que parecía algo completamente ajeno a él, lo abrazó—. No te vuelvas un extraño. Ve a visitarme a Nueva York. Es tiempo de que conozcas a Marianne.

Nuevamente esa chispa de alegría brilló en los ojos de Bernard y aunque duró poco fue suficiente para confirmar todas mis sospechas.

—Me encantaría. Gabrielle tiene unos asuntos pendientes allá —dijo divertido y estuve a punto de protestar casi de forma instintiva, pero Vadim se giró a verme y no me quedó otra que poner mi mejor expresión de «aquí no está pasando nada».

Bernard y Vadim salieron y, finalmente, pude quitarme las botas y estirar mis magullados dedos. Así me sorprendió Bernard a su regreso: sentada en el sofá que el par de millonarios malcriados había ocupado hasta hace poco con los pies extendidos sobre la alfombra.

—Supongo que es mi turno de ser sermoneado —dijo Bernard sentándose a

mi lado.

—Así que todo este ardid fue para traer al elusivo Vadim Chekov a París — negué con la cabeza mientras chasqueaba la lengua—. ¿No se te ocurrió alguna forma menos truculenta? No sé, un correo electrónico, una llamada telefónica, un mensaje en una botella.

Bernard bufó y para evitar que el mal humor lo invadiera me recosté en él apoyando mi cabeza en su pecho.

—Se conocieron en Oxford, ¿verdad? —pregunté casual.

—Sí, durante el primer año. Si crees que Vadim es serio y amargado debiste conocerlo en ese entonces. Su hermano había muerto hacía poco, de una sobredosis en un callejón, un asunto bastante sórdido y escandaloso, y él había dejado atrás al equipo olímpico de natación y a su familia. Había una furia asesina dentro de él que lo estaba matando.

—Y tú, ¿cómo eras?

—Como soy ahora, un poco más descontrolado tal vez. Finalmente había escapado de esta casa, de mis primos y sus diversiones enfermizas. Pensé que estando lejos de su influencia las cosas mejorarían, pero la comezón seguía allí. Vadim fue mi freno durante todos esos años en Inglaterra, impidiendo que me desbocara y yo lo enseñé a liberar un poco esa ira que lo carcomía por dentro.

—¿Él sabe? ¿Sobre ti?

—Nunca lo hemos hablado, pero lo sabe. Una vez estando en Oxford, Phillippe y su pandilla vinieron de visita. Trató de inmiscuirme nuevamente en sus juegos, haciéndome sentir otra vez como un niño indefenso. Vadim lo echó del apartamento que compartíamos, dejándole unos cuantos moretones en el proceso. Luego cuando mis padres murieron, estuvo aquí para mí —sentí la sonrisa en la voz de Bernard—, esquivando las preguntas de la prensa con la habilidad de un torero y manteniendo a mi odiosa familia lejos de mí y mi dinero.

—Suena como un buen amigo.

—Lo era.

—¿Era?

Bernard suspiró ruidosamente.

—Años después de terminar la universidad seguimos teniendo esa conexión. Mudó la compañía de su padre a Londres y siempre nos visitábamos en vacaciones, nos encontrábamos cada vez que podíamos, compartíamos consejos de negocios —resopló molesto—. Fui yo quien le aconsejó que, para

disminuir impuestos, creara una fundación y donara dinero al mundo de las artes, hasta le envié la invitación para asistir a ese evento de los nuevos graduados de la Escuela de Ballet de Londres. Allí conoció a Petrov y a partir de ese momento todo su tiempo libre estuvo dedicado a cuidar del idiota ese.

—Pero mantuvieron el contacto. Recuerdo que saliste de viaje con él hace un par de años y siempre lo mencionas.

—Sí, si lo necesito está ahí y si tiene problemas... —se encogió de hombros—. Cuando conoció a la que ahora es su novia hubo un drama terrible y terminaron antes de poder comenzar. El pobre hombre estaba destrozado y nos fuimos a pescar bacalao a Noruega —la sonrisa volvió a su voz—. Soporté semanas en un bote con un Vadim del peor humor que lo he visto en mi vida y, luego, el año pasado tuvieron otro problema grave, causado nada más y nada menos que por el único e irrepetible Sergei Petrov, y me llamó. Pensé que después de eso la amistad entre ellos era historia, por eso me sorprendió tanto cuando llamó para pedirme que cuidara al ucraniano bueno para nada.

El silencio se extendió y me dieron ganas de reír. Bernard tenía treinta años y algunas veces, cuando se trataba de cosas que tenían que ver con sus sentimientos, sonaba como un niño de seis. ¿Madurez emocional? Ninguna.

La culpa era de Phillippe y sus juegos enfermos en los que Bernard fue inmiscuido demasiado joven para aprender realmente lo que era el afecto y la forma adecuada de manejarlo. Por eso, algunas veces, cuando actuaba así, tenía que darle un pase. Sus traumas eran algo que no todos superan.

—Bernard querido —le di un beso en el centro del pecho—. Eres un hombre de negocios avezado, un manipulador como ningún otro, pero algunas veces te comportas como un niño celoso, inmaduro y malcriado —se removió incómodo—. Que Vadim tenga otro amiguito no significa que no vaya a jugar más contigo, ni que lo quiera más que a ti. Es más, si usas tu mente de hombre adulto podrás entender que tu querido amigo siempre ha tratado a Sergei como a un niño indefenso, cuidándolo constantemente como si fuera a meter los dedos en el tomacorriente; en cambio a ti te trata como a un adulto, un igual. No necesita estar pendiente de cada uno de tus movimientos porque cree, cosa con la que no estoy de acuerdo por cierto, que eres un hombre hecho y derecho, que puede funcionar solito.

—Supongo —dijo a regañadientes.

—Dios nos libre de los niños ricos, voluntariosos e incomprensidos.

—¿Y qué hay de las niñas ricas, voluntariosas e incomprensidas?

—Esas son peores.

Ambos nos reímos.

—Hablando de niñas —dije con cautela, tratando de mantener el aire informal y relajado de nuestra conversación—. ¿Suspendiste la audición de la hija de Siena?

—No he tenido tiempo para eso.

—Y no tienes razón válida para hacerlo —finalmente subí el rostro y lo miré a la cara—. Deja que haga la audición y si es tan buena como se dice, busca una explicación para el dinero y trata de conseguir aunque sea una beca parcial. Mi sexto sentido de superheroína me dice que Siena y su hija son buenas personas.

—¿Por qué tendría que hacer eso? —preguntó, pero no había belicosidad en su tono.

—Porque suspender la audición te generaría más trabajo que dejar las cosas en marcha, porque has tratado de hacer daño sin razón convirtiendo a una niña en daño colateral de tu incapacidad de manejar tu afecto por Vadim y tus celos por Sergei, y porque, además, como te dije una vez: ser el héroe de alguien se siente bien.

—¿En serio?

—En serio —vi mis botas descartadas en el suelo del salón—. Solo no uses tacones mientras lo haces.

Capítulo 27

Sergei

Tenía mucho tiempo que no despertaba una mañana con el profundo convencimiento de que estaba donde me correspondía. Esa tranquilidad, esa llenura interna, era una sensación que ya no recordaba y se la debía a la mujer que estaba dormida a mi lado. Siena.

Recordé la noche anterior con una sonrisa de esas que te asaltan antes de que te des cuenta. Tenía mis sospechas, pero ahora estaba convencido de que nunca antes había hecho el amor. Con ella fue la primera vez que la mecánica, las artimañas y la búsqueda, por sobre todas las cosas, de una sensación física dejaron de tener importancia, desaparecieron por completo del panorama y solo quedó el sentimiento para guiarme. Exactamente como ocurría en el día a día, hacer el amor con Siena era sinónimo de felicidad, de paz, de bienestar. No era una acción, era parte de otra cosa, un elemento de algo mucho más complejo.

Cuando lo recordaba no venían a mi mente imágenes de cuerpos sudorosos retorciéndose, palabras subidas de tono o posiciones que cambiaban constantemente buscando un mejor asidero. No. Solo podía recordar la sensación, el sentimiento que todavía permanecía dentro de mí haciendo que quisiera salir de la cama, abrir la ventana y gritar a todo pulmón que estaba enamorado y se sentía endemoniadamente bien. Sin miedos, sin dudas, sin conflictos.

Claro que, por otra parte, nadie podría obligarme en ese momento a abandonar la cama donde esa diosa rubia dormía acurrucada a mi costado. La visión era espectacular: las sábanas adhiriéndose a cada una de sus curvas, el cabello dorado desperdigado por la almohada y ese rostro que en ese instante, cuando ninguna preocupación la agobiaba, era delicado y hasta un poco inocente. Quería preservar esa expresión en su rostro por el mayor tiempo posible, no solo cuando estuviera dormida. Quería que fuera feliz y despreocupada.

La vi removerse un poco inquieta. Estaba por despertarse. Me acosté de lado, apoyé la cabeza en una de mis manos y esperé que abriera los ojos para disfrutar ese divino momento en que poco a poco volviera a la conciencia y se

diera cuenta de que yo seguía allí, muy cerca, seguramente con una sonrisa bobalicona en el rostro.

—Buenos días —dije en lo que abrió los ojos y una sonrisa perezosa e involuntaria le adornó el rostro.

Las primeras impresiones lo eran todo y esa mirada cariñosa y sincera (porque todavía se notaba que la consciencia no había regresado del todo) hablaba volúmenes de lo que había sucedido entre nosotros.

—Buenos días —respondió todavía sonando un poco somnolienta—. ¿Qué hora es?

Descuidadamente posé la vista en el reloj despertador que estaba en la mesa de noche.

—Van a ser las siete.

—¡Oh, Dios! Voy a llegar tarde.

Como un resorte salió de la cama olvidando en un segundo el perfecto estado de calma y abandono con el que había despertado. Caminaba por la habitación recogiendo la ropa regada y la sábana que había ido a parar al suelo, y yo solo podía centrarme en que estaba desnuda, llena de voluptuosas curvas y con su dorado cabello desordenado. Parecía una diosa escandinava tras una celebración. Claro, una a punto de tener un ataque de pánico por algo tan tonto como la hora.

—Siena, no vas a llegar tarde —dije saliendo de la cama—. En todo caso, vamos a llegar tarde.

Se me quedó mirando un poco confusa y aproveché el momento para abrazarla, juntando nuestras pieles, alineándonos de arriba abajo.

—No te preocupes —dije y le di un beso en esa arruga entre sus cejas que había aparecido cuando mencioné la hora—. Lo tengo todo bajo control.

—¿Tienes una máquina del tiempo? ¿Un teletransportador molecular?

La abracé más fuerte.

—Te presento tu nueva rutina —le di un beso en el cuello—. Siempre estaremos a la carrera intentando no llegar tarde. Necesitas acostumbrarte a la idea.

—¿Por qué?

Lentamente comencé a retroceder llevándonos a ambos hacia la cama.

—Porque cada mañana será difícil salir de la cama, porque haremos el amor a la luz del sol para iniciar el día como se debe —me senté trayéndola conmigo, por lo que quedó convenientemente sentada a horcajadas sobre mí y con mis manos sobre su cintura—. Luego nos ducharemos juntos,

supuestamente para ahorrar tiempo, cosa que nos hará perder más tiempo —la besé en el hombro— y apurados nos saltaremos el desayuno.

—No puedes ir a entrenar sin desayunar —dijo, pero no había una verdadera protesta en su voz.

—Caminaremos apurados por la calle hasta el metro agarrados siempre de la mano, esperaremos el tren abrazados porque nunca será suficiente el tiempo que estemos juntos —besé su mejilla—, y compraremos un par de crepes en el puesto que está cerca del teatro —deslicé mis manos desde su cintura hasta su cadera—. La mía será salada, la tuya dulce, y te robaré siempre la mitad solo para fastidiarte, aunque compraremos un solo café para compartir ¡Qué no se diga que soy un botarate que no sabe hacer economía!

La besé en los labios y, aunque pretendía que fuera un juego, algo breve, no más que un roce, el sello de una promesa, ella quiso más y no era yo la persona más adecuada para negárselo. La besé una y otra vez y mi cuerpo terminó de despertar asegurándome que, más allá de las palabras, así era como quería pasar cada mañana de mi vida.

—¿Tenemos un acuerdo? —pregunté y aunque traté de que no se me notara, la voz me traicionó volviendo a tener esa cualidad de súplica—. Por favor, dime que tenemos un acuerdo.

Por toda respuesta bajó su mano deslizándola entre ese pequeño espacio que quedaba entre nosotros, tomó mi miembro entre sus manos, lo colocó en su entrada y se empaló en mí. Por un segundo se me olvidó cómo respirar y la visión se me desenfocó. Ella estaba tan caliente, líquida... Era toda pasión, era toda mía.

Puso ambas manos sobre mis hombros y comenzó a moverse en lo que esperaba fuese la rúbrica a nuestro pacto. Supe que probablemente no llegaríamos tan tarde porque esto no se prolongaría demasiado.

—Siena, mi amor, tienes que apurarte, o de verdad vas a llegar tarde, y no me refiero únicamente al trabajo.

Llevaba rato viéndola dormir, dejando volar mis fantasías. Antes de que ella despertara yo ya había comenzado y estaba por terminar. Soltó uno de mis hombros y guió su mano hasta su sexo. No podía ver bien lo que hacía, pero lo imaginaba.

—Quieres matarme —dije entre jadeos tratando de pensar en otra cosa. Repasé mentalmente la nueva coreografía que estábamos ensayando, conté la música en mi mente, pero nada podía desconectarme de ese momento. La sentía latir a mi alrededor, demandante, urgida, y aunque era yo quien estaba

dentro de ella, la sentía dentro de mí, en cada parte de mi cuerpo.

Siena se tensó sobre mí, luego siguió el grito y la divina sensación de que me halaba poderosamente todavía más adentro, succionándome, demandando sin ninguna cortesía. Me dejé llevar por la sensación, por el instinto. Sentí que el orgasmo duró horas y a la vez segundos.

Cuando colapsé sobre la cama con Siena encima, sentí que el colchón se movía bajo mi espalda, sacudiéndose de forma incontrolable. Me di cuenta de que era yo, temblando, como un maldito adolescente. Las capas tectónicas de mi mundo se estaban resquebrajando, ajustándose a una nueva posición.

—¿Te gusta tu nueva rutina? —pregunté en lo que pude controlar el sentimiento abrumador que me impedía hablar.

Siena simplemente levantó la cabeza desde mi pecho y me dedicó una sonrisa triste.

¡Oh, no! No se suponía que esa iba a ser su respuesta.

—No es tan fácil, Sergei —dijo y comenzó a incorporarse.

No se lo permití. La volví a pegar contra mi cuerpo. No la dejaría escapar tan fácilmente. No me daría por vencido como con tantas otras cosas en mi vida. No cuando sentía que era realmente importante.

—¿Qué es lo difícil? —pregunté acariciando su espalda, tratando de que se relajara—. Estoy enamorado de ti, tú sientes cosas por mí, lo sé, no trates de negarlo. Hemos compartido por meses y ya dormimos juntos y esa parte, debo decir, funciona de maravilla. ¿Qué es lo complicado? ¿Qué nos impide estar juntos?

—Solo digo que tengo que considerarlo.

—No, no lo compliques, Siena. No crees trampas en tu mente que no existen en la realidad. No te estoy pidiendo que vivamos juntos o que te cases conmigo. Solo te pido que comencemos una relación seria y comprometida —esperé por unos segundos a ver si alguna especie de miedo oscuro me asaltaba, pues Sergei Petrov y relación comprometida no eran cosas que normalmente fueran juntas en la misma oración, pero esa certeza de la noche anterior seguía allí—. Quiero construir una vida en París, contigo, un día a la vez.

—Vamos a pelear montones.

—Y nos reconciliaremos cada vez, porque no hay nada que me haga desearte más que cuando me regañas.

—Va a ser duro.

—Lo único duro que vamos a enfrentar es cómo me pongo cada vez que te

tengo cerca.

—Eres un guarro.

—Sé que te da miedo —la besé en el tope de la cabeza—, pero la confianza no es algo que se pide, es algo que se gana y yo seguiré ganándome la tuya como lo he ido haciendo hasta ahora. Solo te pido una oportunidad. Puedes llevar la cuenta, asignarme puntos, poner estrellas doradas en la puerta del refrigerador cada vez que haga algo bien.

—¿Estrellas doradas? —levantó la cabeza y me miró con divertida suspicacia.

—Soy una estrella, las merezco —me encogí de hombros—, y cuando tenga suficientes estrellas, te las cobraré con métodos muy creativos.

—¿No te da miedo? —preguntó muy seria y sabía que no se refería a las estrellas doradas ni a mis métodos de cobranza.

—Mírame, Siena —levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Le di unos segundos para que viera que no había nada que nublara mi expresión—. No, nada de miedo. Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida.

Se tomó unos segundos más viendo mi expresión. Luego suspiró.

—Está bien —dijo finalmente y tuve que contenerme para no aplaudir o levantar el puño en el aire.

—¿Eso quiere decir que eres mi novia? —pregunté tratando de parecer inocente. Ella solo puso los ojos en blanco—. Lo pregunto para saber si cuando nos encontremos a alguien puedo decir: «Te presento a mi novia, Siena», o si cuando tengo que buscarte en el trabajo puedo preguntar «¿Han visto a mi novia?». Creo que decir «mi pareja» sonaría más adulto, pero todavía el término no me termina de sonar correcto. Tal vez «la mujer de mi vida», que tiene cierto toque dramático.

—Madura, Petrov —dijo y comenzó a levantarse y no pude evitar la enorme sonrisa que afloró en mi boca de la nada. Me encantaba cuando me regañaba—. Primero que nada tenemos que hablar con...

—¡¿Mamá?!

El grito de Andrea vino conjuntamente con el sonido de la puerta del departamento al cerrarse.

Siena se quedó paralizada con la sábana que había recogido del piso entre las manos y el terror pintado en el rostro.

—Olvidé mi libro de Biología. ¿Sabes dónde está? —gritó mientras la escuchábamos moverse por el recibidor.

—Se suponía que no vendría esta mañana —me dijo Siena en un susurro—.

Debía ir directo de la casa de su amiga al instituto.

—¿Mamá? ¿Todavía estás dormida? —su voz se escuchaba peligrosamente cerca de la puerta de la habitación—. ¿Te sientes bien?

—¡No entres! —gritó Siena al mismo tiempo que la puerta de la habitación se abría.

Por unos momentos me volví flash y antes de que Andrea entrara tomé una almohada cercana y me cubrí con ella lo mejor que pude. Instintivamente, Siena subió la sábana que sostenía hasta sus hombros.

Andrea se quedó en el umbral. Pasó una mirada confundida, una y otra vez, de su madre de pie intentando cubrirse con una sábana a mí, todavía en la cama con una almohada en mi parte interesante.

—A la mierda —dijo con una perfecta expresión de horror en su rostro antes de darnos la espalda e irse.

No podía culparla. Eran exactamente las palabras que se repetían en mi mente una y otra vez.

—¡Andrea! —Siena la llamó y amagó con ir tras ella. La tomé por el brazo impidiéndolo.

—No creo que perseguirla cubierta por una sábana sea la mejor idea.

—¿Y qué se te ocurre? —preguntó furiosa.

—Yo iré —dije apartando la almohada y saliendo de la cama.

—Estás desnudo —me miró de arriba abajo.

—Y es el traje que me sienta mejor —me miró como si estuviese a punto de asesinarme—, aunque no creo que sea prudente para la ocasión.

Recogí mis vaqueros del piso y me los puse lo más rápido que pude. En mi camino hacia la puerta recogí mi camiseta.

—Sergei...

—No te preocupes —traté de darle mi mejor sonrisa tranquilizadora—, tengo todo bajo control.

¡Sí, cómo no! Eso no estaba en los planes. Obviamente que Andrea estaba en los planes. Encontrarnos juntos y desnudos, no. Siena iba a entrar en pánico. Si esta situación no se arreglaba iba a perderla antes de que todo comenzara.

Andrea no estaba en el recibidor. La puerta estaba entreabierta, así que seguí el rastro, temiendo la posibilidad cada vez más inminente de tener que perseguirla por las calles de París descalzo. Afortunadamente para mis pies, que a fin de cuentas eran mi instrumento de trabajo, la encontré sentada en las escaleras. Me pasé la mano por el cabello tratando de darle algún tipo de apariencia ordenada, de adulto serio y responsable.

—Andrea —dije sentándome a su lado.

—Cállate. Estoy procesando —cerró los ojos, se puso las manos en la frente y arrugó la cara.

Esperé.

Esperé.

Esperé un poco más, pero no tenía tiempo que perder. Si no la calmaba, Siena iba a enloquecer.

—Háblame. Te puedo ayudar a procesar.

—Te encontré desnudo en la cama con mi mamá —me miró furiosa—, quien por cierto también estaba desnuda. Esa imagen está grabada en mi cerebro —se dio un golpe en la frente—. Voy a arrastrar un trauma por el resto de mi vida.

—Estás siendo dramática.

—¡Es mi mamá!

—Estoy al tanto, vi la cicatriz que lo prueba.

Levantó las dos manos frente a mí y cerró los ojos.

—Demasiada información.

—Disculpa —hice la mueca respectiva—. No se suponía que te enterarías así. Tenía todo este plan que parecía de una serie norteamericana. Nos sentaríamos muy solemnes en el salón, Siena y yo nos tomaríamos de las manos, te diríamos que estamos juntos y contestaríamos todas tus preguntas de la forma más civilizada.

Bufó.

—¿Y yo soy la dramática? ¿En dónde vives? ¿En Narnia?

—Andrea, trata de entender.

—¿Entender qué? Es mi mamá, Sergei. Es una buena mamá y una buena persona. Nunca ha traído hombres a la casa, no desde Claude, y yo era muy pequeña para recordar ahora el protocolo.

—Tocar la puerta estaría bien.

—Te odio.

—Solo decía —levanté las manos en señal de rendición.

—¡Sabía que esto ocurriría!

—Bailarina, reina del drama y psíquica.

Me miró exasperada.

—Nunca hubo un hombre en nuestras vidas y de repente, te abre la puerta —negó con la cabeza—. Sabía que le gustabas y no hice nada por impedirlo porque también me gustaba que estuvieras allí, con nosotras. Solo rezaba para

que no te dieras cuenta.

—¿Por qué?

—Porque eres tú, tienes una reputación y no quiero que la lastimes. No creo que mi mamá tenga la fortaleza para estar con alguien así, ni yo para soportar que seas tú quien le rompa el corazón. Eres mi amigo, me gustaban las cosas como estaban. No quiero tener que odiarte.

—Acabas de decir que ya me odias.

—Pero es un odio circunstancial —explicó—, todavía no eres mi archienemigo.

—No tengo en mis planes ser tu Némesis y, créeme, Siena tiene más fortaleza de la que puedas imaginar y no voy a lastimarla. No puedo, me tiene amarrado en la punta de sus dedos —me miró como si no me creyera—. El único corazón en riesgo aquí es el mío.

—¿Quieres decir que es algo serio? —preguntó muy seria.

—Y espero que permanente.

—¿Van a casarse o algo así?

—No le digas eso a tu madre porque va a enloquecer. Creo que tiene problemas para comprometerse.

—¿Y tú no?

—¿Yo? —me señalé el pecho—. No. Si se trata de Siena, quiero el paquete completo.

Me miró de forma especulativa.

—No esperes que te llame papá ni nada por el estilo.

—No —me reí un poco—, pero sí espero verte en tu graduación de la Escuela de la Ópera y sentirme orgulloso, cuidarte y orientarte durante toda tu carrera y disfrutar en el público de tu primer papel importante cuando seas profesional.

Mientras decía cada palabra podía imaginar estos acontecimientos y algo tibio inundó mi pecho. Quería ser parte de la vida de Siena y también de la de Andrea, no porque no pudiera tener a una sin la otra, sino porque la niña de verdad me importaba.

—Eso es un futuro muy remoto.

—Eso es toda tu vida, porque planeo quedarme hasta el final, pero para eso necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Eres lo más importante en la vida de tu madre. Si por algún momento ella sospecha que no estás de acuerdo con esto, me va a dejar y eso no será bueno

—puso los ojos en blanco—. La amo, Andrea. No te pido que lo entiendas, porque algunas veces tampoco tiene sentido para mí. Sé que puedes pensar que es pronto o producto de algún arrebató, pero ese tipo de cosas simplemente se saben y no hay un tiempo preestablecido para que los sentimientos nazcan. Tu madre nunca ha sido amada como se merece. Planeo rectificar esa situación por el resto de mi vida.

—Eso fue muy romántico —me dijo sonriendo—, pero arruina una de las mayores fantasías de mi vida.

Me quedé atónito.

—¿Y cuál es esa fantasía? —pregunté aterrado pero haciendo lo posible para que no se me notara.

—Que algún día bailáramos juntos.

Me reí de alivio y creo que desperté a unos cuantos vecinos en el proceso.

—¿Y por qué no podemos?

—No seas obtuso —puso los ojos en blanco otra vez—. Todos los papeles importantes en el ballet son de gente que está enamorada: *Romeo y Julieta*, *El lago de los cisnes*, *Giselle*.

—Somos artistas, Andrea. Fingimos. No he estado enamorado de ninguna de mis parejas de baile.

—Sí, lo sé, y no tendría el menor problema en actuar ser el amor de tu vida si fuéramos amigos, pero si vas a ser el novio de mi mamá no puedo estarte besando en el escenario —se sacudió como temblando—. Sería asqueroso.

—No había pensado en eso —la empujé con el hombro, jugando—, pero cuando llegue ese momento con seguridad habrá un bailarín más joven y talentoso con el cual quieras bailar y yo los conoceré a todos porque soy alguien importante —le guiñé un ojo—. Puedes usar mis conexiones.

—Ahora tratas de sobornarme.

—¿Está funcionando?

Sonrió y se puso de pie.

—Debo irme al instituto.

—¿No vas a buscar tu libro de Biología?

—Te encontré desnudo en la cama con mi mamá. He tenido suficiente biología por hoy.

—¿Cuántas veces vas a usar esa carta contra mí?

—Todas las que pueda —sonrió presumida y comenzó a bajar la escalera.

—No corras. ¡Cuida ese pie! —le grité—. Esta noche tenemos que entrenar.

Y cuando Andrea salió de mi campo de visión, tuve la certeza de que todo

iba a salir bien.

Capítulo 27

Gabrielle

Siena caminaba de un lado al otro de la puerta cerrada. Con toda seguridad al final del día los sagrados y antiguos pasillos de la Ópera Garnier iban a tener un desgaste más que evidente.

—¿Sabes que va a estar bien? —le pregunté desde mi posición estratégica en el último peldaño de la escalera que daba al piso superior. No estaba en mis planes asistir en el futuro próximo a otra gala o cena de beneficencia para recaudar fondos para la restauración de los pisos—. Es una audición, no la inquisición española.

—Sí, lo sé —me contestó, pero sonó ausente, distraída. No ayudaba el hecho de que mientras soltaba esas elocuentes tres palabras mirara tres veces hacia la puerta cerrada.

—No está allá dentro sola e indefensa —le dije intentando otra estrategia para que dejara de destrozarse los nervios llevándose los míos en el proceso.

—Sé que Sergei la cuidará.

Esta vez sí sonó convencida y como prueba en esa oportunidad la puerta no fue el equivalente inanimado de la cosa más interesante del mundo.

—No estoy preocupada —dijo y no le creí ni media palabra—, solo curiosa.

—Claro, pero como dicen: el que espera, desespera. Así que mejor comencemos a distraerte —di unas palmaditas al espacio vacío a mi lado—. Ven, siéntate aquí.

Tras otra mirada furtiva a la puerta y un suspiro, la rubia se acercó y se sentó a mi lado.

—Creo que no te he agradecido. Sergei me dijo que lo ayudaste a organizar todo esto.

—¿Yo? —negué con la cabeza—. Solo soy una chica con un salón de tatuajes —me encogí de hombros— que conoce a algunas personas. Mi participación fue únicamente como puente.

—De todas formas, muchas gracias —se miró las manos—. Sé que no lo hiciste por mí o por Andrea, sino por él...

—¿Por él?

—Sergei.

—Ah —tuve que hacer mi mejor esfuerzo por no reírme. ¿Esta era la versión celosa de Siena? ¿Es que acaso no se daba cuenta?—. Puedes preguntar, si quieres.

—¿Preguntar? —levantó la vista de sus manos y la enfocó tímidamente en mi rostro.

—O no —me encogí de hombros otra vez—. De todas formas voy a decírtelo —la miré a los ojos, aunque sin dejar de sonreír—: Sergei Petrov y yo no fuimos, somos, ni seremos novios, amantes o cualquier otra cosa de tipo romántica o sexual.

—No quise insinuar...

—Sí, lo hiciste y no hay problema. Todo sería mucho más fácil en el mundo si la gente fuera más honesta.

—Te vi varias veces entrar y salir de su casa —dijo luciendo avergonzada.

—Los hombres y las mujeres, incluyendo los extraordinariamente atractivos, pueden ser amigos.

—Ustedes dos se parecen mucho —se rio un poquito. Era de esas risas que se escapan y aunque no llegan a convertirse en carcajadas aligeran todo a su alrededor—. Ambos son hermosos, seguros, artistas. Algunas veces me pregunto cómo fue que...

—¿Terminó en tus brazos? —la miré e hice una mueca—. Déjame compartir contigo una de mis conclusiones sobre la vida: los filósofos, las series de televisión y las corporaciones esas que hacen tarjetas de felicitaciones han metido un poco la pata repitiendo términos como «media naranja» o «almas gemelas». Si nos llevamos por la semántica, esperamos a alguien que se parezca a nosotros de alguna manera, pero la cosa es que un alma gemela no es alguien como tú, sino alguien que te complementa, que llena los espacios en blanco de tu vida para crear una historia completa, el balance que antes faltaba —dándome cuenta de que me estaba poniendo muy seria, hice una mueca—. Sé cómo funcionan esas cosas de primera mano.

—¿Tienes a tu media naranja?

—No, tengo una gemela y no se parece en nada a mí. Es la parte que me falta.

La puerta hizo un sonido y esta vez no fue solo Siena. Ambas volteamos como si David Gandy fuese a salir, desnudo, por allí. Quien emergió fue Sergei y, normalmente, hubiese sido una buena competencia para el modelo, pero estaba completamente vestido y con una cara toda seriedad. Creo que desde donde estaba sentada podía escuchar los latidos desesperados del

corazón de Siena, quien, como impulsada por un resorte, se pudo de pie y comenzó a caminar hacia él.

—¿Qué pasó? —le preguntó con un hilo de voz.

Una sonrisa lenta y triunfal apareció en el rostro del ucraniano.

—Estuvo perfecta.

Pude ver la tensión evaporándose de los músculos de Siena.

—Gracias Dios mío.

—De nada —le respondió el ucraniano con una sonrisa de suficiencia, lo que le valió un cariñoso manotazo por parte de Siena—. De todas formas, por si acaso, tenía todo este plan preparado en caso de que alguna de las combinaciones fuera muy complicada.

—¿Qué plan?

—Me senté justo en el borde de la silla. Si la veía titubear, me arrojaría al suelo para que todos me vieran y si alguien del comité académico, por casualidad, veía la falla siempre podría achacarla a que se desconcentró por mi caída.

—Eres tan inmaduro —Siena le pasó los brazos por la cintura y recostó la cabeza en su pecho—, pero también muy dulce.

Él la abrazó de vuelta y le dio un ligero beso en la cabeza susurrándole algo que no pude escuchar. Tampoco me hacía falta. No existían palabras para describir la compenetración que expedían. Era como si la calidez y la ternura pasaran de uno a otro, retroalimentándose y creando una nube calentita y contagiosa alrededor.

Tuve que ponerme las manos sobre la boca para reprimir el sentimiento que seguramente terminaría expresándose en las más sentidas lágrimas de alegría. ¡Soy medio sensible, pero odio hacer escenas! Esta era la mejor parte de mi autoimpuesta forma de terapia: dejar a la gente en ese lugar a partir del cual solo tenían que seguir un camino directo hacia la meta.

La fulana puerta volvió a abrirse y tampoco emergió Gandy, solo Bernard, quien inmediatamente me ubicó con la mirada y comenzó a andar sin dar indicios de que existieran otras personas en el pasillo. Mi querido amigo, el hombre del corazón de hielo.

—Cariño —dije poniéndome de pie con más rapidez de la que Siena había empleado e interceptándolo antes de que pudiera tomar la vía de escape—, ¿cómo estuvo todo?

Me paré frente a él y le tomé las manos, anclándolo en el lugar. No habíamos terminado y no lo iba a dejar escapar tan fácilmente. Todavía había

trabajo por hacer.

—Bien, creo —fue su respuesta, lacónica, fastidiada. Bernard en su máxima expresión.

Tiempo de desempolvar cualquier buen consejo de Emily Post.

—Bernard, permíteme presentarte a Siena Planchard —señalé a la rubia—, la madre de Andrea. Siena, él es Bernard Duserre, presidente honorario de la junta directiva de la Escuela de la Ópera, y mi mejor amigo.

—Señor Duserre —Siena se adelantó un paso y le extendió la mano. Sin embargo, no pudo avanzar más. Sergei puso su mano en una de sus caderas en el gesto más posesivo de la historia—, muchísimas gracias.

—No tiene nada que agradecer, señora Planchard. —Bernard dio un paso adelante y estrechó su mano, estudiando a la rubia de arriba abajo en el proceso. Sergei abrazó a Siena por la cintura. De un momento a otro ese par iba a comenzar a levantar la pata a ver quién podía hacer pis más alto—. Su hija es extremadamente talentosa. Me extraña que trabajando aquí no hubiese acudido antes a nosotros.

—No tenía los recursos para costearlo —dijo apenas soltando la mano de Bernard.

—En relación a eso —Bernard sonrió. Ese demonio podía ser encantador cuando quería—, Gabrielle me explicó que el dinero a su nombre es una herencia para la niña. Mi asesor financiero está preparado para asistirle en ese caso —hurgó en su bolsillo y sacó una tarjeta—. Llame a mi secretaria y ella programará la cita.

—¿Una cita? —dijo tomando la tarjeta.

—Creo que lo más sencillo sería abrir un fideicomiso para Andrea, uno que no podrá tocar hasta que tenga veintiún años. De esa forma puede alegar que no puede acceder al dinero. Luego que eso esté resuelto, procederemos con los trámites de la beca.

—¿Le van a dar una beca?

—Bueno, aquí les gusta el misterio y la burocracia, pero Andrea recibirá un correo electrónico próximamente informándole de que ha sido aceptada y de los pasos para su inscripción para el próximo año escolar a partir de septiembre. Lamentablemente no hay tiempo para solicitar la beca aquí antes de que el asunto con sus finanzas se resuelva, pero soy el presidente de la Fundación para las Bellas Artes de París. Nosotros cubriremos la mitad de la colegiatura y de la otra parte se encargará la Fundación Chekov para Jóvenes Bailarines.

Un silencio asombrado envolvió a los presentes. Parecía que Siena iba a llorar y Sergei lucía completamente estupefacto. Yo solo quería sonreír presumida. Ese era mi gran final. Solo me faltaba hacer la reverencia y cosechar los aplausos.

—Muchísimas gracias —dijo Siena bajito.

—No te preocupes, linda —dije tratando de bajarle el nivel a esa conversación—. Son asquerosamente ricos y esto los ayuda a rebajar impuestos.

La puerta se abrió nuevamente y Andrea salió todavía sudada, pero sonriendo. Siena murmuró lo que sonó como «con permiso» y fue a encontrarse con su hija.

—Muchas gracias —Sergei dio dos pasos adelante y le ofreció su mano a Bernard—, por todo.

—Ni lo menciones. —Bernard devolvió el apretón—. Era lo menos que podía hacer.

Miré a Sergei y le guiñé un ojo.

—Bien hecho, príncipe.

—Aparentemente, no solo las princesas necesitan un hada madrina.

Extendió los brazos a sus costados y movió los dedos en el clásico gesto de «ven acá». Lo abracé fuerte y me abrazó igual y el gesto me rompió un poquito el corazón.

—Cuida de tus chicas —dije dándole un beso en la mejilla.

—Lo haré —me separó de él y me miró a los ojos—. Gracias Gabrielle. Fuiste una luz en mi vida cuando la oscuridad quería llevarme.

—Bueno, es mi vocación. Soy una maldita linterna portátil.

—Sergei, deberías llamar a Vadim —intervino Bernard—. Quiere saber de ti. Sin intermediarios.

Sergei asintió. Bernard estiró la mano en mi dirección y así, tomados de la mano, caminamos por el pasillo dejando a Sergei atrás. Estaba a punto de comenzar a bajar la escalera cuando los gritos de alegría me distrajeron. Volteé y Sergei cargaba a Andrea balanceándola mientras que Siena reía.

—Es sorprendente —dijo Bernard con cierto desdén también mirando la escena— cómo algunas personas pueden ser felices con tan poco.

—Se ven como una familia y tener una familia no es poca cosa —comencé a bajar la escalera—. ¿Se siente bien, verdad?

—No estoy seguro. La única familia que me importa eres tú y puedes ser un verdadero dolor en el trasero.

Lo miré con una mueca.

—Estoy hablando de hacer algo bueno por otras personas. No niegues que se siente bien.

—No estoy seguro —se encogió de hombros—. Es una sensación extraña como por aquí —con la mano libre se tocó la mitad del pecho—, pero puede ser que tomé mucho café esta mañana.

—Bernard...

—Se siente bien verte feliz —admitió—. ¿Suficiente?

—Por ahora.

Capítulo 28

Sergei

Seis meses después

—¿Dónde demonios está esa niña?

—Sabes perfectamente que está en el cine —me respondió Siena con una voz divertida—, y el que estés parado viendo por la ventana no la hará regresar antes.

—La película terminó hace diez minutos.

—Y todavía no inventan los teletransportadores —siguió hablando a mis espaldas, calmada. El sonido del cuchillo cortando vegetales para la cena no se detuvo—. Además está con sus nuevos amigos de la Escuela de la Ópera. Seguramente fueron a comer algo o a caminar un rato.

—¿Nuevos amigos? —bufé—. No me gusta que salga con Issac Budeloir. Sé muy bien lo que tienen en mente los talentosísimos estudiantes de ballet de diecisiete años. ¡Yo fui uno!

La risa fuerte y gruesa inundó el lugar. Seguramente la escucharon hasta los vecinos. Volteé solo para lanzarle una mirada asesina a Vadim, quien estaba en la cocina con Siena enseñándole a preparar sabrá Dios qué.

Después de la audición de Andrea seguí el consejo de Bernard y lo llamé. Fue la conversación más incómoda desde la invención del Skype y concluyó con una invitación para que pasáramos parte del verano con él y Marianne navegando por el Pacífico. No puedo negar que pasar tres semanas en un yate de lujo con mis mejores amigos ayudó a limar cualquier tipo de aspereza y alejamiento.

Incluso la visita de Bernard durante un fin de semana, en el que se dedicó más que nada a pescar con Vadim (actividad que aprendí era tremendamente aburrida), no estuvo tan mal; más que nada porque vino con Gabrielle e inmediatamente se hizo la mejor amiga de todo el mundo. Con Marianne dedicó horas a tratar de determinar cuál era el mejor lugar para comer pizza en Nueva York y ambas se rieron cómplices cuando Vadim mencionó un lugar en Nápoles, como si comer pizza en Italia fuese cosa de aficionados. Dibujó flores con un marcador en los brazos de Andrea, lo que me hizo temer que la pequeña quisiese un tatuaje cuando alcanzara la mayoría de edad; y habló de

música con Siena.

Siena estuvo un poco cohibida al principio, rodeada de tanta gente nueva y distinta, pero eventualmente se soltó un poco. Andrea, por su parte, no dejó de repetir que eran las mejores vacaciones de su vida y ya estaba hablando de visitar Nueva York en primavera.

Ahora, cada vez que Vadim iba a Londres por negocios, cosa que ocurría cerca de una vez al mes, pasaba a visitarnos. Siempre traía un regalo para Andrea y practicaba alguna receta con Siena.

—¿Qué se supone que es gracioso? —le pregunté molesto.

—Los hombres disipados deberían saber que el castigo divino siempre será tener una hija y así recordar lo que le hicieron a las hijas de los demás.

Lo miré amargado. Andrea no era mi hija, aunque algunas veces la sentía como tal y no podía negar que cuando alguien la llamaba así yo crecía como un centímetro.

Si a algún bailarín imbécil se le ocurría siquiera... No, no iba a torturarme explorando esa línea de pensamiento. Mejor era torturar a Vadim y la herramienta perfecta para hacerlo estaba en la ciudad.

—Y los hombres mandones pierden a sus novias —le dije con una mueca—. ¿Dónde dijiste que estaba Marianne?

—De compras —respondió concentrándose nuevamente en los pimientos.

—¿De compras? —pregunté sarcástico—. ¿Te das cuenta de que palabras como «Marianne» y «compras» no van jamás en la misma oración?

—Es París.

—Y Marianne solo compra en Gap y en Target. No tiene nada que buscar aquí.

—Gabrielle le habló de una tienda *vintage*.

Esa vez fue mi turno de reír. Lo que era igual, no era trampa.

—¿Marianne y Gabrielle juntas? —reí un poco más solo para atizarlo—. Debes de estar aterrado.

—No tengo por qué —dijo tratando de aparentar que no le importaba, pero lo conocía bien. Si no tuviera las manos ocupadas se las estaría pasando por la nuca.

—Tal vez Marianne vuelva con un tatuaje enorme en su espalda o un *piercing* en el ombligo —levanté las cejas un par de veces—, porque una cosa es segura: no están comprando ropa.

Vadim me miró con su conocida cara de pocos amigos y estaba a punto de decir algo cuando la puerta se abrió y Marianne entró con una expresión rara,

una que nunca antes le había visto y que, por eso, no podía descifrar.

—¡Hola! —dijo sonando extrañamente animada, demasiado, casi en pánico.

Gabrielle entró después, cerró la puerta y se recostó en ella. Casi parecía una agente de seguridad impidiéndonos huir. El problema era: ¿de qué?

—¿Compraste algo? —preguntó Vadim curioso, aunque era más que evidente que no traían ni un solo paquete.

—No. De hecho —Marianne miró a su alrededor y tras considerar varias opciones, se dejó caer en el sofá—, fuimos a... a...

—Marianne, ¿qué pasa? —Vadim dejó el cuchillo sobre la encimera.

Ella lo miró, tomó una gran bocanada de aire y la soltó ruidosamente.

—Estoy embarazada.

Por unos segundos nada sonó. Creo que hasta las cacerolas dejaron de hervir solo en anticipación. Yo ni siquiera estaba respirando.

—¿Qué? —preguntó Vadim finalmente. Su rostro era una máscara de horror.

—Estaba retrasada pero me sentía bien, nada de náuseas ni mareos ni ninguna de esas cosas que siempre ponen en las películas, así que no le di mayor importancia —se encogió de hombros—, pero después de unas semanas esperando aunque fuera un mínimo calambre que nunca llegó, pues bueno, me dio curiosidad y pensé que tal vez, probablemente... Ningún método es infalible a fin de cuentas —Marianne estaba, definitivamente, en uno de sus arrebatos, hablando a mil por hora sin apenas tomar aire—. Compré una prueba casera, hice pis en el palito y salió positivo y aun así quería estar segura antes de decirte nada porque ¿quién en su sano juicio querría que tuvieses un episodio a lo Kylo Ren?

—¿Quién demonios es Kylo Ren? —preguntó Vadim levantando la voz un grado más de lo necesario.

—El nuevo villano en la más reciente película de *La guerra de las galaxias* —explicó Gabrielle todavía recostada en la puerta—, el que mata a...

—¡No lo digas! —grité horrorizado—. Todavía no la he visto.

—¿Y cómo has evitado los *spoilers*?

—No reviso el Twitter.

Vadim nos miró perplejo, como si fuésemos todos los habitantes de la sala común de un sanatorio mental y él no tuviera ni la más mínima idea de por qué había despertado en ese lugar.

—Sabes cómo eres —Marianne lo miró sonriendo trayéndolo de vuelta del episodio de *Historia de horror americana* donde había aterrizado—, medio

intensito con todo lo que no planeas cuidadosamente y esto, definitivamente, no lo planeaste y, créeme, yo tampoco. Así que como estábamos aquí en París, le pedí a Gabrielle que me llevara a un médico de su confianza. Hizo el análisis de sangre, que también salió positivo, y luego la ecografía. Así que está confirmadísimo: eres un semental, no hay barrera anticonceptiva que te detenga.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Vadim pasándose la mano por la nuca.

—Si recuerdo correctamente, *brethren*, tuvimos esa charla. Te lo expliqué todo —intervine porque esto no iba bien. Vadim no estaba respondiendo adecuadamente, ni siquiera la broma de Kylo Ren lo había hecho reaccionar. Si fuera yo el que recibiera ese tipo de noticia, de seguro estaría lanzando una fiesta. Es más, estaba a punto de mandar a buscar el champán y eso que no era parte integral del asunto—. Cuando mami y papi se quieren mucho, mucho, mucho...

—Ahora no —me dijo lanzándome una de sus miradas heladas—. Necesito mi teléfono. ¿Dónde está? —comenzó a palparse todos los bolsillos desesperado—. ¡Maldito aparato!

—Está en el bolsillo delantero de tus pantalones —dije apuntando el lugar—. Es eso o estás listo para hacer otro bebé.

Pasó de mi comentario, encontró el teléfono y dos segundos más tarde estaba ladrando órdenes a diestra y siniestra mientras caminaba de un lado para el otro. Hablaba en ruso así que nadie, excepto yo, podía entender que estaba buscando al obstetra más famoso de Nueva York para que los atendiera con la mayor brevedad posible, asegurándose de que el avión estuviese listo para despegar en cualquier segundo, planificando un «plan b» que incluía un barco, en caso de que la condición de Marianne le impidiera viajar vía aérea, y tratando de contactar a su abogado que, debido a la diferencia horaria, de seguro estaba en Nueva York durmiendo.

Era tierno en medio del torbellino, pero nadie lo sabía porque no podían entenderlo y si se guiaban solo por su cara podrían inferir que planeaba cambiarse el nombre y huir a Siberia.

Marianne seguía sentada en el sofá, sorprendentemente calmada. Extrañamente esta vez era Vadim el que perdía los estribos y, aunque era divertido verlo así, necesitaba darle un par de bofetones para que entrara en el juego.

—*Brethren* —dije acercándome lentamente, como quien se aproxima a un perro rabioso. Le hablé en ruso para centrarlo—. Dame el teléfono.

—Necesito, necesito... —miró el teléfono como si fuera una brújula y

estuviera perdido en el medio de un bosque.

—Estás asustando a Marianne. Lo único que necesitas es hablar con ella.

Volteó a verla y ella seguía allí tratando de mantener la sonrisa, pero era obvio que esperaba algo de él, algo, al menos, en un idioma que pudiera entender.

—¿Estás bien? —le preguntó tras tomar una bocanada de aire.

—Mejor que tú, obviamente.

—Marianne...

Vadim caminó hasta el sofá, se sentó a su lado y dejó el teléfono sobre la mesa.

—Ya te lo dije. Estoy perfectamente...

—¿Y el bebé? —dijo echando una mirada furtiva a su estómago, como si de un momento a otro fuera a salir de allí el alien de Ridley Scott.

—Sin ningún tipo de problemas.

Vadim suspiró y negó con la cabeza.

—Voy a ser papá —dijo como si todavía no lo creyera y me miró un poco perdido.

Le sonreí animado a ver si se contagiaba.

—Sé que es una sorpresa —insistió ella—, y puede que te tome un tiempo acostumbrarte a la idea, pero...

—Estoy feliz.

—¿Lo estás? —lo miró arqueando una ceja—. No lo parece y no hace falta. Si te soy honesta, yo...

—Cuando estoy convencido de que no puedes hacerme más feliz, vienes con esta noticia —la tomó de las manos, su voz flaqueando por unos segundos—. Desde que te conocí has puesto mi mundo de cabeza. Me vas a convertir en padre y no podías hacerlo de otro modo sino tomándome desprevenido como la primera vez, como cada día. Te amo.

Miré alrededor. Gabrielle tenía una sonrisa en los labios y Siena, mi Siena, tenía los ojos llenos de lágrimas. Es que cuando un hombre tan serio como Vadim se dignaba a ponerse romántico, hasta a mí me daban ganas de suspirar.

—Pero —siguió Vadim y todos contuvimos la respiración—, si vamos a ser padres creo que es conveniente que nos casemos. Soy un sujeto tradicional, Marianne, y creo que nuestro hijo merece que su papá y su mamá estén legalmente unidos.

—Está bien.

—Sé que no te interesan esas cosas, pero sería más sencillo en términos de

papeleo...

—*Brethren* —intervine de nuevo. Definitivamente la noticia no solo le había alterado los nervios, sino también el oído—. No la estás escuchando.

Por un momento pareció confundido.

—¿Acabas de decir que sí? —preguntó incrédulo.

Marianne se encogió de hombros como si no fuera la mayor cosa.

—¡Por Dios, mujer! —Vadim volvió a pasarse las manos por la nuca—. Tengo más de un año pidiéndotelo. He hecho el ridículo en *Fenway Park*, me arrodillé en medio de *Central Park*, también en una calle de Praga, y siempre has dicho que no. Si hubiese sabido que para que accedieras a casarte conmigo tenía que embarazarte, lo hubiese hecho hace mucho tiempo.

—Mi papá nos mataría si traemos un pequeño bastardito al mundo.

—No llames así a mi hijo.

—Puede ser una hija —le dije guiñándole un ojo.

—Afortunadamente —me lanzó una mirada que intentaba pasar por afilada, pero no había nada que disminuyera el brillo de felicidad en sus ojos—, no tengo nada que temer, como otros.

—Sí, claro, porque fuiste monje.

—De cualquier forma —intervino Marianne—, las condiciones son las mismas: ninguna boda extravagante o temática, nada de quinientos invitados entre los que se encuentre algún miembro de la realeza y nos casaremos en Nueva York, no en Moscú, y nada de Vera Wang.

—Tienes razón —dijo Gabrielle finalmente separándose de la puerta—, Wang está sobrevalorada. Te verías mejor en un Carolina Herrera.

—No estás ayudando —le dijo Marianne con una mirada de reproche.

—¿Por qué no usar ropa fabulosa si tienes la ocasión? Yo usaría un vestido de novia hasta para ir al mercado si es de diseñador.

—No lo dudo —dijo Vadim por lo bajo.

—La cena está lista —anunció Siena y mi cuerpo, por instinto, se volteó en su dirección; mi sirena—, pero creo que es conveniente que le demos a este par unos minutos a solas.

—Pero me estoy divirtiendo —Gabrielle hizo un mohín—. Estaba a punto de sacar las palomitas de maíz.

Siena la miró levantando una ceja en un claro gesto reprobatorio y eso fue suficiente. El ambiente cambió inmediatamente, todo el mundo calmándose. Eso sí que tenía mi mujer, era una mamá natural.

—Vadim, Marianne —dijo con una sonrisa—, felicidades.

—Sí —me acerqué y le di a Vadim un abrazo y un beso; luego hice lo mismo con Marianne—. Amiga mía, aunque suene contradictorio, prepárate porque vas a tener que ser el policía malo. Este —señalé a Vadim con el pulgar—, va a malcriar a ese pobre niño hasta que no haya quien lo aguante. Esa será la causa del divorcio.

—Un consejo —intervino Gabrielle con una mirada pícaro—, cástate mañana o espera a que nazca el bebé. No querrás verte como un odioso globo blanco en las fotos de tu boda.

—Suficiente —gruñó Vadim—. Ustedes dos conspiran en mi contra.

—Y otra cosa —continuó Gabrielle mirando a Vadim, y demostrando así por enésima vez que era inmune al ceño fruncido de mi amigo ruso—, llama a Bernard. Se va a poner insoportable si se entera por otra persona.

Vadim asintió y Siena empezó a sacarnos de allí prácticamente a empujones.

—Sergei —me llamó Marianne—. ¿Puedes quedarte un minuto?

—Seguro.

Siena siguió empujando a Gabrielle, quien protestaba por perderse la mejor parte y ambas salieron del departamento. Vadim, discretamente, se fue a la cocina.

—¿Has visto la segunda temporada de *The Flash*? —preguntó y quedé, en partes iguales, confundido y divertido.

Cualquier cosa trascendente que Marianne quisiese decir venía siempre con el símil de un programa de televisión o una película. Así que solo asentí esperando ver a quién comparaba con Barry.

—En la Tierra 1, esta chica llamada Marianne fue a un bar en Londres y conoció a un bailarín ucraniano, el hombre más hermoso que había visto en su vida y muy parecido a ella. Toda lógica indicaba que se enamoraría de él y serían felices para siempre, pero ella, sin proponérselo, terminó loquita por el rubio cara de palo —echó una mirada furtiva hacia donde Vadim se encargaba de guardar, lo que, en teoría, debió haber sido nuestra cena familiar—. En la Tierra 2, Sergei Petrov fue a una fiesta y conoció a una mujer hermosa con los ojos del color de un bosque en primavera. Todo apuntaba a que sería ella quien finalmente lo enamoraría, pero terminó encontrando el amor con la vecina rubia y seria. ¿Entiendes lo que digo?

—¿Qué los rubios siempre ganan?

—No —bufó—, mira lo que le pasó a Jax en el final de *Hijos de la Anarquía* —hizo una mueca y luego tomó mis manos—. Nuestros caminos, nuestras historias, son las mismas, tú eres yo y yo soy tú, solo que en universos

diferentes. Una vez te dije que había distintas clases de amor y me torturaba pensando que no me entendías y que eventualmente me odiarías... Por eso te dejé ir y, aunque te extrañé cada día, ahora me hace feliz que estés feliz, que tengas tu Sergei, que se llama Gabrielle, y tu Vadim, que se llama Siena; que hayas entendido que no decidimos de quién nos enamoramos, que hay una especie de ente superior encargado de darnos no lo que queremos en un momento determinado, sino lo que realmente necesitamos. Algunas veces solo hay que esperar.

—Marianne —la abracé—, nunca podría odiarte y siempre voy a amarte. Eres mi amiga, el yin de mi yang.

—Por eso quiero pedirte algo.

Se separó y me miró a los ojos. Lucía un poco llorosa. Tal vez tenía algo que ver con las hormonas.

—Lo que sea.

—¿Quieres ser el padrino de mi hijo? —por unos segundos la habitación pareció encogerse a mi alrededor—. Estoy asustada, Sergei. Este niño tiene un padre cuyo amor es tan intenso que puede sofocar y una madre loca que de seguro olvidará su cumpleaños y probablemente intentará darle comida china antes de que cumpla el año.

—¿Y yo soy el responsable en este escenario?

—Tú eres el que me rescató en Londres cuando Vadim me trataba como una visita inoportuna, se hizo fotos locas conmigo frente al Palacio de Buckingham y me llevó a tomar cerveza en un pub; el que me defendió de los Chekov en Moscú y me sacó de ese frigorífico que algunos llaman ciudad cuando solo quería morir congelada en una calle; el que se mudó conmigo para asegurarse de que saliera de la cama cada mañana y la depresión no me consumiera. Cuando a Vadim le dio por actuar como un macho machote por toda Nueva York, fuiste tú quien lo obligó a recapacitar. Sí, tú eres el responsable. Solo hacía falta que te dieras cuenta.

Ahora era yo el que estaba a punto de llorar. Me arrodillé frente a Marianne, puse mis manos en su estómago y le di un beso más arriba del ombligo.

—Me haces un gran honor y como pago solo puedo prometerte que le contaré a tu hijo las historias de horror que solo ocurren en el fondo de una botella para asegurarme de que no se acerque a una; también le hablaré de las pesadillas que te despiertan cuando eres irresponsable y dañas a quienes amas; le enseñaré que la soledad y el aburrimiento solo pueden consumirte si les abres la puerta y que las mujeres son la cosa más delicada y hermosa que hay

en esta tierra y no tendrá problema en entenderlo porque estará rodeado siempre de las mejores, comenzando por su mamá —la miré y ya ambos estábamos llorando—. También me encargaré de que no le des comida china hasta que el pediatra lo autorice.

Se rio a carcajadas y yo también. Me puse de pie.

—Ahora tienes que decirle al gigante amargado lo que has hecho.

Se encogió de hombros.

—En este punto podría decirle que quiero vivir en una casa en un árbol en Tailandia y me diría que sí. Además, te quiere, eres su hermano.

Le di un beso en la mejilla y salí del departamento sintiéndome mucho más alto, más ancho. El *David* de Miguel Ángel era un enano comparado conmigo. Gabrielle y Siena seguían allí con una mirada de hambrienta curiosidad.

—¿Estás llorando? —Gabrielle, obviamente, fue la primera en disparar.

Comencé a bajar la escalera porque todavía tenía una especie de toronja atravesada en la garganta. Sentí a Siena deslizarse a mi lado y tomar mi mano y poco a poco pude volver a respirar. Si ella estaba conmigo no había nada que no pudiera hacer.

—Bueno, como siempre —dijo Gabrielle en lo que estuvimos frente a la puerta del departamento de Siena— no hay un momento aburrido con ustedes, despilfarradores.

—¿Despilfarradores? —preguntó Siena curiosa mientras yo sacaba la llave.

—¿Dos rentas? —Gabrielle miró al piso de arriba—. ¿Dos departamentos?

Casi solté la carcajada, dejando salir la tensión. Siempre se podía contar con Gabrielle para que le diera un «empujoncito» a las cosas. Era como una trabajadora social incansable, siempre velando por sus niños aun cuando ya hubiesen sido adoptados.

La verdad era que después de seis meses de perfecta armonía, Siena y yo seguíamos teniendo casas separadas. Prácticamente vivía con ella, pues no tenía ningún deseo de pasar una noche sin la compañía de mis dos chicas, pero no quería presionar a Siena cerrando mi casa y trayendo mis maletas. Tenía que ser ella quien al menos lo insinuara. Era mejor no asustarla.

Siena, por lo general, era una roca sólida, pero algunas veces se convertía en un conejito asustado que se escondía tras la roca. No había razón para insistir en cambiar las cosas. Ella me había enseñado que, algunas veces, era mucho mejor estar calentito que dejarse consumir por el fuego, que a largo plazo el calor estable era mejor que el incendio.

—Me voy —anunció Gabrielle dejando a Siena todavía confundida—.

Tenemos que reunirnos para hablar de tu tatuaje, Sergei.

Escapó por la escalera sin mirar atrás.

—¿Qué tatuaje? —preguntó Siena en lo que entramos.

—Ninguno —dije inocente—. Sabes cómo es Gabrielle, siempre diciendo cualquier cosa para tener la última palabra.

—Ajá —dijo sin creermelo ni un poquito pero tampoco presionar.

Así era mi Siena. A diferencia de la mayoría de las mujeres que había conocido en mi vida, nunca pedía más de lo que estaba dispuesto a dar. Era una lástima que no pidiera más, porque yo quería darle todo.

—Voy a llamar a Andrea —dije sacando el teléfono.

—Sergei...

—Tengo que avisarle de que estamos aquí. Puede llegar arriba y encontrarse con un espectáculo no apto para menores. ¡Mi pobre sofá! Debimos estrenarlo nosotros primero.

—Mándale un mensaje. No la llames. Va a creer que no confías en ella.

—Confío en ella, es en los muchachos en los que no confío.

Fue a preparar la tetera mientras yo escribía a Andrea. Era curioso cómo dos personas podían compenetrarse lo suficiente para sentirse cómodos y jamás aburridos por el simple hecho de la vida diaria: una llamada, un té, decidir la película, la cena y si incluir más yogur en la compra de la semana. Podrían llamarme loco, pero a eso sabía la felicidad.

—Vaya día —dije sentándome en un taburete en la cocina.

—Sí y lo peor es que la cena se quedó arriba.

—Podríamos salir a comer algo cuando llegue Andrea.

Me miró ladeando la cabeza.

—¿Estás bien con esto de Vadim y Marianne?

Obviamente ya conocía toda la historia de ese triángulo que intenté forzar. No quedaba mucho que no le hubiera contado. Mis desenfrenos de adolescente, mi soledad, la vez que dejé caer a mi compañera de baile en la escuela por estar borracho durante un espectáculo y el remordimiento posterior que me hizo beber más, incluso aquella escena en un puente en Londres del que Vadim tuvo que bajarme en medio de la noche.

—Estoy muy feliz por ellos —dije tratando de mostrar en mi cara mis verdaderos sentimientos para que no le quedara ni una mínima duda y que se convenciera de que esas fantasías habían quedado atrás siendo eclipsadas por la maravillosa realidad que vivía cada día desde que el despertador sonaba—. Marianne me pidió que fuese el padrino del niño y creo que haré un trabajo

increíble.

—No lo dudo —me guiñó un ojo, pero todavía no la veía cien por cien convencida.

—Quiero que sean tan felices como lo soy yo ahora, contigo —completé, porque algunas veces las cosas debían ser dichas para que quedaran bien claras.

Me sonrió, finalmente, y mi corazón volvió a acelerarse como si no me regalara una de esas varias veces al día. Una visión de Siena feliz, tranquila, era mi equivalente personal al paraíso y, cuando has pasado mucho tiempo en el infierno, tu nuevo hogar lleno de pequeños detalles siempre te parece maravilloso.

—Eres fácil de complacer.

La tetera pitó y fue a apagarla.

—Por el contrario. Como lo he probado todo, soy un experto y te aseguro que solo me quedo con lo mejor. Tú eres lo mejor.

—¿No quisieras ... —preguntó arrugando un poquito el entrecejo— lo que ellos tienen?

Por unos momentos me quedé en una pieza. ¿A qué se refería exactamente? ¿Hijos? ¿Matrimonio? Tenía las respuestas sin tener que pensarlas: sí y sí, pero solo con ella. El problema era si Siena tenía la capacidad de digerirlo. Estaba caminando en una especie de arena movediza. Cualquier respuesta que diera podía hundirme para siempre.

—¿Y tú? —pregunté cauteloso—. ¿Alguna vez has pensado en tener otro hijo?

—Solía pensar que no —vino a sentarse a mi lado—. A fin de cuentas, mi hija ya está grande.

—¿Solías pensar...?

—No es una decisión que, ahora, pueda tomar yo sola.

Pensé que el corazón se me iba a salir del pecho de lo fuerte que comenzó a latir. Este era definitivamente el día para probar mi resistencia cardíaca. Sin embargo, hice mi mejor esfuerzo por permanecer casual. «No la asustes», me gritaba una voz desesperada en mi cabeza.

—¿Te gustaría tener un hijo, Sergei? —insistió ella.

—¿Estás proponiéndome usar mi hermoso cuerpo con fines de procreación? —sonreí de forma pícaro y me pasé las manos por el torso para mejor efecto.

Negó con la cabeza como amonestándome.

—Estoy tratando de tener una conversación sobre el futuro. Nunca hemos hablado de ello.

—Sí hemos hablado de ello.

—Esa vez no cuenta.

—Me volviste loco por dos semanas después de aquella primera vez.

—¡Tuvimos sexo sin protección! ¡Dos veces!

—Y te digo ahora lo mismo que te dije entonces: puedes intentar probar mis límites todo lo que quieras, pero no vas a lograr que huya. Estoy contento, estoy tranquilo. Si tenemos un hijo me harías un hombre muy feliz, si no tenemos a Andrea y también estoy feliz. Tú eres lo que quiero, cualquier cosa adicional que me des solo me hará sentir más afortunado.

—Tienes muchos puntos acumulados —miró hacia la puerta del refrigerador, donde colocaba una estrella dorada cada vez que hacía algo que ella consideraba encantador. Después de seis meses, ya casi no había donde colocarlas. Muchas noches, al terminar un día completamente rutinario, iba y colocaba una estrella en un rincón. «Por ser quien eres», me decía—. Puedes pedir cualquier cosa.

—Es tu cuerpo, tu decisión. La primera vez no fue algo que buscaste y las decisiones te fueron arrebatadas. No voy a ponerte en esa posición otra vez.

—¿Cuándo te volviste tan maduro? —me dijo con una chispa en los ojos.

—Eres una mala influencia —me incliné y le besé la nariz—. Aunque, si estamos hablando del futuro, creo que hay algunos pasos que llenar antes de hablar de bebés. Las cosas deben tener un orden.

—¿Como cuáles?

¡Valor, Sergei! Aprovecha que te abrió el camino para esta conversación. Tal vez el momento no volviera a presentarse porque ¿cuántas veces va Marianne a embarazarse y tener una de esas escenas de película frente a nosotros?, ¿cuántas veces Gabrielle nos va a llamar despilfarradores?

—Vivir en el mismo lugar.

—Vivimos en el mismo lugar.

—Sabes de lo que hablo.

—¿Quieres mudarte aquí? —preguntó un poco horrorizada mirando a su alrededor.

—No, quiero comprar una casa para construir una vida contigo en París —tomé una de sus manos y la halé hacia mí—. Una casa con un jardín y un piano, con una cocina grande para que me alimentes de forma sana, una habitación de princesa para Andrea y otra con armarios enormes para nosotros.

—¿Por qué armarios enormes? —me preguntó sonriendo mientras se colocaba entre mis piernas.

—No tienes mucha ropa —me encogí de hombros—, pero yo sí.

Se carcajeó y juré que nunca me cansaría de ese sonido. Hacer que lo repitiera muchas veces al día era mi misión de vida.

—Luego —le besé la mejilla en una especie de gesto secreto de agradecimiento. Cada risa, un beso—, cuando hayamos bautizado cada rincón de la nueva casa y la noticia del hijo de Marianne y Vadim se haya disipado, podemos visitar nuevamente la posibilidad del bebé, para estar seguro de que no has cambiado de opinión.

—No me estoy haciendo más joven —me dijo con una mueca un poco triste.

—Entonces mejor me apuro con lo de la casa, porque tenemos que practicar mucho.

—¿Practicar?

—No puedo tener un hijo que no sea tan bueno como Andrea. ¿Qué diría eso de mis genes? —se rio nuevamente y le besé la otra mejilla—, y debe ser, al menos, tan hermoso e inteligente como el de Vadim porque soy muy competitivo. Así que, sí, debemos practicar para que nos quede bien.

—Creo que practicamos mucho todos los días —me dijo coqueta, pegándose más a mí.

—Pero eso es por placer, esto sería con un fin práctico —la abracé por la cintura—. He escuchado que hay posiciones más beneficiosas que otras. Puedo comprar un libro.

—Qué estudioso.

—Soy muy aplicado —la besé suavemente en los labios—, y comprometido con mis metas —la besé nuevamente. Esta vez duró un poco más—. Has hecho de mí un hombre responsable, ¡hasta voy a ser una especie de tío padrino!

Esta vez el beso sí fue todo un beso en el que traté de expresar toda la felicidad que sentía en ese momento, por la vida que llevaba, por el futuro, por ella.

Cuando nos despegamos tenía la extraña necesidad de comenzar a quitarle la ropa.

—Soy inocente —susurró frente a mis labios y comenzó a tirar del botón de mis vaqueros—, ya eras responsable cuando llegaste a mi vida.

—Espera... —le advertí pero dejé que me sacara la camiseta.

—¿Por qué?

—Porque hoy me han llamado responsable muchas veces y no quiero

mancillar mi título. Andrea está por llegar.

Miró hacia la puerta un poco derrotada.

—Definitivamente, necesitamos una casa más grande.

—Admite que siempre tengo razón —le dije poniéndome de pie y tomándola de la mano—. Afortunadamente ya Andrea aprendió el significado de una camiseta colgada en el picaporte.

—Somos tan domésticos... —dijo negando con la cabeza—. ¿No te aburre algunas veces? ¿No quisieras volver a ser loco y desenfrenado? ¿Perseguido por los *paparazzi*? ¿Quién cambia el Olimpo por una vida ordinaria?

—Si las luces y el humo fueran la clave, las estrellas de Hollywood no se divorciarían y Zeus no tendría tantos hijos ilegítimos —le besé la mano—. En el fondo creo que lo que todo el mundo quiere es encontrar la magia en el día a día, en las cosas sencillas, conseguir un compañero de vida con quien mirar la televisión. Eso es suficiente para sentirse contento, completo. Amo ser doméstico, contigo.

—Y yo te amo a ti —me apretó la mano.

¿Y qué más podía pedir? Había escuchado tantas veces que nací bendito... Tenía una carrera que muchos envidiaban, fans, reconocimiento. Había cenado con príncipes y dormido con modelos; pero también conocí la soledad que la popularidad trae consigo, el miedo de no ser suficiente, el vacío de sentirme apartado del resto, la insatisfacción.

Siempre pensé que la felicidad era una lucha, que la encontraría en el tope de cada colina que escalaba o en el fondo de una botella cuando me cansaba de intentarlo. Nunca imaginé que la felicidad no era un logro sino un proceso que nunca terminaba, que tenía que comenzar dentro y expandirse hacia afuera, no al revés.

Nadie podía ser feliz si estaba vacío. Siena me había ayudado, sin darse cuenta, a llenar mi vida.

Agradecimientos

Creo que es la primera vez que escribo una página de agradecimientos. Cuando termino un manuscrito quiero enviarlo pronto para que llegue lo más rápido posible a los lectores, que son los que le dan vida. Siempre digo que los escribiré después y, luego, el proceso me consume y lo olvido.

Así que aquí voy.

A Elisa, mi editora. Aunque desaparezca por algún tiempo ella no me olvida y con sus palabras me hace sentir que siempre estoy allí, que sabe perfectamente en lo que ando y el trabajo que me cuesta. Tener a alguien que te haga sentir así de importante no tiene precio.

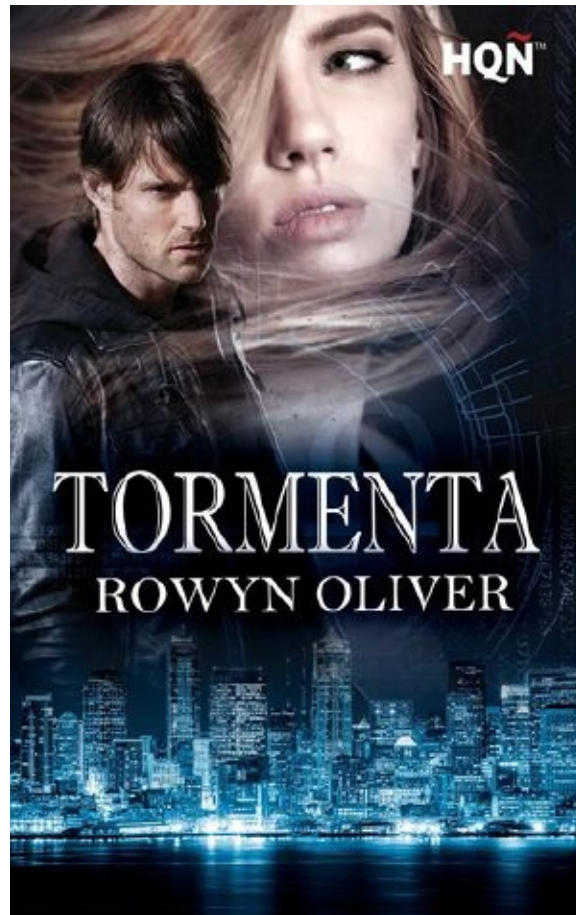
A María Eugenia Rivera, directora editorial de Harlequin Ibérica. Fue ella quien creyó en la historia de Vadim y Marianne, que fue la que inició este viaje. Sin ella, llegar aquí hubiese sido imposible.

A todo el equipo de Harlequin Ibérica por su paciencia, por nunca hacerme renunciar a lo que soy, a la forma en que escribo, aunque, estoy segura, algunas veces sea un dolor de cabeza. Lo fue, al menos, para mis profesores en la universidad, que no paraban de repetirme «sujeto, verbo, predicado y punto» a pesar de mis protestas, que señalaban que la gente no pensaba de forma lineal.

A todos mis lectores por su paciencia, por esperar esta historia por años, por amar tanto al ucraniano descarriado. En especial a Odalys, quien me dijo «Sergei necesita a alguien que lo centre» cuando yo insistía tercamente en que Gabrielle era la mujer para él, y a Tai, quien me presionó diciendo que nunca leería otro libro mío hasta que la historia de Sergei estuviese lista (no lo hizo y se lo agradezco).

Finalmente a todos aquellos que compran un libro, lo comentan y se toman el tiempo de hacer llegar sus impresiones al autor. Ellos son el combustible que nos impulsa a seguir adelante.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com